VIDA DE CATALINA LABOURÉ
Vidente de la calle del Bac
y servidora de los pobres

René Laurentin
CEME

CAPÍTULO 1
LA INFANCIA Y LA ORFANDAD (1806-1818)

9 de octubre de 1815. El emperador Napoleón I va camino de Santa Elena, adonde llegará el día 15 con el grupo reducido de sus fieles. En Francia se instala y empieza a alentar la Restauración, mientras se disipan como la niebla sobre un campo de ruinas los grandes sueños de revolución y de gloria.

Una huérfana

En Fain-les-Moutiers, una aldea borgoñona de apenas doscientos habitantes, llora una pequeña. Se llama Catalina Labouré, pero suelen llamarla Zoé, el nombre de la santa del día en que nació z. No es la única que llora; es la octava de los diez niños que acaban de perder a su madre, Magdalena Gontard, de 46 años, de una familia relativamente acomodada, que se había convertido en granjera por su matrimonio con Pedro Labouré. Ha sido una muerte repentina. La casa está de luto desde las 5 de la mañana. Los vecinos acuden a dar su pésame y a ofrecer sus servicios al granjero, Pedro Labouré, que hasta el mes pasado había sido el alcalde del pueblo. La sala de estar de la granja se llena de cuchicheos y rumores apagados. Se reza con aquel sabor nuevo de la oración que ha surgido después de la clandestinidad de la Revolución todavía próxima. Se compadece sobre todo a los hijos más pequeños: Catalina de 9 años. Tonina de 7 y Augusto de 5, enfermo por accidente.

Esta noche no se cerrará el portón. De las sombras irán entrando los amigos para rezar alrededor del techo donde reposa un rostro de marfil`. La muerte de la granjera pone de relieve, en forma de desorden o de imperiosas necesidades, todo lo que ella hacía y ya no hace, todo lo que la ha ido desgastando y quemando hasta consumirla. Educada en un ambiente encopetado, casi despreocupado, ha sucumbido bajo el peso de la finca: la tierra, los animales, la gente, los hijos; ha tenido 17 en menos de 20 años, de los que sobrevivieron 10; son los únicos que se cuentan en aquella época de elevada mortalidad infantil. Había que bregar muy duro. Magdalena se sentía tan desbordada que ni siquiera pudo enseñar a leer a sus hijos más pequeños. Catalina se avergonzará durante muchos años de no saber firmar con su nombre. En cuanto al más pequeño, Augusto, su estado enfermizo era todo un símbolo del desgaste que su madre sufría a los cuarenta años. Contiado a los brazos de la criada, en el carro que traía a la familia de Senailly, se cayó a la carretera; lo recogieron sin sentido: estuvo en coma durante varios días, y quedó mal para toda su vida, lo bastante lúcido para sentirse profundamente humillado y lo bastante caprichoso para no poder ocultar su desgracia.

¿Qué hacer con todo aquel mundillo?

El granjero tuvo que improvisar soluciones de emergencia con la paciencia de los campesinos. Las dos pequeñas, Catalina y Tonina, irían a vivir con una hermana de su padre. Margarita, casada con Antonio Jeanrot, vinagrero de Saint-Remy, a 9 kilómetros al nordeste de Fain. La mayor de las hijas y segunda de la familia, María Luisa, de 20 años, estaba hasta entonces de pensión en Langres, con una hermana de su madre, sin hijos, casada con un oficial; ahora tiene que volver a casa donde asume valientemente las

cargas que derrumbaron a su madre. En cuanto al padre, se felicita de haber renunciado el mes pasado a la alcaldía, en la que había sucedido en 1811 a su primo. Nicolás Labouré.

El destierro de Saint-Remy (1815-1818)

Aquel otoño de 1815 Catalina, dando la mano a Tonina, deja la granja natal, a través de los caminos rodeados de árboles que han empezado a teñirse de púrpura y oro. Se siente doblemente huérfana, ya que la muerte de su madre la aleja también de su padre. Y no es ésta la peor de las separaciones. Su padre cuenta mucho para ella: la mayor de las dos hijas que hasta ahora han vivido en la casa. Su vida sigue estando orientada hacia la granja paterna, lo mismo que una brújula hacia su polo.

Para el vacío que en su espíritu ha dejado su madre la misma Catalina ha encontrado la solución. En la habitación de la difunta (¿estaría ella todavía en su lecho de muerte?) había una imagen de la Virgen. «Zoé» no era lo bastante alta para llegar hasta ella. Llena de lágrimas se sube a una silla y abraza a Nuestra Señora. Le pide así que sustituya a la madre que acaba de perder. Se creía sola, pero la criada de la casa, a la que no se escapa nada, la ha visto y se lo contará más tarde a Tonina.

Estas lágrimas son las primeras y las últimas. Ahora Catalina se siente fuerte. La nueva madre que ha escogido le enseña, no a gemir y a vivir en dependencia de los demás, sino a tomar las riendas de su propia vida.

La prueba, de momento, es este destierro a Saint-Rémy. Es un lugar agradable, a orillas del Brenne. La casona con su techo de tejas es acogedora, con un portal por donde van y vienen los clientes del vinagrero, pero las paredes del huerto impiden ver el paisaje de la orilla del río: es un rincón peligroso y prohibido. La casa esta animada: 2 primos y 4 primas de 10 a 18 años, todos ellos mayores que las dos pequeñas.

Pero la tía Jeanrot, agobiada por aquella pesada familia y por el comercio de vinagre, suele, dejarlas en manos de la criada de lo casa. Seguramente presumió de sus fuerzas cuando propuso recoger a las dos huérfanas.

El regreso a casa (enero 1818)

Al cabo de dos años, el padre, que había consentido de mala gana en la separación bajo el golpe de la muerte de su esposa, añora a Catalina», su preferida entre las tres hijas. Y la llama a casa.

Para ella la vuelta es una fiesta en todos los sentidos, ya que regresa además para hacer la primera comunión, fijada para el de enero de 1818. Siente un gran fervor, un gozoso impulso hacia Dios orquestado por la alegría de volver a su casa. Le gusta el trabajo. Y tiene espíritu de iniciativa.

Para Maria Luisa, la hermana mayor que la inicia en las tareas del hogar, es la solución de otro problema. Cuando murió su madre estaba dispuesta a «postular» la entrada en las Hijas de la Caridad de Langres, la ciudad en donde había crecido. La vuelta a Fain fue para ella una contrariedad, un destierro. La iniciativa de Catalina y su buena inteligencia con su padre la permiten liberarse. El 5 de mayo siguiente regresa a Langres para comenzar allí su postulantado en las hijas de la Caridad.

Catalina-Zoé, 12 años recién cumplidos, ha facilitado aquella marcha. Cuando se habló de ella, miro alegremente a su hermana menor, Tonina, de 9 años y medio, y le dijo:

-Nosotras dos haremos que marche la casa.

El recurso a la Virgen no fue para ella un refugio pasivo de una niña tímida. Estableció con ella aquel vínculo en la noche de la fe como una muchacha libre y responsable. A los 12 años, está madura para tomar sobre sus hombros la carga que había aplastado a su madre, convirtiéndose en la primera colaboradora de su padre.

CAPÍTULO 2
LA VOCACIÓN

Una granjera de 12 años

Ya tenemos a Catalina convertida en granjera. Asume el papel de madre de familia y de señora de la casa.
La granja, con su tejado de color entre gris y rojo, forma un ángulo casi cerrado de edificios, una especie de claustro. Da a la calle por un porche y culmina a 10 metros de altura en el célebre palomar que da impresión de ser más bajo por lo ancho que resulta y que indica al mismo tiempo con su altura que los Labouré son «una de las familias principales de la aldea". La gente se lo piensa dos veces antes de franquear la puerta del antiguo alcalde.
- *¿Ibais vosotras a jugar con Zoe?, preguntaron a una anciana de la misma edad que Catalina.*Respondió: *¡Oh, no! Los Labouré eran de una situación por encima de la nuestra. No se nos permitía ir a su casa sin algún motivo. Eran muy ricos. Eran de las mejores casas de Fain*.
*Fain e*ra una pequeña aldea. Pero el padre de Catalina era el más importante por su instrucción y por su prestigio.
Huysman ha presentado a Catalina como una «antigua criada de una granja». No era precisamente esa su posición. ¿La escogió la Virgen por ser «tosca y de escasos alcances», como el afirma? La verdad es que es analfabeta y que lo seguirá siendo hasta los 20 años, mas tarde todavía que Bernardette de Lourdes. Pero, lo mismo que Bernardette, es de cuerpo robusto y tiene toda la riqueza humana de los pobres, que no han esperado a leer y a escribir para existir. Bernadette tenía como primogénita los deberes de "heredera» al estilo de Bigorre. El título de «heredera» era una ironía para Bernadette, cuyos padres no tenían más que deudas... pero los padres de Catalina eran dueños de las tierras que cultivaban.
Como huérfana, Catalina tuvo que ejercer desde la infancia las funciones de ama de casa: una posición que muchas mujeres solo alcanzaban a los cincuenta años, o quizás nunca: algunas tenían que permanecer hasta su muerte bajo el yugo de una todopoderosa suegra. Catalina, a los 12 años, es reina de esta granja cerrada como un baluarte: una reina trabajadora y que al mismo tiempo manda sobre los sirvientes y sobre una criada.
Su reino es el cercado, el establo, el huerto y sobre todo la granja. Pero allí el verdadero rey es el padre cuando regresa de trabajar los campos: habla poco, pero cuando lo hace sus palabras son decisivas. Estas palabras representan para Catalina la autoridad, incluso en sus dominios más propios: la cocina y la sala de estar. La reina no es nada sin la autoridad del rey y se mantiene callada cuando el está delante. También domina en el horno, en el jardín, el establo, el gallinero, el palomar 1121 casetas "donde se cobijan de de 600 a 800 palomas. A Catalina le gusta todo aquel mundo ruidoso y acogedor que bate a su alrededor las alas intentando atrapar al vuelo los granos que lanza generosamente. La imaginación de los testigos le daría mas tarde a este revoloteo de las palomas la forma de una aureola'.

La Jornada de Catalina

Como ama de casa, Catalina es la primera en levantarse. En cualquier estación del año tiene que despertarse la primera. Sus ojos se abren cuando la noche empieza a abrirse, el horizonte se va tiñendo de azul o de malva y la luz asoma por las ventanas que dan a la meseta cubierta de arboles. Le gusta ver amanecer todo en invierno, cuando las noches son más largas que su cansancio y ella acecha, bajo el edredón, el primer rayo de sol.
El verano es otra cosa. Ella empieza a las 4 de la mañana y los días nunca son demasiado largos para el trabajo. Al despertarse que luchar contra la fatiga y las agujetas, para volver a empezar la cadena. La aurora insiste con agresividad y un remordimiento la acosa. ¡Ánimo! ¡Con Dios y con la faena!
La principal tarea de todos los días es atender a la cocina. Las tres comidas: el desayuno (bien nombrado, porque rompe el ayuno de la noche, consiste en una sopa y en un bocadillo que los labradores se llevan al

campo; la comida del mediodía da mucho trabajo en verano, porque hay que llevársela a los segadores; la cena exige cocinar mas, pero siempre lo mismo: un puchero legumbres con tocino.
La granjera es dueña y criada. Paga con su persona mas que cualquier. No come en la mesa con los hombres, sino en un rincón de la chimenea. No interviene en la conversación. Catalina se ha formado en un mundo jerárquico, en la escuela del respeto y del silencio, pero también de las lentas deliberaciones para lograr lo que se proyecta y hacer que lo imposible se haga posible, si es necesario.
El cuidado de los animales va poniendo ritmo en la jornada. Por la mañana y por la noche hay que ordeñar las vacas; un duro trabajo para las manos y todavía más para la espalda que esta continuamente curvada. Catalina distribuye el forraje y lleva el rebaño al abrevadero comunal. Prepara para los cerdos la comida a base de restos y desechos. Recoge los huevos del gallinero... Todo el día va y viene del pozo, por fortuna no demasiado lejos, a sacar el agua necesaria.
Durante largas noches de invierno las tareas menudas se prosiguen sin descanso. La velada se pasa unas veces en casa y otras con los vecinos, a la luz de las velas delante del fuego de la chimenea: lo más frecuente es reunirse en casa de los Labouré, que tienen una sala grande y un buen horno para el pan. Allí se refugian cuando hiela. El aire se conserva allí cálido, con un calor denso, mantenido por todo el espesor de los rojos ladrillos.
La reunión ahorra leña y da tiempo para cambiar impresiones: noticias, recuerdos, cuentos de miedo o de encantamientos... La oración con que se cierra la velada ahonda la comunicación: todo un tiempo de libertad, interiormente programado por el rito y la tradición.

La semana

En la trama de estas jornadas es preciso insertar otras actividades periódicas. Cada semana Catalina tenía que amasar la harina con levadura y calentar el horno. Se necesitaban siete u ocho haces de leña. Cuando el horno estaba bien caliente. Catalina quitaba la ceniza y el carbón con la raedera, recogía las brasas en el apagador e iba metiendo ordenadamente con las largas paletas al horno siete y ocho hogazas de pan. Aguarda mientras realiza otras tareas y al cabo de una hora retira los panes, blancos y calientes bajo la corteza dura y crujiente. ¡Qué miedo, las primeras veces, de que el milagro no llegara a producirse! Los jueves había que ir al mercado de Montbard, a unos 15 kilómetros. Cada semana había que hacer también la colada: una rutina siempre vulgar.

El año de Fain

Pero además de la colada semanal había que hacer dos o tres al año otra colada general: la de la ropa blanca que se conserva de generación en generación y que tan pocas veces se usa. ¡Todo un acontecimiento en el lento correr de los meses! Se sacan de los baúles verdaderas montañas de sábanas. Los vecinos vienen a echar una mano. Es una fiesta... ¡una dura fiesta! En el fondo de una enorme cuba Catalina pone unos sarmientos sacados de la poda de las viñas. Los recubre con una manta y coloca sobre ella una capa de ceniza (¡ojo! ¡no mezclar con ella las cáscaras de huevo, que manchan!. Recubre la ceniza con otra manta y pone encima la ropa que ya tenía en remojo con agua fría desde la víspera. Luego empieza la operación. La cuba grande esta ya hirviendo a más hervir. Con una jarra va echando sobre las sábanas el agua humeante que penetra la masa; sin cansarse va recogiendo esta agua y la vuelve a echar por encima. Así se concentra la lejía. Pero no hay que hacer esto demasiadas veces, pues la lejía acabaría atacando a las manos y a la misma ropa. Catalina sabe que lo mejor es a veces enemigo de lo bueno. Cuando la ceniza ha cumplido con su misión, hay que llevar la colada en una carretilla al lavadero comunal, que está delante de la casa. Para acercarse al agua las lavanderas tienen que bajar varios escalones; una vez allí se ponen de rodillas sobre un cajón y aclaran y golpean la ropa con la pala; esperando que el tiempo y el viento permitan un secado más o menos rápido, antes de planchar y colocar de nuevo en los armarios las sabanas limpias y perfumadas de retama y espliego.
Todos los años a principios de invierno se mata el cerdo. En una granja importante como esta se matan incluso dos si es preciso, el martes de carnaval. Engordan al animal hasta un peso aproximado de 300 libras. Es una fiesta más alegre que la de la colada. Hay abundancia de morcillas, de carne asada a la

parrilla, de chicharrones, pues hay que comer enseguida o repartir lo que se estropea pronto. Los que viven en casa y los que vienen a ayudar son capaces de consumir aquel día hasta doce o trece platos de carne. Los estómagos sólidos compensan de este modo la carencia de proteínas. Todo ello va acompañado de buen vino: aunque los Labouré no tienen viñas, siempre se encuentran alguna botella y abundante el buen humor.

Pero lo importante es lo que no se come aquel día: el jamón y el tocino hay que salarlos luego. Proporcionaran carne para el resto del año, pues la venta de carne fresca es cosa rara. Solo bajo Napoleón lll se dedicarán aquellos pueblos a la cría del ganado para el matadero.

A veces sí que hay carne de vaca en abundancia, pero solo cuando se ha accidentado una res demasiado vieja. Se reparte con los vecinos a reciprocidad: «hoy me toca a mi, mañana a ti». Las pérdidas se convierten de este modo en fiesta por necesidad de que no se pierda nada. La desgracia se trasforma en abundancia y en ocasión de compartir con los demás.

De esta manera Catalina se va familiarizando con todo un mundo de ritos, de recetas y de tradiciones que cada año ira cumpliendo mejor. Hay que andar con tiento con los animales (la vaca que no quiere dar leche porque le han quitado el ternero), con la gente (esas señoras de la ciudad que regatean en la compra de la mantequilla y los huevos) y también con el tiempo, ese tiempo que se abre hacia la eternidad, a través del eterno retorno en el ciclo de las fiestas.

Cada año Catalina comprende y cumple mejor el ciclo litúrgico: desde el Adviento hasta la Pascua y la interminable serie de domingos verdes después de Pentecostés: es el período de los trabajos más pesados. Al empezar el invierno, el 2 de Noviembre, viene el sacerdote a la iglesia donde esta reunido todo el pueblo. A lo largo de la tarde multiplica sus responsos por los difuntos. Es una ceremonia interminable, porque cada familia quiere que se rece por sus muertos. Los días empiezan a acortarse. Se entra en la noche como en el seno materno. Se sueña, se conversa, se duerme más tranquilamente. Es la estación de la muerte a la que le toca ahora entrar en el ciclo de la vida.

El secreto de Catalina

Catalina sabe defender sus dominios y dar a cada uno lo que sele debe según su rango y sus necesidades, empezando por su padre y por aquel hermanito enfermizo que es objeto de sus mayores atenciones. Los mejor servidos son Pedro, porque es el responsable de la familia y Augusto porque su desgracia clama al cielo. Después de ellos, los hermanos, las hermanas y la servidumbre. Y ella, la última.

Catalina no se preocupa por sus errores de principiante: procura repararlos calladamente y saca lección de todo. Esa es a su escuela, ya que no puede ir a otra. ¿Quién le ha enseñado a cumplir así a los 12 años esa abrumadora tarea? Su vida esta llena desde los primeros esplendores del amanecer, cuando se pone a encender el fuego, hasta la noche, cuando la ultima llama aviva la penumbra para que pueda terminar las tareas menos delicadas, aquellas que se pueden hacer sin demasiada luz, como fregar la vajilla y arreglar las cosas de la cocina. No es esa la hora más oportuna para ponerse a coser. Catalina sabe que hay que ser ordenada.

Ella sola se las arregla tan bien que no se necesita la criada. Además, la ingerencia de una persona mayor que no acepta fácilmente la autoridad de una «joven» da más preocupación que ayuda. A Catalina le cunde bien el trabajo: además, empieza a contar vez más con la ayuda de Tonina, que es muy activa y colabora de buena gana. A los 14 años Catalina despide a la criada apenas se le presenta la ocasión. Y gana la apuesta: las cosas marchan mucho mejor que antes.

¿La sostiene acaso su amor a la tierra: Sí, le gusta la tierra bienhechora, aquel alba que la despierta todas las mañanas, aquella tarea que llena sus jornadas después del vacío del destierro en Saint-Rémy. Pero esto no es más que la superficie de las cosas.

¿Será acaso el incentivo de lucro, la pasión campesina por ahorrar cada vez más, cueste lo que cueste? Catalina administra bien su tarea, mezclando unas faenas con otras. Si no lo hiciera así, sería la ruina. La gente de la ciudad no tiene ni idea de lo que es eso. Hay que pensar en los imprevistos: las enfermedades de los animales y de las plantas, las malas cosechas, los accidentes, etc. Pero Catalina siente más amor a la

gente y a las cosas que al dinero. Sabe muy bien que su gestión interior en circuito cerrado, no es más que un elemento de la economía doméstica, cíe la que lo esencial está en manos de su padre.
El verdadero secreto del esfuerzo de Catalina está escondido en sus escapadas fuera de la granja. Todos los días busca la manera de ausentarse por un rato. No se trata de ir a ver a un galán. Su amor está escondido en la iglesia de Fain, situada cerca de la granja al otro lado de la calle, un poco más arriba. Es una iglesia sin sacerdote, pues el párroco se esfumó durante la Revolución. Fain depende de un sacerdote que va de un sitio para otro celebrando bodas, entierros y alguna que otra vez la misa de los domingos.
Esos domingos Catalina y su familia ocupan un banco especial, en la capilla de la Virgen, llamada capilla de los Labouré, pues fue esa familia quien la hizo restaurar. Pero no es este honor del banco de mayordomo lo que atrae a Catalina a la iglesia. Va allí sola, entre semana, para rezar largo rato arrodillada sobre las frías baldosas. Se dice que fue allí donde debió contraer la artrosis. Pero lo cierto es que esos rezos son lo que dan sentido a todo lo demás.
Los vecinos dicen a veces: *Los rezos no hacen adelantar la faena*.
Pero ella ha hecho ya su faena. Catalina es fuerte y tiene una salud de hierro. Ese tiempo no lo necesita para su casa; es un tiempo que le sobra.
Pero a veces el pueblo critica la piedad de Catalina y los ratos que pasa en la iglesia: ¡*Tiempo perdido!*
Eso no le preocupa. El tiempo de Catalina no es el de sus vecinas, enterradas en su rutina cotidiana. Ella vive la tarea de cada día en otra duración distinta que da sentido a las vueltas a comenzar indefinidas, a las personas a las que se cruza uno cada día y que valdría más no encontrar. Y ése es un sentido que no pasará jamás.
Catalina vive con Dios, en la fe y en el amor; y también en comunión con los santos, como conciudadana de todos ellos. En Saint-Remy su tía le enseñó un día una estatua de su patrona, santa Catalina de Alejandría, la santa llena de sabiduría y de luz que resistió valientemente a sus perseguidores. Zoé-Catalina está familiarizada con todos aquellos santos protectores cuyas siluetas bondadosas adornan las paredes de la iglesia. , tanto en Fain como en Saint-Remy. Pero sobre todo conoce a la Virgen María. Se encuentra con ella siempre que va a la iglesia de Fain: primero en el pórtico, con el Niño en los brazos y luego en el interior, con las manos abiertas en un gesto de acogida.
El sagrario está vacío en esta iglesia sin sacerdote, pero la presencia del Señor llena su casa y se revela en el fondo de su corazón. Para Catalina es una felicidad. Y siente la necesidad de sumergirse en ella. También es allí donde encuentra fuerzas para poner a todos buena cara y hacerles un buen servicio. Allí está su sueño para el porvenir, un sueño que Tonina ha sabido adivinar. Su hermana pequeña se dio cuenta de que Catalina se iba volviendo muy «mística». Según decía, a partir de su primera comunión. Su compatriota san Bernardo la habría llamado mejor «mire contemplativa», asombrosamente contemplativa.
El río de la oración, que aparentemente había secado la Revolución, vuelve a correr en el alma de Catalina, así como en la de otros contemporáneos suyos que ella no conoce: Juan María Vianney, Juana Jugan, Juana-Antida Thouret, madre Javouhey, Magdalena-Sofía Barat, etc. La oración brota en ella irresistiblemente de muy buena fuente. Permanece largos ratos en la iglesia de Fain, cuyo trágico vacío hace mas intenso el silencio y permite captar mejor la llamada.
Se trata de una experiencia muy densa. Y esta analfabeta encontrara más tarde un estilo vigoroso para expresarla, cuando finalmente aprenda a escribir: *¡Vaya religión la que tenemos en este pueblo! ¡Una misa los domingos y hasta tiene que venir un sacerdote de fuera para poderla decir! Las vísperas las canta el maestro de escuela y por tanto no tenemos bendición, para que se confiesen los enfermos, tenemos que enviar a buscar al sacerdote. ¡Fíjate si la poca religión que hay estará segura! (Carta a su hermana María Luisa)*
Al no poder encontrar al Señor en la Eucaristía, lo busca en su corazón de bautizada y más especialmente en los pobres que acoge y en los enfermos que visita: otra actividad austera y luminosa que ha llenado su vida.
Para poder oír misa el domingo tiene que ir a menudo a Moutiers, pues el sacerdote viene pocas veces a Fain. Tonina la acompaña. Pero para Catalina eso no basta: a pesar de que tiene que recorrer una legua de ida y otra de vuelta, busca la ocasión para ir también entre semana a oír misa a Moutiers. Hay más de un

kilómetro de cuesta arriba y otro de cuesta abajo. Cuando Catalina ve asomar el campanario de la iglesia, se siente sobrecogida de una gran alegría: la alegría del reencuentro. Al regresar, se siente con fuerzas para subir de nuevo la cuesta que le llevará a su trabajo cotidiano. Los senderos que habrá de recorrer en su vida no serán ciertamente los de la facilidad.
No era aficionada a las distracciones, asegura una de sus antiguas compañeras: *Aquellas señoritas Catalina y Tonina Labouré eran muy piadosas: nunca iban a divertirse con las demás muchachas,* atestigua una anciana de 88 años, contemporánea de Catalina.
Absorbida demasiado pronto por sus responsabilidades, maduró antes de tiempo debido a las duras tareas de la granja. Por eso Catalina no fue nunca muy «juguetona». Pero será una exageración hagiográfica afirmar -como afirma su sobrino Felipe Meugniot- que tenía «un carácter serio, modesto y grave».
Otra contemporánea --«una amiga de aquel tiempo», cuyo nombre no se ha conservado- dice que se divertía mucho cuando su padre las llevaba a las fiestas de Cormarín, a casa de sus primos y primas''.

Las fiestas de San Roberto de Cormarín

He aquí el recuerdo de una muchacha de Cormarin, un tanto aureolado por los 80 años que habían trascurrido en 1896*: Catalina no era bonita, pero muy buena y servicial; siempre se mostraba amable y complaciente con sus compañeras, incluso cuando la hacíamos rabiar, como suelen hacer los niños. Y si veía que estábamos enfadadas entre nosotras, intentaba poner paz. Si se presentaba un pobre, le daba las golosinas que tenía... En la misa del patrono San Roberto. Catalina Labouré rezaba como un ángel..., sin mirar a la derecha ni a la izquierda.*

El ayuno que alimenta

A los 14 años empezó a ayunar los viernes y los sábados durante todo el año Ss. Tonina se dio cuenta de ello. Temió que podía hacerle daño. Intentó disuadirla, pero en vano. La amenazó con decírselo a su padre, pero Catalina no se dejo impresionar: *Pues bien, díselo.*
Al sentirse provocada, Tonina cumplió con su amenaza. Su padre le dio la razón. Pero Catalina había tomado aquella decisión y aquel ayuno era un asunto entre ella y Dios. En el encontraba su fuerza. Aquello no le importaba a nadie, ni siquiera a su padre, con tal que se hiciera el trabajo que había que hacer... Y siguió ayunando.
No guardó ningún rencor por lo ocurrido. Su padre era su padre, pero Dios es Dios. Aquella desavenencia no enturbió en lo más mínimo sus buenas relaciones con Tonina, cuya cooperación era siempre tan decidida y tan sagaz.

La vocación

Por estas mismas fechas Catalina le confió a Tonina-sólo a ella- su proyecto de vida: su vocación. Pero todavía no sabe ni dónde ni cuándo. No se trataba de «hacer como María Luisa»; no, se trataba más bien de un proyecto íntimo entre ella y Dios. Tonina comprende. Defiende a su hermana y la ayudará en sus deseos.
Esto permanece secreto entre ellas porque su padre, en este punto, tiene ya arregladas sus cuentas con Dios. Con lo necesaria que le era para la granja, él no ha reprochado la marcha de María Luisa. Ha entregado la hija y la dote. Ya es suficiente.

Un sueño

Pero una noche esta llamada toma la forma de un sueño. Catalina se encuentra en la iglesia de Fain, en su sitio de costumbre, en la capilla de los Labouré. Está rezando. Llega un anciano sacerdote vestido con los ornamentos sacerdotales y se pone a celebrar misa en el altar blanco con molduras doradas. Lo que mas le impresiona es su mirada cuando se vuelve para el *Dominus vobiscum.* En el *Ite, missa est* le hace una señal para que se acerque. El temor la sobrecoge. Retrocede fascinada. No Puede apartar de sí aquella mirada. Durante toda su vida la recordará. A la salida de la iglesia va a visitar a una enferma (todavía en sueños). Allí la encuentra el anciano sacerdote, que le dice: *Hija mía, es una buena obra cuidar de los enfermos.*

Ahora huyes de mí, pero algún día te sentirás feliz de poder venir conmigo. Dios tiene sus designios sobro ti. No lo olvides.
Vuelve a alejarse de el, siempre llena de miedo pero con el corazón ardiendo. «Sus pies no se posaban en la tierra». Al pasar el porche de su casa, se despierta.
Aquello no era más que un sueño. Pero es un nuevo impulso para Catalina. Su reino-su granja-se ha convertido en un lugar provisional, casi en un destierro. Realiza su trabajo mejor que antes, pero como si no lo estuviera haciendo. Su vida real domina lo cotidiano, que ella ha abandonado ya en espíritu. Reflexiona. Forja proyectos. Para entrar en las Hermanas será menester saber leer y escribir por lo menos: le han dicho que es esa una condición necesaria para ser admitida. Además su falta de instrucción la humilla.
Con el único fin de ocultar su ignorancia, le paga entonces 30 francos -todos sus ahorros- a un charlatán que se compromete a enseñarla a firmar con su nombre. Pero esto no basta... Va siendo hora de aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas; en el papel y no solo en su cabeza, aunque una cabeza de campesina y los diez dedos de su mano constituyen una buena máquina de calcular.

Primera estancia en Chatillon (1824-1826)

Tiene 18 años. Y Antonia Gontard, una prima hermana por parte de su madre, le propone llevársela a Chátillon para que adquiera un poco de instrucción. Dirige allí un pensionado, conocido por toda la comarca.
Tonina tiene 16 años. Ya es lo bastante mayor para asumir las funciones de ama de casa. Además, sigue siendo cómplice de su hermana. Su padre sigue mostrándose reticente. La sensatez y el fervor de su hija le tienen preocupado. Tiene miedo de perderla. Pero no se siente muy ufano de la ignorancia de sus hijos más pequeños, después de haber dejado marcharse a los mayores por el mundo bien equipados. De este modo Catalina consigue lo que deseaba.
En Chátillon tiene la dicha de poder asistir fácilmente misa: hay una iglesia, con el Santísimo Sacramento, y un sacerdote a su disposición. Se trata del abate Gailhac arcipreste, un anciano de ochenta años (1743-1828). Se atreve a confiarle su sueño. El sacerdote conoce mucho a las hijas de la Caridad. Le impresiona la descripción del anciano: con barbas, el solideo negro, el servicio a los pobres...
-Hija mía, me parece que ese sacerdote no era otro sino san Vicente.
Poco después, Catalina acude acompañada de una prima suya a la casa de las hermanas, en la calle de la Judería. ¡En el locutorio, una sorpresa! El retrato que ve allí representa al sacerdote que había visto en sueños.
-¡Pero si es nuestro padre san Vicente de Paúl!, le explican las hermanas.
Alguien se ha preguntado cómo es posible que no hubiera visto nunca el retrato auténtico que se conserva en las Hermanas de Moutiers. Es que aquel cuadro lleno de vida, atribuido a Francisco de Tours, se conservaba entonces en la sala de la comunidad, que estaba reservada a las hermanas.
La decisión de Catalina esta ya tomada en concreto. Pero, ¿qué hacer: La entrada en el postulantado exigiría el permiso de su padre y no podía pensarse en ello. Esperar: Catalina tiene prisa y la faltan todavía dos años y medio para alcanzar la mayoría de edad. Y eso parece toda una eternidad a esa edad y para el impulso de un tal deseo.
Por otra parte, Catalina no se encontraba a gusto en casa de la prima. A los 18 años se encuentra en el mismo nivel escolar que las pequeñas y sus costumbres campesinas desentonan de las de aquellas señoritas. Su prima y las compañeras la invitan amablemente a que imite sus buenas maneras. Pero no le atrae aquel mundo de peinados con cintas y de refinamiento: la condescendencia de sus compañeras hiere su amor propio e incluso a veces su rectitud y su sencillez.

Un drama

En este callejón sin salida busca lo que es más franco y también más duro: volver a su casa. Su estancia en Chátillon ha sido relativamente corta.

Nada se ha perdido. Al regresar a Fain, Catalina ya puede firmar con mano segura y lo hace en el bautizo de una ahijada. Catalina Zoe Suriot, el 16 de julio de 1826. Sin duda es en esta circunstancia cuando estrena el vestido de seda violeta que formaría luego parte de su «equipo». Su padre se lo ha mandado hacer, ya que anda en edad de casarse. Un flechazo lo arreglaría todo. Entretanto la vida de la granja tiene que seguir adelante: terneros, vacas, cerdos, pollos, palomas... Catalina, imperturbable y silenciosa, no pone mala cara al trabajo, pero no deja de pensar. Su vocación la acosa.

Todo va bien en lo que se refiere a Tonina, que ha asumido con decisión sus tareas de granjera. Pero en lo que se refiere al padre se ciernen negros nubarrones; sería una locura hacer estallar la tormenta antes de tiempo. Catalina espera pacientemente su mayor edad. Llega finalmente el 2 de mayo de 1827. Ha cumplido 27 años. Expone su decisión. Su padre la rechaza encolerizado.

Ya le ha dado a Dios una hija. Siempre ha dicho que no le daría dos. Además, Catalina es útil, es normal, es alegre, no lo pasa mal en las fiestas de los pueblos cercanos: Senailly, Cormarin. Alguien anda interesado en pedirla en matrimonio. Seguramente acabará dejándose tentar por un buen mozo o un buen partido. Pero, por desgracia para Pedro Labouré, Catalina sabe muy bien lo que quiere...: y lo que Dios quiere para ella.

El destierro en París (1828-1829)

En la primavera de 1828 su padre piensa otra manera de disuadirla. Su hijo Carlos, el quinto de sus hijos, ha puesto en París una tienda de vinos y taberna, en la calle Echiquier. Su mujer tema ya también allí un restaurante para que comieran los obreros: desgraciadamente, acaba de morir dos años después de su matrimonio con el hermano de Catalina, el 21 de febrero de 1828. Carlos necesita ayuda. Catalina tendrá que ir a echarle una mano. La capital espabila pronto a las chicas. Es fácil que alguno la corteje en el restaurante.

Para ella esta decisión supone una nueva herida sobre la que ya tiene. Después del rechazo de su vocación, el despido de su padre, la ruptura de unos lazos que representaban mucho para ella. Únicamente el deber y la prudencia la mantienen en este nuevo trabajo al lado de su hermano viudo, que empieza así a consolarse. Esta satisfecho de su hermana y le gustaría retenerla «para el gobierno de la casa». Intenta casarla con alguno de los clientes; pero a ella el trato de los posibles pretendientes, que verán ciertos atractivos en aquella borgoñona de 22 años, las felices perspectivas y el negocio del restaurante la resultan totalmente extraños. Las distracciones del barrio y sus éxitos culinarios entre los clientes tropiezan siempre con su decisión inquebrantable.

Carlos prefiere no insistir. Y la ocasión para liberar a Catalina llega oportunamente cuando su hermano vuelve a casarse el 3 de febrero de 1829. Dos mujeres en una casa, una está de mas.

Así pues, Catalina aprovecha la ocasión. Escribe a su cuñada de Chátillon, muy conmovida por su situación, y luego a su hermana María Luisa que acaba de ser nombrada el año anterior hermana sirviente, es decir, superiora de las hijas de la Caridad de Castelsarrasin (Tarn-et-Garonne). Su respuesta desborda felicidad y pasión: *¿Que significa ser hija de la Caridad? significa darse a Dios, sin reservas, para servir en los pobres a sus miembros que sufren... Si en estos momentos una persona fuera lo suficientemente poderosa para ofrecerme no ya un reino, sino todo el universo, miraría todo eso como el polvo de mis zapatos, pues estoy convencida de que no encontraría en la posesión del universo la felicidad y el contento que siento en mi vocación.*

Y detiene este impulso ante un posible escrúpulo: *Me gustaría que pasaras algún tiempo en casa de nuestra cuñada, tal como ella misma te lo ha propuesto, para que te formaras un poco mejor, ya que en algunas ocasiones es preciso ser todo lo educada que una pueda ser. Aprenderás a hablar francés un poco mejor de como lo hacen en nuestra aldea, te dedicarás a la escritura y al calculo, y sobre todo a la piedad, al fervor y al amor de los pobres. No tenemos por costumbre inducir a nadie a que entre en nuestra comunidad.*

Pero se perdona pronto esta «debilidad» y termina repitiendo su deseo de que Catalina entre algún día a formar parte de las que un día serán llamadas... "Más vale servir a Dios que al mundo..."

María Luisa recibirá mas tarde esta misma carta como un boomerang en las circunstancias que luego veremos (23 abril 1834). De momento, ella aconseja volver a Chátillon.

Segunda estancia en Chátillon

La casona de su prima, situada al pie de la colina de SaintVorles, ha cambiado desde su primera estancia en ella; el 15 de diciembre de 1828 Juana-Antonia Gontard se había convertido en cuñada de Catalina al casarse con su hermano mayor Huberto, subteniente de policía después de haber sido guardia de corps de Carlos X en Paris en 1824.

Los recién casados son buenos abogados de de Catalina ante su padre, poco orgulloso de la situación o sin salida en la que se había metido a pesar suyo.

Aprovecha entonces la ocasión de un compromiso honorable.

Así pues, Catalina vuelve a aquel pensionado que le gusta tan poco, pero frecuenta cada vez más las hijas de la Caridad. Esta vez se encuentra allá con una hermana nueva, sor Victoria Séjole, agarrada de golpe por esa simpatía discretamente admiradora que le hará decir a lo largo de toda su vida, cada vez que tenga que hablar de Catalina: *Nunca conocí un alma tan inocente y tan pura*

Catalina y sor Victoria tienen muchas afinidades: las dos pertenecen a buenas familias de campesinos, tienen aproximadamente le misma edad, 22 y 27 años, y las dos tienen una hermana mayor entre las hijas de la Caridad; pero sobre todo las dos sienten un gran amor a la Virgen y a los pobres. Sor Victoria comprende muy bien el malestar que experimenta esta campesina en medio del refinamiento del pensionado. Por eso insiste ante sor Cany, superiora desde 1814: *Recíbala: es todo inocencia y piedad. No se encuentra en su sitio entre esas sabihondas. Es una buena chica de pueblo, como las que le gustaban a san Vicente*.

La superiora sor Cany quedó convencida. Empiezan los tratos. Catalina recibe la noticia con alegría. Pero no quiere entrar sin dote, sabiendo que era aquella la costumbre general. Se encarga de hablar confidencialmente sobre este tema con su hermano y su cuñada. En esto Pedro Labouré se muestra inflexible: su hija puede hacer lo que quiera, pero, palabra de Labouré, no dará una segunda dote.

Que la cosa no falle por eso; su hermano y su cuñada le darán la dote. Viven bien, ya que ganan los dos: él como oficial y ella como directora de un pensionado afamado.

El postulantado

A principios de enero de 1830 sor Cany envía su opinión favorable a la Casa Madre, en donde el Consejo de las hijas de la Caridad la adopta en estos términos, con fecha del 14 de enero: *Sor Cany propone a la señorita Labouré, hermana de la que está de superiora en Castelsarrasin. Tiene 23 años y reúne todas las condiciones exigidas para nuestro estado: es devota, tiene buen carácter, un temperamento decidido, amor al trabajo y muy alegre. Comulga regularmente cada H días. Es de familia intachable en costumbres y honestidad, aunque tiene poca fortuna; nos dan prisas para que la recibamos.*

La que da prisas es en primer lugar sor Séjole. La alusión a la «poca fortuna» de la familia intenta preparar la aceptación de una pequeña dote, según la costumbre de la época.

El 22 de enero llega la respuesta de París. Es favorable. Catalina, muy contenta, se despide de sus amigas pensionistas, demasiado refinadas para ella. Y franquea con alegría la verja de la calle de la Judería.

A Sor Séjole le encanta ser ella la encargada de formarla en los rezos y costumbres de la comunidad.

La inicia en la «marmita de los pobres enfermos». Esta obra había quedado suprimida a principios de la Revolución, como una cosa «de otros tiempos». Pero fue preciso restablecerla, bien pronto, ya que respondía a necesidades urgentes. Catalina aprende de este modo a conocer la miseria y el servicio a los pobres en sus dimensiones masivas; dos veces por semana, los domingos y los jueves a la una de la tarde, se prepara una gran olla de caldo en una caldera humeante y los pobres acuden provistos de una cacerola, de un puchero o de cualquier otro recipiente para llevar la sopa a sus enfermos.

Marieta, antigua empleada de la casa, siente gran admiración por la forma de rezar de Catalina: todos los días acude a la capilla a las 3 de la tarde para rezar el acto prescrito por la regla: *Te adoro, Salvador mío Jesucristo, que mueres en la cruz por mi amor. Te agradezco que hayas dado tu vida por redimirme. Padre eterno.... recibe su divino sacrificio... Es la muerte de un Dios, es Dios mismo a quien te ofrezco...*

La «muerte de un Dios». Estas palabras adquirían una extraña resonancia al día siguiente de tantos atentados en contra de Dios y de sus ministros.
A comienzos de su postulantado Catalina recibió de su hermana mayor, que seguía siendo hermana sirviente en Castelsarrasin, una carta fechada en 22 de enero de 18330. María Luisa, «muy edificada con la última» carta que había recibido de Catalina, que desgraciadamente no se ha conservado, la exhorta con un entusiasmo contenido.

La Partida

A mediados de abril ha terminado la prueba del postulantado. Catalina ha salido airosa de ella.
Llega la hora de preparar el equipo. Van metiendo las cosas en el baúl: 4 pares de sábanas algo usadas; 12 toallas algo usadas; tela para camisas; 11 camisas ya hechas; 5 vestidos (4 de tela de indiana y uno de seda violeta); 11 pañuelos de bolsillo; 3 pares de «bolsillos» (que entonces se usaban como bolsas de mano).
Catalina se lleva además la dote que han ofrecido Huberto y su cuñada: 693 francos. Están a su lado cuando llega la diligencia. El pesado vehículo sale de la ciudad gloriosamente por la «puerta de París», que tiene la forma de un arco de triunfo. La hermana Hinault (70 años), que ha sido durante mucho tiempo hermana sirviente en Chátillon, acompaña a Catalina: va a incorporarse a la comunidad de hermanas ancianas en la calle del Bac.
Un largo viaje de 300 kilómetros, casi unas 100 leguas, como entonces se decía. La campiña se muestra radiante de nuevo verdor y de flores. Es la luz y la alegría de la regeneración pascual.

CAPÍTULO 3
EL SEMINARIO

1. LA LLEGADA

Miércoles, 21 de abril de 1830. Los cascos de los caballos suenan sobre el pavimento de París, arrastrando el sordo ruido de las ruedas de hierro, como una especie de trueno, lejano y próximo.
Para Catalina la capital no es un descubrimiento. ¡Pero qué diferencia de la primera vez! Hacía dos años aquello era la cárcel, el destierro: lejos de su padre que la rechazaba, lejos del sueño que en ella había despertado san Vicente... Pero ya tenemos a su padre reconciliado con ella y abierta de par en par la casa de san Vicente. Los obstáculos se han venido abajo, lo mismo que las murallas de Jericó. Harta de dificultades. Catalina saborea a pesar de la fatiga la victoria prometida a la fe que transporta las montañas.
París ya no será aquel restaurante, aquellas botellas, aquellas bromas groseras de los obreros; será la oración, el silencio, el servicio a los pobres y a los enfermos. El sueño se hace realidad.
Le han dicho a Catalina que el período de formación era duro. Pero iba preparada para todo. Nada le pesa, sobre todo ahora cuando actúa según su corazón.
El viaje toca a su fin: ajetreo de caballos relinchantes y cocheros. Hay allí hermanas de la Casa-Madre vestidas como las de Chátillon: es la misma familia, el mismo calor. Las dos viajeras, la anciana y la joven reciben una misma acogida.

La calle del Bac

Recogen los bultos y el equipaje en un coche. Resuenan las ruedas bajo el pórtico del n. 132 de la calle del Bac; viene luego un segundo pórtico más adentro y finalmente se detienen en un patio rectangular. A la derecha se encuentra el edificio del reloj. A la izquierda está el edificio del seminario, con la campana que convocará a Catalina a los ejercicios de comunidad.
Conducen a Catalina por este segundo lado, al «Palacio de Chátillon», una extraña residencia para un noviciado. Aquella casa había sido concebida en el siglo XVII para servir de ostentosa residencia a la familia de La Valliére: las ventanas tienen una altura realmente desmesurada. En el lado opuesto al patio de entrada -el jardín- hay una doble escalinata de piedra con suntuosas balaustradas de hierro forjado, que conducen al rellano del primer piso: el de la superiora general. Las hermanas del seminario viven debajo, a ras de suelo, entrando por un vestíbulo directamente desde el patio. Viven con ciertas apreturas, ya que son 124 las que se reúnen para los ejercicios de comunidad y las comidas. De noche suben a los dormitorios, que se encuentran en el segundo piso con buhardilla, que se comunica por el desván con la capilla, entonces más baja que en la actualidad. También allí hay demasiadas personas acumuladas y a veces un calor sofocante.
Catalina cambia su traje de campesina, toquilla y dos enaguas, por la cofia y el hábito de las hermanas del seminario. Aquí el traje no tiene importancia. El padre Vicente había querido que las hermanas vistieran como toda la gente, no la gente de mundo, sino el pueblo sencillo. Como suele suceder, el vestido fue evolucionando cada vez más hasta ser un hábito religioso. Catalina puede incluso extrañarse de diferencias que no existían en Chátillon: color y calidad de la tela varían de una hermana a otra. Algunas hasta parecen señoras por sus medias y zapatos. Se hacen unas «cornetas» enormes. Llevan «colletes» y dobladillos generosos, adornos de cintas y hasta de piel de castor y delantales de merino, mientras que otras hermanas han conservado su aire de mujeres de pueblo, mas próximo a lo que quena san Vicente.
Es el resultado de un relajamiento contra el que se lucha inútilmente en aquellos tiempos de «restauración». Esta palabra tiene a nuestros oídos cierto sentido de ñoñería y de facilidad: ¡la vuelta nostálgica a un pasado exhausto! De todas formas, la llama arde en el corazón de Catalina. Ella lo mira todo como nuevo, como la tierra prometida. Y no se detiene ante aquellas debilidades.

La joven granjera, que antaño tenía que disputar el tiempo para rezar a una vida agobiada y sin ocio, saborea ahora las vacaciones del espíritu y del corazón, ya que es Dios y la oración los que ocupan el primer lugar.
Apenas llegar recibe una noticia que viene a colmar sus deseos: el próximo domingo las reliquias de san Vicente van a ser solemnemente trasladadas desde Notre-Dame a San Lázaro. El arzobispo se las devuelve a los padres lazaristas. El mismo presidirá el cortejo. Asistirá también el rey, un personaje lejano y casi mítico. Las hermanas del seminario irán en la procesión. San Vicente renueva a sor Catalina la señal de que se acerque; y en esta ocasión no se le ocurre retroceder, como había hecho en Fain. Todo su ser se vuelca en esta cita: una fiesta en la que se espera una gran participación popular.

2.- TRASLADO DE LAS RELIQUIAS DE SAN VICENTE

Vicente de Paúl había atravesado la Revolución sin eclipsarse. Su prestigio de «padre de los pobres» era tan grande que por aquel entonces se compusieron himnos en los que su nombre se asociaba a los de Rousseau y Voltaire.
Más valía contar con su esplendor humanitario y tener a tales personajes consigo que contra sí.
Esto no había impedido que las dos comunidades fundadas por el fueran disueltas y perseguidas. Pero el comisario Delivry, encargado de desmantelar la iglesia de los lazaristas, les había entregado su cuerpo, que se conservaba intacto en la urna,
La traslación solemne que va a devolver el cuerpo de san Vicente a su casa comienza el 24 de abril, tres días después de la llegada de Catalina.
El día siguiente, domingo 25 de abril, a las nueve de la mañana, el nuncio apostólico monseñor Lambruschini celebra la misa mayor pontifical ante la urna, colocada sobre un estrado: es un pesado relicario de plata, de 7 pies de largo, realizado por Odiot por una suma de 40.000 francos. Una inmensa muchedumbre rodea al arzobispo y a los 12 obispos asistentes.
A las dos de la tarde, mientras se entonan las vísperas en Notre-Dame, empieza la procesión. La urna va rodeada de los padres de San Lázaro y los canónigos de la catedral metropolitana. Van a continuación los capellanes reales, los obispos y en último lugar el arzobispo, precedido de la cruz y de su estandarte, rodeado de asistentes con capas y seguido de altos funcionarios. Un pelotón de gendarmes cierra el cortejo.
Pero también van en la procesión los huérfanos y los pobres, los que realmente contaban para san Vicente. No lo han olvidado. Y forman una verdadera muchedumbre.
Estén también las hermanas del seminario: todo un bosque de 122 tocas blancas. Bajo una de ellas encontramos a Catalina, tan contenta de acompañar las reliquias del hombre de sus sueños y de su vocación. El gentío va aumentando, «deseoso de ver los restos tan preciados de aquel santo sacerdote que ha llenado esta gran ciudad de monumentos y de instituciones, creadas por su caridad para alivio de los desventurados», como dice enfáticamente el informe oficial.
Hasta las 6 de la tarde no llega la procesión a la calle de Sévres, a la iglesia de los padres lazaristas.
Así empezó, bajo los ojos maravillados de Catalina, aquella octava de celebraciones litúrgicas que, a partir del domingo 25 de abril vio desfilar a una gran muchedumbre y al rey Carlos por la capilla de los padres lazaristas. Las hermanas de la calle del Bac, que viven solamente a unos 300 metros de distancia, acuden todos los días. Entre ellas se encuentra nuestra joven hermana borgoñona, que celebrará su 24 cumpleaños el domingo 2 de mayo, el octavo día del traslado de las reliquias. Se siente libre como un globo al que hubieran cortado las amarras.
Catalina no referirá por escrito esta experiencia hasta 26 años mas tarde, por orden de su director. V lo hará con un estilo objetivo, sin lirismos... y sin ortografía. La sitúa precisamente en ese tiempo y en ese espacio nuevo en que «no es ya de esta tierra».
Se encuentra en un estado distinto. No se trata de un sueño. Podría hablarse de una visión a la que llega sobre las alas de un deseo exigente:

Le pedí a san Vicente todas las gracias que necesitaba, así como su protección para mis dos familias y para toda Francia. Me parecía que también ellas teman mucha necesidad de esas gracias.
Catalina piensa en las amenazas latentes de la revolución, pero sobre todo en el impulso espiritual que tantas oposiciones encontraba en aquel siglo.

3. LAS APARICIONES (ABRIL: DICIEMBRE 1830)

El corazón de san Vicente (55 abril-2 mayo 1830)

Fue de estos deseos de donde surgió el gran acontecimiento: *En fin, le pedí a san Vicente que me enseñase todo lo que necesitaba pedirle con una fe viva. Y siempre que volvía de San Lázaro (en donde había visitado la urna), me sentía tan triste que me parecía encontrar de nuevo en la comunidad a san Vicente o por lo menos su corazón... Se me aparecía siempre que volvía de San Lázaro. Sentía el dulce consuelo de verlo en la capilla de la calle del Bac encima del relicario en donde estaban expuestas algunas pequeñas reliquias de san Vicente de Paúl.*
Aquel pequeño relicario era una arqueta de metal con ventanillas de vidrio, que estaba colocado a la izquierda del altar mayor. La visión del corazón se produjo encima de este relicario:
Se me apareció tres veces distintas, tres días seguidos: el blanco color de carne anunciaba la paz, la calma, la inocencia y la unión. Luego lo vi de rojo como el fuego: es lo que tiene que encender la caridad en los corazones. Me parecía que toda la comunidad tenía que renovarse y extenderse liaste los extremos del mundo. Luego lo vi rojo obscuro y aquello me llenaba de tristeza el corazón. Sentía una tristeza que me costaba trabajo superar. No sabía ni por que, ni cómo: aquella tristeza se refería al cambio de gobierno.
Esta es la narración autógrafa de Catalina. Lo que conservó su memoria después de 26 años fueron tres visiones cuyos colores significaban para ella la inocencia, el amor y la prueba. Su confesor y el padre Etienne fecharon estas visiones, por confusión, en el mes de julio, cuando la fiesta (y no cuando el traslado de las reliquias) de san Vicente. Y las han estilizado en forma de díptico: primero una visión sombría y luego otra visión más clara, al revés de Catalina.
Según su interpretación, que circulaba ya desde 1833, 23 años antes de que Catalina pusiera por escrito su narración, la vidente no solamente percibió unos símbolos, sino que escuchó también unas palabras en su interior: para la visión sombría: *"el corazón de san Vicente esta profundamente afligido por los males que van a caer sobre Francia»;* para la visión mas clara: *«san Vicente se siente algo consolado, ya que ha obtenido por intercesión de la santísima Virgen, que en medio de esos grandes males no perezcan sus dos familias".*
Si leemos con atención los relatos de Catalina, esos mensajes explícitos sólo se le dieron más tarde, cuando la aparición de Nuestra Señora en la noche del 18 al 19 de julio, en la fiesta de san Vicente. Así se explica que Etienne y Aladel silenciaran esta aparición y situaran en esa lecha la visión del corazón de su fundador.
Los documentos oficiales han sintetizado las predicciones que fue recibiendo progresivamente Catalina y que difundió confidencialmente, que tan gran estimulo dieron al renacimiento de las dos familias de san Vicente, antes de que se proclamaran bajo el generalato del padre Etienne. Esas promesas han adquirido un gran relieve, ya que no dejaron de verse confirmadas por medio de acontecimientos admirables, bien comprobados durante las agitaciones de aquel siglo: desde la resolución de julio de 1830 hasta la Comuna de 1871.
Para Catalina lo importante es este nuevo encuentro con san Vicente, con el que vuelve a "tropezar» seis años después del sueño de Fain. Pero esta vez está bien despierta.
Sin embargo, no exagera, sino que relativiza el signo que se concede percibir: *Me parecía encontrar de nuevo a san Vicente, o por lo menos su corazón*
No se trata del corazón de carne, que no estaba ni en la arqueta de la capilla ni en la urna de San Lázaro, ya que había sido separado como reliquia y había tenido un destino independiente. En 1790 el padre Cayla, superior general, lo había confiado a su asistente italiano, el padre Siccardi, que lo había trasladado oculto dentro de las tapas de un libro con las hojas recortadas hasta Turín. Después de algunas peripecias, la reliquia había vuelto a Lion por exigencias del cardenal Fesch, el 1 de enero de 1805. Catalina no sabe nada

de aquella reliquia ausente. Pero insiste con razón en el carácter simbólico de la aparición: no se trataba de una pieza anatómica, sino de una imagen.
Los tres colores que menciona no tienen nada que ver con un colorido pintoresco y gratuito. Se trata de un mensaje con un hondo sentido. Catalina lo descifra con el vigor lacónico de las personas dominadas por una fuerte impresión.
La visión color carne señala no tanto un colorido como una dimensión de encarnación. Este color carne es el blanco, el color de la piel (no de la sangre), que significa «la paz, la calma, la inocencia y la unión». Catalina ha llegado a una comunidad que esta convaleciendo y renaciendo después de la hemorragia de la Revolución. No ha encontrado en ella todo aquel ideal que se habla forjado, sino una realidad un tanto apagada y a veces lastimosa. Sin embargo, la esperanza le impide enjuiciarla de forma negativa. Había entonces muchas cosas que reformar. Catalina lo dirá enseguida y los superiores lo han percibido ya. Pero la visión supera la realidad decadente con vistas a un futuro mejor.
El rojo de fuego de la segunda visión designa un ardor interior más bien que un color determinado. Lo que percibe Catalina es el resplandor que, desde Abrahan y Moises hasta Pascal, hace pronunciar la palabra luego para hablar de la proximidad de Dios. Ese fuego con que irradia el corazón de san Vicente «tiene que encender la caridad en los corazones».
Catalina no se refiere a los defectos más que en función de la necesidad de superarlos, tal cono se promete en la visión. La comunidad tiene que «renovarse», señala ella misma. es decir reformarse. Y esta esperanza se abre a todas las dimensiones del universo*: Me parecía que toda la comunidad tenía que extenderse hasta los extremos del mundo.*
Sin embargo, la tercera visión tiende al negro e inspira a Catalina una «tristeza» casi insuperable. ¿Se trata de una nueva revolución con sus muertos, como en 1793? Aquí la visión de Catalina se concentra simbólicamente en el anciano monarca. Quizás pudo verlo en la visita que hizo a la urna de san Vicente. Por lo menos, se enteró de que había participado en la celebración. En su universo jerárquico, en donde el soberano (sagrado por su unción) está en la cima, lo mismo que su padre en la granja, el papa en Roma y la superiora en la casa, aquel homenajee del rey a san Vicente tiene un sentido. La Restauración, que ha llegado a los últimos destellos del ocaso del sol, de un sol de invierno, sólo se presenta a sus ojos bajo la luz religiosa, antes de sumergirse en la noche de la nada. Catalina Laboure, una buena campesina del viejo pueblo de Francia, lo mismo que la Violaine de Paúl Claudel, concedía a aquel «gobierno» el carácter de un signo sagrado. Veía en su caída un presagio siniestro: la corrupción del viejo mundo religioso al que pertenecía con todas las fibras de su ser, a pesar de ser hija de un padre que había ocupado cargos civiles durante la Revolución.
Ahora se siente portadora de un mensaje que la sobrepasa, pero que tiene que mantenerse en secreto entre ella y el cielo. Se aprovecha de la confesión semanal, seguramente el sábado 1 de mayo, para confiar ese mensaje al padre Aladel. Pero le resulta muy difícil expresar lo que ha percibido: un mensaje de amor, de promesas y de desgracias inminentes. Catalina no encuentra ningún eco al otro lado de la rejilla del confesionario. La silueta negra que divisa la atemoriza y la rechaza: *"¡Otra novicia que se empeña en levantar el cuello y ponerse a cacarear!* Piensa el confesor.
Le invita a que tenga calma y a que se olvide de lo que ha visto. *"No escuche esas tentaciones (¿añadió: del demonio?) Una Hija de la Caridad esta hecha para servir a los pobres Y no para ponerse a soñar".*
Catalina está totalmente de acuerdo en lo que se refiere al servicio. Pero este consejo le asusta, porque la verdad es que la visión redobla sus fuerzas para amar y para servir. Entonces, ¿por qué oponer una cosa a la otra? Pero acaba acogiendo, sin amargura, las consignas que se le dan: *Mi confesor me ha tranquilizado todo lo posible, quitándome de la cabeza estas ideas.*
¡Todo lo posible! ¿Pero es «posible» calmar los ardores que vienen de Dios? Y entonces se encierra en una oración sensata, austera, según las fórmulas oficiales y los ritos sacramentales. Ya no ve el corazón de san Vicente. Por encima del relicario de labrado metálico. Ya no está más que el cuadro de santa Ana, sentada en un sillón, con la virgen Marta de niña, puestas las manos en las rodillas de su madre, como si estuviera aprendiendo a leer.

Nuestro Señor en la eucaristía

Pero las cosas se complican de nuevo... De pronto, en la misa, la hostia se hace transparente, como un velo. Más allá de las apariencias de pan Catalina ve a Nuestro Señor. Aquello sucedió antes de que tuviera tiempo de resistir, tal como le había indicado su director. ¿Será acaso una ilusión? Catalina se aplica a este ejercicio crítico..., y ya no ve más que la hostia blanca en toda su desnudez. Pero cuando se deja llevar por su movimiento interior-cuando se pone a rezar de veras-, entonces la hostia te revela a quien oculta ordinariamente. No se trata de un sueño, ni de una exaltación, sino de una especie de acceso misterioso a la Realidad. Ella lo resume diciendo: *Vi a Nuestro Señor en el Santisimo Sacramento... todo el tiempo de mi vida en el seminario, excepto cuando dudaba (es decir, cuando se resista): entonces, en este último caso, ya no veía nada, porque quería profundizar..., dudaba de este misterio y creía que me engañaba.*

Lo mismo que san Pedro, cuando se hundía en el mar por dudar de la inverosímil posibilidad de caminar sobre las olas. El 6 de junio de 1830, día de la Santísima Trinidad, la visión se hace «negra», como el corazón de san Vicente dos meses antes. Catalina vuelve a utilizar la palabra «negra» para señalar el impactado de esta visión entristecedora: *Nuestro Señor se me apareció como un Rey, con la cruz en el pecho, siempre en el Santisimo Sacramento... Era durante la misa, en el momento del evangelio. Me pareció que la cruz se caía del pecho a los pies de Nuestro Señor. Me pareció que Nuestro Señor era despojado de todos sus ornamentos. Todo se cayó a tierra. Fue entonces cuando tuve los pensamientos más negros y más sombríos.*

Esta visión de los sufrimientos de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia se forma sobre el modelo tan cercano de los mártires de la Revolución. La interpretación de Catalina se polariza en turno al rey de Francia. Los teólogos han hablado alguna vez de la unción real como de un octavo sacramento, para exaltar el título de representante de Dios que el apóstol Pablo atribuía ya a los soberanos paganos). Catalina distingue bien entre su visión y la aplicación que hace de al anciano rey, a quien vio casi agotado rindiendo homenaje a san Vicente en el pasado mes de abril.

"No sabría explicarlo", reconoce*. «Pero tuve la sensación de que el rey de la tierra se perdería, es decir, sería destronado) y se vería despojado de su vestidura real».*

Catalina intenta confiar sus «pensamientos» al padre Aladel, pero es inútil. El cielo sin embargo sigue haciéndole señales Irresistiblemente. El deseo de Dios, que había inspirado su vocación, sigue inflamando su realización.

Se siente feliz en el seminario: ágil moradora de los suburbios del cielo, lenta sin embargo al limpiar los corredores y los calderos. Un día accidentalmente, en el refectorio, se queda tan absorta después de una aparición, tan desconectada del mundo exterior, que sor Cailhot, la tercera directora, tiene que llamarle la atención: *Sor Labouré, por favor, ¿está usted en éxtasis?*

Sor Cailhot había dicho esto espontáneamente, sin sospechar nada. Era la fórmula habitual para sacar a una persona de su ensimismamiento. Sor Catalina no suele andar distraída. Y, entonces, se pone a comer como si no hubiera pasado nada. Ya no era necesario volver a llamarle la atención.

A principios de junio recibe una carta de su hermana mayor, enviada desde el sur del 25 del mes de María. María Luisa acaba de saber que Catalina ha ingresado finalmente en el seminario. Al principio se muestra un poco descontenta: *Tu silencio desde el 4 de marzo me ha dado bastante preocupación... Tenía pena por ti...*

Pero dicho esto, su hermana se deja llevar de la alegría: *Ya no siento ninguna pena y le doy gracias a Dios... Si no tienes nada especial que decirme, puedes aguardar algún tiempo a escribirme... Tu dicha será tan completa como es posible esperarlo en este mundo, si eres dócil en escuchar los buenos consejos que no te faltaran. Espero que habrás perdido tu propia voluntad por el camino de Chátillon a París. Te felicito por ello. ¡No vuelvas va nunca a reclamarla! La de nuestros superiores vale ciertamente más que la nuestra. Piensa que ya no estás en tu casa, que ya no sabes hacer nada... En el seminario, mi querida amiga, es preciso hacer un buen acopio de todas las virtudes: sobre todo de humildad... No resulta difícil creerse la última de todas, cuando se piensa un poco...*

Le da finalmente especiales recuerdos para la madre Marta, una de las lumbreras del noviciado: *¡Si supieras cómo nos gusta recordar sus santas instrucciones!*

Una misión para Catalina (18 julio 1830)

Y es precisamente sor Marta la que da la plática en el seminario la tarde del 18 de julio de 1830, víspera de la fiesta de san Vicente. Evoca efusivamente la piedad del santo fundador para con la virgen María. Catalina se bebe sus palabras. Ella ha visto a san Vicente. Ha visto a Nuestro Señor... No ha visto a la santísima Virgen. ¡Y ahora se siente arrastrada por un nuevo impulso!: *Me acosté con el pensamiento... de que aquella misma noche vería a mi buena Madre. ¡Hacía tanto tiempo que estaba deseando verla!*

Sor Marta ha hecho un regalo a las novicias: un trocito del roquete p sobrepelliz que en otros tiempos usó san Vicente. Antes de dormirse se le ocurre una idea loca a Catalina. Corta en dos el trocito de tela y dice, sin rodeos, "me lo trague y me dormí con la idea de que san Vicente me alcanzarla la gracia de ver a la Santisima Virgen.

Prosigue sin transición alguna, con un «por fin» que traduce la secreta impaciencia de su espera: *Por fin a las once y media de la noche, oí que me llamaban por mi nombre:*

¡Hermana, Hermana!!

Al despertar, miré hacia el lado desde donde venia la voz, que era hacia el corredor. Abrí la cortina. Vi a un niño vestido de blanco, de unos 4 o 5 años, que me decía:

- Levantate enseguida y ven a la capilla; te está esperando la Santisima Virgen! Inmediatamente se me ocurrió un pensamiento: ¡Pero me van a oir!

Aquel niño me contestó (contesta a su pensamiento): No te preocupes: son las once y media y todo el mundo está bien dormido. Ven, te espero. Me vestí aprisa y me dirigía hacia donde estaba el niño, que se había quedado de pie, sin apartarse más allá de la cabecera de mi cama. Me siguió, o mejor dicho, le seguí yo a el, siempre a mi izquierda, dirigiendo rayos de claridad por todos los sitios por donde pasaba. Las luces se encendían por donde pasábamos y aquello me extrañaba mucho. Pero todavía me sorprendí más cuando entramos en la capilla… la puerta se abrió apenas la toco el niño con la punta del dedo.

Cuando cuenta ingenuamente su aventura. Catalina esta segura de que no hacia más que repetir lo que le había ocurrido a San Pedro, en los Hechos de los Apóstoles, cuando fue liberado de su prisión: «Durante la noche..., el ángel del Señor le mandó levantarse... Por sí sola la puerta se abrió ante ellos. Creía que estaba soñando»... continua: *Pero mi sorpresa fue todavía mayor cuando vi todas las velas y los hachones encendidos, lo cual me recordaba la misa de media noche. Sin embargo, no veía a la santísima Virgen. El niño me condujo hasta el presbiterio, al lado del sillón del padre director. Y allí me puse de rodillas: el niño se quedó de pie todo el tiempo.*

Como iba pasando el tiempo, miré a ver si las veladoras pasaban acaso por la tribuna. Por fin llego la hora y el niño me aviso. Me dijo: Ya viene la virgen. ¡Aquí está! Oí una especie de ruido.... como el roce de un vestido de seda, que venía de la tribuna, del lado del cuadro de san José, que venia e colocarse sobre las gradas del altar, por el lado del evangelio en un sillón parecido al de santa Ana.

Sin embargo, no era santa Ana la que estaba en el sillón, sino solamente la virgen María.... No era la misma figura de santa Ana... Dudaba de si seria la Santisima Virgen. Pero el niño que estaba allí me dijo: Esta es la Santísima Virgen!

En aquel momento me sería imposible decir lo que sentía, lo que ocurría dentro de mí. Me pareció que no veía a la santísima Virgen.

Todo este comienzo tiene las apariencias de un sueño, lo mismo que la liberación del apóstol san Pedro en los Hechos, que creía estar soñando, pero el relato está esmaltado de detalles realistas que no acaban de cuadrar con un sueño. Catalina tiene miedo de que pasen por allí las veladoras que circulan de noche por la tribuna lateral. Duda de la identidad de la Virgen. También Bernadette dudará al comienzo de la primera aparición, al observar cómo no se mueven los árboles a pesar del extraño golpe de viento. Catalina, de pie en el coro, a la izquierda, delante del comulgatorio, observa atentamente el sillón en el que se sienta la visitante delante de ella, sobre las gradas del altar. Es un sillón parecido al del cuadro que está colgado encima del relicario de san Vicente, en el que está sentada santa Ana enseñando a leer a su hija, la virgen María. Si no es santa Ana la que está sentada, será necesariamente la Virgen, que esta de pie en el cuadro de santa Aria ¿Se habrá sentado en el sillón de su madre?

El niño repite: *¡Esta es la santísima Virgen!*
Pero Catalina no se decide. Permanece a distancia, junto al sillón del padre Richenet, colocado allí para la celebración de la misa mayor del día de san Vicente.
Fue entonces cuando me habló el niño, pero no cono un niño, sino como un hombre, en voz alta y con palabras más fuertes. Entonces, mirando a la Virgen, di como un salto hacia ella, de rodillas sobre las gradas del altar, con las manos apoyadas en las rodillas de la santísima Virgen.
Así pasaron unos momentos, los mas dulces de mi vida. Me seria imposible decir lo que sentía. Ella me dijo cómo tenía que portarme con mi director y algunas otras cosas que no debo decir: la forma de portarme en medio de mis penas.
La Virgen le señala «con la mano izquierda el pie del altar». Allí es donde tengo que ir « a echarme... a expansionar mi corazón», continúa Catalina.
Recibiré todos los consuelos que necesite... Le pregunte que significaban todas las cosas que había visto... Y me las explico todas.
¿Oué explicaciones escuchó Catalina durante aquel encuentro tan íntimo, en contacto con Nuestra Señora: Intentó transcribirlo al final de su vida, 46 años después de la aparición, el 30 de octubre de 1876, por dos veces. Ofrecemos la versión mas completa posible comparando las dos redacciones.
Hija mía. Dios quiere encargarte de una misión? Tendrás muchas dificultades pero las superarás todas pensando que lo haces por la gloria de Dios. Conocerás lo que es Dios. Te sentirás atormentada hasta que se lo hayas dicho a aquel que esta encargado de dirigirte. Te contrariarán. Pero recibirás la gracia necesaria. Dilo todo con confianza y sencillez. Ten confianza. No temas. Verás algunas cosas. Da cuenta de ellas (es decir), de lo que veas y de lo que oigas.
Lo que Catalina tendrá que decir con confianza son las visiones y las palabras que recibirá. Será la Medalla que pronto tendrá que hacer acuñar. La aparición concluye: *Serás inspirada en la Oración. Da cuenta de ella.*
Esta promesa de asistencia va acompañada de un anuncio de desventuras: *Serán malos tiempos. Las desgracias vendrán a caer sobre Francia.* E*l trono será derribado. El mundo entero se hundirá en desgracias de todas clases* (la santísima Virgen tenía el rostro muy apenado cuando decía esto). *Pero venid al pie de este altar. Aquí se derramarán gracias sobre todas las personas que las pidan con confianza y fervor, grandes y pequeños. Se derramarán particularmente las gracias sobre las personas que las pidan. Hija mía, me complazco en derramar gracias sobre la comunidad en particular. La quiero mucho, afortunadamente.*
Sin embarqo, tengo una pena. Hay muchos abusos contra las reglas. No se observan las reglas. Hay una gran relajación en las dos comunidades. Díselo al que esta encargado de vosotras, aunque no sea el superior. Le encargarán de forma especial de unas funciones en la comunidad. Tiene que hacer todo lo posible para poner de inicio con rigor la regla. Dile de mi parte que cuide de las malas lecturas, de la pérdida de tiempo y de las visitas.
Cuando la regla vuelva a estar en vigor, habrá una comunidad que venga unirse a la vuestra. No suele sor ordinario. Pero yo la quiero... Dile que se la reciba. Dios las bendecirá y gozarán de una gran paz.
Fue en 1850 cuando se realizó esta predicción: entraron dos comunidades en la familia de san Vicente: la de las hermanas de la Caridad, fundada por Elisabeth-Ann Seton (que llegaría a ser la primera santa canonizada de los Estados Unidos) y la de las hermanas de la Caridad de Austria, fundada por Leopoldina de Brandis.
La comunidad gozara de una gran paz. Se hará grande, concluyó nuestra Señora.
Y a continuación prosigue con el anuncio de calamidades inminentes: *Vendrán grandes desgracias. Será grande el peligro. Pero no temáis: di que no tienen nada quo temer. La protección de Dios estará siempre sobre vosotras de una forma muy especial y san Vicente protegerá a la Comunidad* (la santísima Virgen seguía estando triste). *Yo misma estaré con vosotros. Siempre he velado sobre vosotros.* Os *concederé muchas gracias. Llegará un momento de gran peligro. Se creerá que todo está perdido. ¡Pero yo estaré entonces con vosotros!*
Tened confianza. Conoceréis mi visita y la protección de Dios y la de san Vicente sobre las dos comunidades. ¡Tened confianza! No os desaniméis. Yo estaré con vosotros. Pero no pasará lo mismo en

otras comunidades. Habrá víctimas (la Santísima Virgen tenía lágrimas en los ojos cuando decía esto). Entre el clero de París también habrá víctimas: el señor arzobispo (al decir esta palabra lloro de nuevo) morirá.
Esta predicción no se realizó en 1830. Tampoco se trata de la muerte de monseñor Affre, muerto en las barricadas de junio de 1848. El autógrafo de Catalina señala la fecha: 40 *años después* de la visión de 1830. Se trata por tanto de la muerte de monseñor Darboy en 1871. Desgraciadamente Catalina no consignó por escrito esta interpretación hasta 1876, post *fac*tum; pero se acuerda de que se lo había dicho al padre Aladel mucho antes, pues indica: *Al oír estas palabras, pensé: ¿Cuando será esto?: Y comprendí muy bien que sería a los 40 años.* (La segunda redacción añade: «y 10 años después de la paz»)
A propósito de esto el padre Aladel me dijo: ¿sabemos si estará usted y yo también? Yo le respondí: *Si no estamos nosotros, habrá otros.*
La aparición insistió en las desgracias próximas*: Hija mía, despreciarán la cruz. La tirarán por el suelo. Correrá sangre. Abrirán de nuevo el costado de Nuestro Señor. Las calles se llenarán de sangre. El señor arzobispo será despojado de sus vestiduras (aquí la Santísima Virgen ya no podía hablar y tenía la pena dibujada en su rostro):*
-Hija mía -me decía-, el mundo entero se llenará de tristeza.
Finalmente la visión comienza a comunicar a Catalina ciertos proyectos que se irán precisando más adelante: la nueva asociación de hijas de María que tendrá que fundar su confesor*:* se celebrara allí con «gran pompa» el mes de María y el de san José: «habrá mucha devoción al Sagrado Corazón».
Volvamos aquí al autógrafo de 1856, en donde Catalina narra el final de la aparición: *estuve allí no sé cuánto tiempo. Todo lo que sé es que cuando ella se marchó, solo me di cuenta de que se apagaba algo y finalmente solo hubo una sombra que se dirigía al lado de la [futura] tribuna [de la derecha]", por el mismo camino por donde había llegado. Me levanté de las gradas del altar y vi al niño en el sitio en donde lo había dejado. Me dijo: Se ha marchado.*
Volvimos por el mismo camino, siempre iluminado por todas partes. El niño iba siempre a mi izquierda. Creo que aquel niño era mi ángel de la guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la santísima Virgen, porque yo le había rezado mucho que me obtuviera aquel favor. Iba vestido de blanco, llevando una luz milagrosa consigo, es decir, que iba resplandeciente de luz: su edad de 4 a 5 años.
Al regresar a mi cama eran las dos de la mañana. Oí sonar el reloj. No pude volver a dormirme. Aquella larga vigilia, lúcida hasta el amanecer, demuestra a Catalina que no estaba soñando.
No tardó en comunicar su mensaje al padre Aladel, ya que siente vivamente lo que le había dicho la Virgen: *«Te sentirás atormentada hasta que se lo hayas dicho todo a aquel que está encargado de dirigirte».*
El relato es mal acogido. El padre Aladel no ve en él más que «ilusión» e «imaginación». No cabe duda de que las peticiones relativas a la reforma de las dos familias coinciden con sus preocupaciones evangélicas y radicales. El es una de las jóvenes esperanzas en quien se empieza a confiar para reorientar la Compañía. Pero se dice: ¿cómo se mezcla en ello esta joven Hermana? Le choca la perspectiva de tener que meterse a fundador. ¿Ganas de adularle con el señuelo de una misión? Finalmente, aquella profecía tenebrosa sobre una nueva revolución le parece inverosímil. El traslado de las reliquias de san Vicente ha puesto de relieve el gran fervor del pueblo, y la rápida conquista de Argel «promete para Francia una gran prosperidad», según se imagina.
Pero en contra de estos pronósticos optimistas lo cierto es que la revolución estalla antes de finales de mes, el 27-29 de julio. Las «tres gloriosas» hacen realidad a la vez la caída del trono y los sangrientos disturbios, paradójicamente anunciados. Así es como lo comprendió el padre Etienne: *Las iglesias son profanadas, las cruces derribadas, las comunidades religiosas asaltadas, devastadas y dispersadas; los sacerdotes son perseguidos y maltratados. El mismo arzobispo de París es objeto del furor del populacho, obligado a disfrazarse y a ocultarse (despojado de sus vestiduras, decía Catalina). Se diría que estamos volviendo a los peores días de 1793.*
Lo que se comprueba ciertamente, más aún que las violencias anunciadas, es la protección de los lazaristas y de las hijas de la Caridad. Las amenazas parecen detenerse en la puerta de sus casas. Una banda de jóvenes amotinados de 12 a 14 años asaltan gritando la casa de los lazaristas del n.° 9 5 de la calle de Sévres: *¡Hemos visto que entraban armas!*

“Un buen padre, todavía con sotana, que no había querido disfrazarse como los demás», sale a hablarles con calma: *-Hijo mío ¿queréis ver mis armas?* le dice al jefe de la pandilla.
-Sí, señor: enséñenoslas.
El padre abre «su breviario», les enseña sus estampas, que tienen la suerte de interesar al joven interlocutor.
-¿Quieres una?, les dice el padre.
Le dio una y el muchacho se marchó, victorioso, con su estampa. Toda la pandilla lo siguió.
Otro día vinieron también a arrancar la cruz que estaba en el frontispicio de la fachada. Pero el coraje y la energía del padre Etienne les hizo marchar enseguida. Desde aquel día, ya no ocurrió nada más. Nada vino a turbar la tranquilidad de la casa, cuenta sor Pineau que reconoce en ello una manifestación de las promesas hechas a Catalina.
Catalina había llegado incluso a detalles que habían parecido absurdos: «Un obispo perseguido encontraría asilo entre los lazaristas». Aquel parecía el menos indicado de los refugios. Pues bien, resultó que un arzobispo, monseñor Frayssinous, ministro de cultos bajo Carlos X, vino a pedir hospitalidad al Padre Salhorgne, superior general, que creyó más seguro enviarlo a Saint-Germain-en-Laye.
Bajo la impresión de estos acontecimientos y sorpresas, Aladel escucha a Catalina con mayor interés durante aquellos tiempos agitados, pero «sin darle a entender que concedía la más mínima importancia a sus visiones». Después de la tormenta Catalina vuelve a las confesiones normales; sus faltas ordinarias, cuya importancia exageran su contrición y su humildad. Esto le hace esperar al confesor que aquella joven hermana volverá pronto a ser una penitente sin historias ni visiones.

La Medalla

Pero ¿ya se ha acabado todo? No. Cuatro meses más tarde se acerca trayendo una consigna muy concreta: mandar acuñar una medalla con la efigie de la inmaculada, a la que ha visto irradiando los dones de Dios.
Aquél día se sintió de nuevo llena de un «gran deseo de ver a la Santísima Virgen», un deseo que venía desde muy lejos.
Yo creía que ella me concedería aquella gracia y aquel deseo era tan fuerte que tenía la convicción de que la vería con su belleza más esplendorosa. Y ví a la santísima Virgen a la altura del cuadro de san José..., de pie vestida de blanco, de mediana estatura, con la figura tan bella que me sería imposible decir su hermosura.
Llevaba un vestido de seda blanca aurora.
Esta vez la aparición no se produjo de noche, sino «a las cinco y media de la tarde, el 27 de noviembre, durante la oración, después de los puntos de la meditación, en medio de un profundo silencio»: no ya cerca del altar mayor, como la aparición del sillón, sino a la derecha, del lado del cuadro de san José. Catalina no tuvo necesidad de desplazarse. La vio desde su sitio -delante, a la derecha- donde estaba meditando, entre las filas apretadas de las hermanas, sin que nadie se diera cuenta de ello. Confió también esta visión al padre Alabel en el secreto del confesonario. He aquí lo que él recogió y difundió: *La novicia vio en la oración un cuadro que representaba a la santísima Virgen, tal como se la representa de ordinario bajo el título de la Inmaculada Concepción, en pie y extendiendo los brazos. Iba vestida con un vestido blanco y un manto de color azul plateado, con un velo aurora. De sus manos salían como una especie de haces de rayos de un resplandor deslumbrante. La hermana oyó en aquel mismo instante una voz que decía: Estos rayos son el símbolo de las gracias que María alcanza a los hombres.*
Y alrededor del cuadro leyó con caracteres de oro la siguiente invocación: ¨iOh. María, sin pecado concebida! Ruega por nosotros que recurrimos a ti!
El autógrafo de Catalina concreta más sus sentimientos de entonces: *No sé expresar lo que sentí y lo que vi: la belleza y el resplandor, Ios rayos... Yo derramo estas gracias sobre las personas que me las piden (oyó Catalina). Ella me hizo comprender cuánto le agrada que se rece a la Sma. Virgen y cuán generosa se muestra con las personas que se encomiendan a ella. ¡Cuántas gracias concede a las personas que se lo luden y cuánta alegría siente al concedérselas! En aquel momento no sé si estaba o no estaba; lo cierto es que gozaba. No lo sé...*

Aladel continúa su relato en términos que coinciden lacónicamente con los de Catalina: *Unos momentos más tarde, aquel cuadro se volvió y en el reverso distinguió la letra M coronada con una pequeña cruz y debajo los sagrados Corazones de Jesús y de María. Después de que la hermana hubiera observado en todo aquello, la voz le dijo: hay que acuñar una medalla según este modelo, y las personas que la lleven bendecida y que recen con piedad esta breve oración, gozarán de una protección muy especial de la Madre de Dios*.
Así es como contará más tarde Aladel esta aparición. Pero de momento la acoge con desconfianza. Aquella vuelta de apariciones es mala señal.
¡Pura ilusión, responde!. Si *usted quiere honrar a Nuestra señora, «imite sus virtudes» y guárdese de las imaginaciones.*
Catalina se retira, aparentemente tranquila, «sin preocuparse más" constata el confesor. Pero esto se debe sobre todo al dominio sobre sí misma y a la gracia prometida, ya que el choque ha sido duro. Aliviada de haberse atrevido a hablar, intenta ahora obedecer.
Aladel se interesó tan poco por aquel mensaje que no se acordó nunca de la fecha de aquella primera aparición: 27 de octubre. Catalina la recordará mucho más tarde, en 1841. Tampoco se preocupó de contar los días transcurridos desde el acontecimiento hasta que Catalina vino a comunicárselo. Lo importante para él era invitarla firmemente a no volver sobre ello.

Última aparición (diciembre 1830)
Pero he aquí que en diciembre vuelve a ver aquel cuadro. Más tarde escribirá ella misma el relato de esta *«tercera aparición de Nuestra Señora»:* la segunda y última de la medalla. No «indicó el tiempo», es decir, la fecha.
Lo mismo que el 27 de noviembre es a las cinco y media de la tarde, después de los puntos de meditación... Y empieza con la misma señal: el roce de un vestido de seda. Hay algunas diferencias: viene no del lado de la tribuna, sino de detrás del altar. Y el «cuadro» de la medalla se presenta, no ya «a la altura del cuadro de san José», por la derecha, sino en el centro: «cerca del sagrario», un poco hacia atrás.
El mismo vestido -«a la Virgen», como dice Catalina-, «color de aurora»; el mismo «manto azul». Los «cabellos partidos sobre la frente y aplastados sobre los lados cubren una especie de toquilla, guarnecida de una puntilla de unos dos dedos de ancha», indica minuciosamente en términos análogos a los que empleó para la aparición del 27 de noviembre. Los rayos que brotan de sus manos «llenaban toda la parte inferior de manera que no se veían los pies de la santísima Virgen». Como la última vez, se hizo oír «una voz» en el fondo del «corazón»: *Estos rayos son el símbolo de las gracias que la santísima Virgen alcanza para las personas que se lo piden.*
La aparición tiene el carácter de una despedida. Y Catalina, cuya época de seminario está para acabar, recibe este mensaje: *Ya no me verás más, pero oirás mi voz durante tus rezos*. Así pues, es el final de las visiones. Todas ellas tuvieron lugar en la capilla de la calle del Bac. Solamente las prolongarán las comunicaciones o las inspiraciones interiores
Vemos, pues, a Catalina puesta entre la obligación de comunicar la indicación que le ha renovado la Virgen y la obediencia a su director que no quiere oír hablar de esas «imaginaciones». Ella pone en primer lugar a la obediencia terrena, puesto que Nuestra Señora no ha urgido nada.

4.- TOMA DE HÁBITO

Final del seminario
El 30 de enero de 1830 termina el período de seminario. Catalina toma el hábito.
Al día siguiente deja el seminario.

Primera alerta

Antes de dirigirse a su nuevo destino, pasa algunos días en una casa de nuestras hermanas, cuenta sor Pineau en marzo de 1877.

Esta corta etapa parece haber sido prevista por Aladel para examinar a Catalina... «Buscó un pretexto para ir a visitar a las hermanas de aquella casa». Ya había empezado a circular el rumor de las visiones del corazón de san Vicente, aureoladas por la admirable protección experimentada por las hermanas durante la revolución de julio. «Se sabía que el padre Aladel había recibido ciertas confidencias. Apenas se presentó, las hermanas lo rodearon y empezaron a hacerle preguntas». El tenía los ojos bien abiertos. Catalina se sentía más provocada que él mismo. Está inquieto. ¿Se va ella a traicionar?

¡No! «Sin desconcertarse», ella es «la más dispuesta a mezclarse en todas las preguntas, tranquilamente y sin descubrirse de ninguna manera». El confesor queda impresionado. La que había sido acogida con tanta severidad acaba de marcarse un punto (sin haber dejado que se advierta nada). Aquella joven hermana, que había llegado hasta él desde la sombra, toda llena de ilusiones y de mensajes inoportunos, era por consiguiente ajena a toda ostentación, soberanamente dueña de sí misma y de mantener el secreto. Había allí una especie de carisma. Aladel ignoraba por aquellas fechas la segunda y última aparición de la Medalla. Catalina, obediente, no se había atrevido a hablarle de ella. Su impresión viva de aquel día es que «la Santisima Virgen ayudaba a la hermana a mantener su secreto y que ese secreto le era agradable»

Sor Marta Velay, la primera directora, no había adivinado evidentemente nada cuando al final del seminario entregó este informe que subraya el carácter ordinario y común de Catalina: Fuerte, estatura mediana. Sabe leer y escribir para ella. Parece de buen carácter. Ingenio y juicio poco brillantes. Suficientes recursos. Piadosa, se esfuerza en la perfección.

CAPÍTULO 4
PRIMEROS PASOS EN EL HOSPICIO DE ENGHIEN
(5 febrero a 3 de mayo de 1835)

El 5 de febrero de 1831 Catalina llama a la puerta del número 12 de la calle de Picpus, el hospicio de Enghien a donde le han destinado. La acogen cuatro hijas de la Caridad. Los ancianos y las ancianas inspeccionan a la recién llegada.
Tiene 24 años. Le quedan casi el doble de años de vida, aquí mismo. Es el municipio de Reuilly, un barrio pobre al sudeste de París, a 5 kilómetros de la calle del Bac..., y a 4 solamente del restaurante de Carlos Labouré, situado igualmente al este de la capital, pero más hacia el norte.
El hospicio de Enghien lleva sólo doce años de existencia. Lo fundó en 1819 la duquesa de Bourbon en recuerdo de su hijo, el duque de Enghien, fusilado en 1804 en los fosos de Vincennes por decisión de Napoleón I. Lo había fundado en la calle de Varenne, para atender a los convalecientes que salían de los Hospitales de París, así como a doce ancianas desamparadas. Su heredera, Adelaida d'Orleáns, hermana de Luis-Felipe, actualmente reinante, había trasladado la fundación a Reuilly en 1829, añadiendo la carga de mantener a 50 antiguos servidores de la familia de Orleáns, para que encontrasen allí una existencia decente después de haber abandonado su deslumbrante librea.
Si el padre Aladel quiso mantener a Catalina en un barrio cercano, fue para vigilar mejor a aquella hermana, normal en el servicio cotidiano pero preocupante por sus visiones.

1.- LA COCINA, EL HUERTO Y EL GALLINERO

La casa, con pasillos abovedados, da a un huerto que se extiende dos hectáreas hacia la calle de Keuilly. En este lugar es donde pronto se va a encontrar con un trabajo a la medida de sus fuerzas.
Demasiado joven para el servicio de los ancianos, a veces demasiado atrevidos, la destinan a la cocina. Se han dado cuenta de que entiende algo de aquello. Le vinieron bien entonces las experiencias de la granja, perfeccionadas por las experiencias del restaurant Labouré, en donde la clientela exigía cada vez más refinamiento y espíritu inventivo. Trata ahora a sus ancianos como clientes a los que hay que honrar.
Su único problema procede de la cocinera titular, sor Vincent, de 35 años. Esta hermana, una de las fundadoras de la casa, goza de buena reputación por su gran abnegación y su viva sensibilidad. Pero le gusta demasiado ahorrar. Para Catalina, que prefiere la esplendidez, aquellas restricciones resultaban intolerables.
El padre Aladel, confesor de Enghien, le aconseja imperturbablemente: *Hay que tolerar con paciencia ti esa compañera.*
Ese es el camino de la virtud. Cómo puede serlo a contra pelo del servicio c incluso del amor a los pobres: Catalina, un tanto desconcertada, hace lo mejor que puede sin acabar de resignarse. ¿Estará acaso poco dotada para la virtud? Intenta convencerse de ello humildemente.
Las cosas van mejor en el gallinero, que han puesto bajo su responsabilidad. Su competencia allí no encuentra rivales, lo mismo que en el amplio huerto en donde las hermanas de ciudad actúan con desventaja. Aquellos son sus dominios. Administra, organiza y defiende aquel territorio contra los gorriones y otros depredadores: animales y personas. Poco a poco va renovando los métodos de explotación y convierte aquellas tierras en una pequeña granja a la moda de Borgoña. Encuentra allí sus raíces, aunque en una tierra menos generosa.
De esta forma realiza, tal como lo había aprendido en Fain, un sueño de san Vicente, a quien su actividad «no productiva» le atormentaba hasta el punto de escribir el 24 de julio de 1655: *Vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de la gente pobre...* Con frecuencia se me ocurre este pensamiento que me llena de confusión: *¡Miserable! ¿te has ganado ese pan que vas a comer?, ese pan que ti viene del trabajo de los pobres.*

El análisis evangélico de san Vicente es radical. Karl Marx le concedía al trabajo de los pobres más que una plusvalía. El los reconoce, pura y simplemente, como los únicos autores legítimos del pan que come...
Catalina, granjera, está por encima de ese problema. Sirve a Ios pobres produciendo su propia subsistencia, un poco más dura año. A los millares de gallinas y de palomas se añadirá pronto la leche de las vacas que instalará en el establo de Reuilly. Esta fatiga resulta un buen tónico para su conciencia.

2.- LA MEDALLA, FINALMENTE

La vuelta a tareas materiales agobiantes ha hecho que la visión se apague en Catalina. De la Medalla no ha hablado al P.Aladel más que una vez después de la aparición del 27 de noviembre. Y él empleó tanta autoridad para prohibirle que pensara en ella que Catalina ha guardado para sí la segunda aparición, la de diciembre. Aunque ahora ya «no ve», tal como le había anunciado Nuestra Señora, una voz interior la impulsa a trasmitir su mensaje. Así pues, al llegar la primavera, cede a esta inspiración que la atormenta. Esfuerzo inútil, Aladel la ve venir. Previene cualquier desbordamiento. La consigna sigue siendo la misma: resistir a la ilusión y Catalina se siente aliviada por haber hablado. Y Aladel se felicita al verla marchar tan tranquila.
Pero la voz interior sigue insistiendo. ¿Oué hacer entre aquellas consignas contradictorias de Nuestra Señora y del representante de Dios? En otoño se atreve a replicar a Nuestra Señora: *«El» no quiere escucharme.* «El» es el padre Aladel. *«El» es mi servidor, responde aquella voz íntima; temería disgustarme.*
Así pues, en otoño Catalina vuelve a la carga por tercera vez ante aquel a quien Nuestra Señora quiere ablandar: -*¡La Virgen está molesta!,* se atreve a decirle.
Aladel se queda de mármol. Pero aquellas palabras le impresionan y le atormentan. ¿Será acaso un «mal servidor» de «Aquella a la que le gusta llamar: *Refugio de los pecadores?* Perplejo, deja que Catalina se expansione más que las otras dos veces, pero sin darle a conocer su perplejidad. Vuelve a despedirla, sin ofrecerle ninguna esperanza.
Sin embargo, esta vez habla seriamente con el padre Etienne, procurador general de los lazaristas y amigo suyo, con quien ya antes había hablado vagamente sobre la impresión que le habían dejado en julio de 1830 las predicciones de la Revolución. Estas dos jóvenes esperanzas de la Congregación, cargados ya de responsabilidades cuando apenas tenían 30 años, comparten preocupaciones y proyectos. Conocen la extrema prudencia que exige la Iglesia en cuestión de apariciones. Sin embargo, someten este caso al padre Salhorgne, superior general, que no se muestra desfavorable: *Dentro de poco iré a visitar al arzobispo de París, monseñor de Quélen, para tratar unos asuntos de la Congregación, acompáñeme* -propone el padre Etienne a su compañero-; *aprovecharemos la ocasión para someterle esta petición..., entre otras.*
¿Qué va a pensar el prelado?, se preguntan a punto de entrar en la audiencia. ¡Sorpresa! La aparición de María en el misterio de su gracia original encuentra en él una profunda simpatía. Esa irradiación del sol de justicia -Jesucristo- ¡qué hermosa ilustración de este misterio! Sí, María, la mujer revestida de sol de que habla al Apocalipsis, quiere irradiar a Aquel a quien trajo al mundo: N*o hay ningún inconveniente en acuñar esa Medalla, concluye el arzobispo. Está plenamente conforme con la fe y con la piedad. Puede contribuir a honrar a Dios.*
Así, pues, el camino está libre, con la prudencia que requiere la Iglesia en estos casos: *No hay que prejuzgar de la naturaleza de la visión ni divulgar sus circunstancias. Que se difunda esta medalla, simplemente. Y se podrá juzgar el árbol por sus frutos.*
El proyecto toma forma, pero sin precipitación. Aladel establece un modelo reducido a sus rasgos esenciales. En el anverso de la medalla, la invocación que se ha de inscribir: *María. Concebida sin pecado;* invita a grabar el tipo clásico de la Inmaculada Concepción, según los deseos del arzobispo. Así pues, servirá de modelo la estatua de Bouchardon que se encuentra en San Sulpicio, pero con la irradiación de las manos que constituye la novedad de esta visión. Para el reverso Aladel se encuentra más embarazado. En contra de sus costumbres consulta a Catalina en el confesionario de Reuilly:
¿No había otra inscripción, lo mismo que en el anverso?

Ella no lo sabe. Rezará. En la confesión siguiente da la respuesta que ha recibido en la oración: *La M y los dos corazones dicen bastante*.

El Cólera

Así pues, la grabación va a comenzar a comienzos de marzo de 1832. Y he aquí que el cólera se desencadena sobre París el día 26, en pleno carnaval. La epidemia, que llega de Rusia a través de Polonia, provoca diarreas torrenciales, que obligan a los hospitales desbordados a agujerear las camas de los enfermos para que el líquido caiga en los cubos preparados para la catástrofe. En 4 ó 5 horas el cuerpo de un hombre de buena salud queda reducido a un esqueleto. El balance de muertos va creciendo de forma impresionante.

En total hubo 18.400 defunciones oficiales; pero más de 20.000 en realidad, ya que las estadísticas y la prensa minimizan el fenómeno para limitar el pánico.

Los médicos que acuden a París para informarse sobre la epidemia contribuyen a propagarla en provincias. Les enseñan más a combatir los síntomas que la enfermedad: diarrea, calambres o vómitos. Bolsas de agua y baños calientes combaten el frío que deja helados a los pacientes. Las sangrías, el calomel y el opio calman los espasmos, cuyo vigor parece concentrarse en estas eyecciones inagotables. Dupuytres, influido por una receta de las prostitutas de Hamburgo «para ocultar sus reglas», aplica acetato de plomo para impedir las evacuaciones. Otros prescriben ipecacuana, «a fin de sustituir los vómitos naturales por vómitos artificiales» según el principio vomitus vomitu curatur tirar el mal por el mal. Recamier y Chaumel practican fricciones. Velpeau receta camomila, valeriana, menta, éter y láudano en el hospital de la Caridad. En el Hótel-Dieu Magendie salva al 40% de los enfermos mediante pociones alternas de ponche y camomila, con acetato amónico. Broussais pregona los triunfos de su método: ingestión de malvavisco con hielo, calentamiento externo por baños de vapor, cataplasmas y sanguijuelas detrás de las orejas y en la nuca. Estas medicaciones bastante extrañas revelan su lógica cuando tenemos en cuenta que consideraba al cólera como una «gastroencefalia». Las sanguijuelas colocadas en el ano servirían para «atraer los movimientos del centro hacia la periferia». De este modo aseguraba haber curado a 39 de 40 enfermos. La Gazette médicale discute este balance, oponiéndole la cifra de 24 curaciones en 129 casos; Broussais envió sus testigos al redactor Julen Guérin. Fue entonces cuando murió Casimir-Périer, presidente del consejo de ministros, «aunque atendido por él». Se curaba el que podía.

Monseñor de Quélen se enteró de esta plaga en el retiro en que estaba oculto. Un motín popular lo había expulsado de su arzobispado el 15 de enero de 1831 y había tenido que refugiarse en el monasterio Saint-Michel y luego en casa de los Cafferelli. Inmediatamente vuelve entre su pueblo que sufre, celebra la misa en las hijas de la Caridad en la capilla de las apariciones y su dirige inmediatamente al Hótel-Dieu. El padre Etienne, preocupado por la violencia que parece amenazar al prelado, insiste en acompañarle por los hospitales. Pero el gesto del arzobispo aplacó los odios. Sus oraciones y sus bendiciones infunden esperanza. A petición de monseñor de Quélen, el padre Etienne abre San Lázaro a los enfermos; se ve atrapado por el torbellino de ese ministerio en el que se multiplican el drama y Io imprevisto. Lo mismo ocurre con el padre Aladel, cuya salud recibirá también una grave sacudida.

La medalla acuñada por M. Vachette

A finales de mayo la epidemia empieza a retroceder. Los periódicos anuncian su fin. Aladel toma contacto finalmente con el joyero Vachette, n.° 54 de la calle de los Orfebres y le ordena que acuñe la medalla.

Desgraciadamente la epidemia vuelve a recrudecerse en la segunda quincena de junio. Se acrecienta el pánico, pero la fabricación está ya en camino. Vachette entrega los primeros 1. 500 ejemplares el 30 de junio. El arzobispo recibe la primera medalla y no tardará en mandar hacer para su habitación particular una estatua «según el modelo indicado a la hermana».

Catalina recibe su Medalla a comienzos de julio, en su comunidad, sin que haya nada que la distinga y pueda airear el secreto. Mira la efigie ¿Había visto ya antes un croquis? No hay ningún documento que lo sugiera. ¿Qué es lo que siente entonces? Ante todo, la alegría de ver que se ha escuchado el deseo de

Nuestra Señora, después de aquel callejón aparentemente sin salida: la Virgen está allí, irradiando su amor, con la invocación por un lado y la cruz y los corazones por otro.
Catalina se preocupa por las libertades que se han tomado con su interpretación: las de Aladel, que había estilizado el modelo según la Virgen de Bouchardon; las del orfebre, que había puesto en el reverso las estrellas omitidas en el anverso (alrededor de la cabeza de la Virgen) y había añadido dos barras horizontales y un trébol: su cuño.
Aladel le había dejado plena libertad para los detalles, sabiendo que la expresión de una visión inefable y luminosa en el minúsculo bajorrelieve de una medalla no podía ser más que una interpretación. En Lourdes el abate Peyramale tendrá que enfrentarse pronto con el mismo problema entre Bernadette y el escultor Fabisch, encargado de hacer una estatua conforme a la visión; y tendrá que acallar la decepción de la vidente por deferencia para con un artista afamado que ha interpretado «según las reglas del arte». De todas formas, era imposible representar a la Virgen tal como es. Catalina no se detiene en los detalles demasiado feliz de ver realizado lo esencial: la aparición, los rayos de la Inmaculada, símbolos de la cruz y del amor. En aquella primera distribución no hizo más que manifestar aprobación: *Ahora hay que propagarla,* dice segura de que Dios haría lo demás.
Si la realización material le produjo algunas decepciones, las primeras curaciones y conversiones no tardaron en tranquilizarla por encima de todas las esperanzas.

Primeros rayos

La Medalla se distribuyó primero en la región de París, por Hijas de la Caridad, al reanudarse el cólera.
En París, en la escuela de la plaza del Louvre, la pequeña Carolina Nenain (8 años), de la parroquia de San Germán de Auxerre, la única de su clase que no llevaba la medalla, es también la única atacada por el cólera. Las hermanas le proporcionan la medalla y enseguida se cura. Al día siguiente, vuelve a clase.
Hay también conversiones: el 13 de junio de 1833, un militar de Alençon, «iracundo y blasfemo», a quien entregaron las hermanas la medalla, se puso a rezar sin que nadie lo esperara. Vio venir con serenidad a la muerte, llegando a decir: *Lo que me causa más pena es haber amado tan tarde y no amar aún más.*
La medalla se difundió sin una referencia explícita a la aparición. Para ello habría sido menester proceder a una investigación canónica y consultar luego a Roma en donde suelen ser mal acogidos estos expedientes.

Marejada

Perro el éxito empezó a desbordar la discreción. Los milagros de los que se habla provocan preguntas sobre el origen de la medalla y respuestas improvisadas. El rumor va creciendo y produce cierta marejada. Llegan espontáneamente a San Lázaro cartas agradecidas y pidiendo más medallas y explicaciones.
El 5 de agosto de 1833, el padre Lamboley, lazarista, emigrado a España durante la revolución, envía un relato de las apariciones, en donde cuenta no solamente la de la medalla, sino también las del corazón de san Vicente, tan apreciadas por "las dos familias» fundadas por él.
Desde febrero de 1834, antes de que se hubiera publicado ningún relato, la medalla es calificada corrientemente de milagrosa ¿Cómo canalizar aquel movimiento sin ponerse en una difícil situación ante la Santa Sede, que prohíbe la propaganda prematura de revelaciones y de milagros?

Primera publicación

Fue el abate Le Guillou quien encontró la solución. Este sacerdote bretón, artista y músico, que el arzobispo ha hecho venir a París, se ha convertido en uno de sus consejeros. Propone editar una información en el marco modesto de un Mes de María. Se acepta que estos libros piadosos vayan ilustrados con "milagros» y «ejemplos», narrados con libertad a modo de ilustración, para estimular el fervor. La Medalla será presentada de este modo. Con esta finalidad, Le Guillou pide al padre Aladel una carta en la que cuente la aparición (bajo el anonimato). La carta, escrita el 17 de marzo de 1834, es lacónica: apenas una página muy prudente:
A finales del año 1830 *una persona* me comunicó una visión que había tenido, *según ella,* en la oración. Había visto, *como en un cuadro*, a la santísima Virgen...

Se califican con prudencia algunos «detalles de curaciones, conversiones y protección». Los médicos se muestran perplejos -indica Le Guillou-, y dicen en diferentes tonos: *¡Es un fenómeno!!*
Algunos indican con cierta ironía: -*¡Se trata de magnetismo!*'.
El *Mes de María* se publica con la aprobación personal del arzobispo, con fecha del 10 de abril de 1834. Pronto (y con prudencia) le hace recensión un joven de 21 años, llamado Federido Ozanam. A quien desea informarse, se le puede decir ahora: *Lea a Le Guillou, página 317.*
Esta primera difusión contribuye a que algunos deseen una información ex-profeso de la Medalla. Es eso lo que el público pide.
Aladel se decidió a ampliar las noticias, siempre bajo el anonimato. Desarrolla un poco el relato lacónico del 17 de marzo. Por dos veces empieza su redacción, no sin tachaduras, que muestran su vacilación. Señala un poco la identidad de la vidente: no se trata ya solamente de «una persona», sino de «Sor M..., novicia de París en una de las comunidades que se consagran al servicio de los pobres».
Aladel, que había escrito prudentemente en el manuscrito: «ella creyó ver», se atreve a escribir en esta edición que «vio en la oración un *cuadro"*. Pero esta última palabra relativiza la aparición y a continuación se subraya que «la santísima Virgen» figura allí *«tal como se la suele representar bajo el título de la Inmaculada Concepción»*.
Estas precauciones serán una protección en el caso de que Roma empiece a inquietarse.
Cuando recibe las pruebas del volumen, en julio, Aladel pide a Catalina autorización para divulgar (respetando desde luego el anonimato) lo que ella le había dicho en el confesonario y para hacer constar esta autorización.
Con ocasión de este contacto repara una omisión señalada con viveza por sor Catalina:
Hace poco sor M... nos ha comunicado una circunstancia que habíamos omitido al narrar las tres visiones. Que esas gracias, representadas en los rayos, se derramaban con mayor abundancia sobre una parte del globo que se encontraba en los pies de María: y esta parte privilegiada era Francia.
La Notice apareció el 20 de agosto. El relato de la aparición sigue siendo lacónico y descarnado: ni descripción de la aparición, ni colores, ni detalles. Aladel habla como si las «tres visiones» que menciona fueran estrictamente idénticas y ampliamente esparcidas en el tiempo, según ciertos intervalos que va modificando en redacciones sucesivas. Viene luego un florilegio de milagros físicos y espirituales, en donde se encuentra ya la curación de una mujer muda, ocurrida en Constantinopla el 10 de junio de 1834. Con una tirada de 10.000 ejemplares, la Notice se agotó en menos de dos meses. No habrá existencias durante los dos meses siguientes.
La segunda edición, que salió finalmente el 20 de octubre, desapareció más pronto todavía: en menos de un mes, aunque la tirada fue de 15.000 ejemplares. La tercera tirada alcanzó los 37.664 ejemplares.

Dos millones de medallas

En las ediciones ulteriores los relatos de curaciones se extienden a Estados Unidos (1836), a Polonia (1837), a China, a Rusia (1838) y a Abisinia (1839). En esta última fecha la Medalla se ha extendido por el mundo entero con más de diez millones de ejemplares. La fabrican un gran número de orfebres. Desbordado el señor Vachette, no tiene tiempo para litigar con los numerosos competidores y falsificadores.
-Como explicar esta difusión? ¿Fue la epidemia de cólera la que lanzó la medalla? La hipótesis parece lógica, pero no resiste el examen. Los médicos del *Institut Pasteur,* que muestran también interés por las ciencias humanas, han señalado bien la diferencia de repercusión psico-sociológica entre la peste y el cólera. La *peste* despierta el sentimiento de un castigo divino y estimula el sentimiento religioso; el cólera, con sus diarreas grotescas, provoca más bien la burla y la crítica de los poderes públicos. La gente se la toma contra ellos, más bien que contra Dios.
Y sobre todo, la gran expansión de la Medalla no había empezado aún cuando la epidemia se acabó en otoño de 1832. A comienzos de 1834, cuando ya el cólera llevaba más de un año en el olvido, apenas se habían repartido una docena de millares de medallas. El número de 50.000 no se alcanzó hasta principios de marzo; las 150.000 durante el verano y las 500.000 en otoño (finales de noviembre) y desde entonces el movimiento se extiende por todo el mundo, independientemente de las circunstancias particulares.

Acción de gracias
Catalina se siente agradecida, ya que esta fulgurante expansión va acompañada de conversiones, curaciones y favores que alimentan las conversaciones de cada día. La fe, que parecía impotente, cura, convierte y protege. Se hace actual la buena nueva anunciada por Isaías: «Los ciegos ven, los cojos andan, los pobres son evangelizados». Es un despertar para el pueblo cuya tradición religiosa no ha quedado desarraigada por la Revolución. La Medalla es una Biblia de los pobres, un icono, el signo de una presencia, amiga y poderosa: la de María en la comunión de los santos, en la luz de Cristo, a la sombra de la cruz, bajo el signo de un solo amor representado en forma de corazón en el reverso de la Medalla. Catalina se siente feliz. Lo que le habían pedido en la noche se realiza ahora con esplendor.

3. CATALINA EXPUESTA
Pero ahora es precisamente cuando el secreto se ve más amenazado. Intentan adivinar quién es «aquella novicia de 1830» que ha recibido la visión. Y los más sagaces ponen a veces en aprieto a Catalina

Alerta en 1835
En 1835, cuando ya se han repartido más de un millón de medallas*;* los superiores maravillados por la renovación del fervor y de las vocaciones, mandan al pintor Lecerf ejecutar dos cuadros conmemorativos de las visiones de 1830: el corazón de san Vicente y la Medalla Milagrosa. Es el cuadro que se ha pintado buscando la mayor exactitud. Aladel se ha preocupado de indicar los colores, especialmente el manto azul plata.
El pintor ha presentado con gran exactitud el marco de la capilla de la calle del Bac, antes de sus ampliaciones. Su interpretación no es minuciosa. El anverso y el reverso de la Medalla se representan en un solo cuadro. No es imposible que Aladel preguntara brevemente a Catalina sobre algún otro detalle. El es también el que busca la ocasión oportuna para que vea los dos cuadros después de su instalación en el seminario. Es una visita discreta, anodina, aprovechando probablemente un día de retiro de Catalina en la casa madre. Pero la puerta está abierta, como está mandado. Mientras que el confesor y su penitente están en contemplación silenciosa, llega una hermana y dice ingenuamente señalando a Catalina: *¡Esta es seguramente la hermana que ha tenido la visión!*
El padre Aladel, sin saber qué hacer, se vuelve sonriendo a Catalina y le dice: *¡Pues sí que nos han cogido!*
Entonces la hermana, que creía haberlo adivinado, exclama: -*¡No creo que sea ella! Si lo hubiera sido, usted no se habría dirigido a ella para hacérmelo saber….*

Algunos riesgos
Aquella forma de difusión discreta que había autorizado el arzobispo se ve ahora desbordada por los acontecimientos. La Medalla es conocida mundialmente como «milagrosa». Y nadie ignora que es el fruto de una visión. Por consiguiente, la curia romana tendría razón para denunciar que se ha cometido un abuso. De momento no hay ningún peligro, ya que, en la misma Roma, los cardenales Lambruschini y Rivarola han defendido la causa de la Medalla; este mismo año de 183 5 mandan acuñarla a costa suya y patrocinan la edición italiana del libro de Le Guillou. Pero por poco que se mezcle en el asunto el Santo Oficio bajo el sello de su terrible secreto, estas influencias podrían ser insuficientes. Hay que hacer algo.

4.- UN PROCESO POR CONTUMACIA
Monseñor de Ouélen abre entonces un proceso para garantizar en su fuente este movimiento de gracias. Las apariciones, la Medalla y los milagros serán examinados según los métodos promulgados desde el siglo XVIII por el papa Benedicto XIV.

Una negativa

Pero surge un obstáculo. El testimonio esencial es el de la propia vidente. Hasta ahora Catalina no ha hablado más que bajo el secreto de confesión. El mismo padre Etienne no sabe de quién se trata.
El arzobispo había pedido hablar con ella, aunque fuese con el rostro cubierto y sin indagar su identidad; ha sufrido una negativa y la ha aceptado. El canónigo Quentin, encargado del proceso por el arzobispo, tropieza con el mismo obstáculo. Lo constata al comienzo de su informe (1836): *Para la regularidad misma de la investigación, habría sido menester sin duda alguna recibir de labios de la hermana los detalles de la visión. La autoridad eclesiástica tenía que haber sido informada por ella misma de todas las circunstancias de la aparición del cuadro. Finalmente, era su propio juramento el que tenía que asegurar y garantizar la fidelidad y la verdad de su relato*
Puesto que define tan claramente su obligación, ¿cómo es que renunció a este testimonio? Es que el confesor, que había invitado a la vidente a «comparecer ante las autoridades eclesiásticas..., encontró en ella tal repugnancia que no pudo vencerla. Era en el año 1835.
Por diciembre de aquel mismo año reiteró sus instancias, pidiéndole en esta ocasión «que quisiera hacer ella misma sus declaraciones al promotor», pero ella se había negado formalmente.
Para salir de aquel callejón sin salida, el señor Quentin hizo una última tentativa, seguramente en enero de 1836, antes de Ios primeros interrogatorios. Pero acerca de esta última insistencia el padre Aladel declaró: *Es una cosa extraña que ahora esta hermana no recuerde casi ninguna de las circunstancias de la visión. Por consiguiente, sería completamente inútil cualquier intento para obtener datos de ella.*
Efectivamente, extraña este último argumento, ya que ese extraño olvido no era una razón para evitar que compareciera al contrario, exigía un examen sobre los motivos y la naturaleza de ese olvido. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y por qué había sucedido esa «amnesia»? ¿Cuál era su extensión? ¿Era providencial, patológica o diplomática? El argumento aducido resulta más desconcertante todavía, ya que sabemos que Catalina recobró la memoria siempre que tuvo que explicarse sobre ello. Más aún, mucho tiempo después, en 1841, 1856 y 1876 pudo escribir otros relatos muy detallados de las apariciones.

Los motivos de Aladel

Podemos imaginarnos el diálogo entre el director, un poco seco y nuestra campesina deseosa de proteger su secreto: *Pero* si no me *acuerdo de nada!*
Sin duda había algo de verdad en sus palabras. El recuerdo la un estado emocional es frágil, evanescente, más aún que el de un sueño, ya que procede de la gracia de un momento. Pero, ¿no habría también allí una buena dosis de prudencia campesina? *No sé..., no me acuerdo...*
Esta respuesta ancestral, bien programada en la memoria de los pueblos, surge por sí misma, sin apelación, en los casos difíciles.
Misermont, vice-postulador del proceso de canonización, sugiere un tercer argumento. Es la santísima Virgen la que habría ordenado el secreto a Catalina. Pero ni Aladel, ni Quentin, ni Catalina han hablado nunca de ello. Se trata de una inducción mística o apologética posterior. Si hubiera sido ésta realmente la razón, ¿no lo habría dicho Aladel en el proceso?
Aladel podría haber obligado con su autoridad a Catalina, por necesidad de interés público y general, en nombre de la misma misión que ella había asumido. ¿Por qué no lo hizo? ¿Acaso por delicadeza con el secreto prometido? Sin duda. El secreto le había parecido «agradable a la misma Virgen y protegido por ella», según el padre Boré, su biógrafo.
¿Pero no le movería también el deseo de evitar confrontaciones a propósito de una misión que él había interpretado a su propio gusto, con ciertas simplificaciones? Aquella investigación; no podría agitar inútil y desafortunadamente ciertas diferencias sobre los detalles, suscitar discusiones sobre la acuñación de la medalla y crear complicaciones poco propicias al movimiento de gracias en pleno auge?
No era un espíritu absorbente el que movía a Aladel a proteger el secreto. Había mantenido el anonimato. No pretendía ser el *factotum* de este movimiento. En 1835 había incluso solicitado que lo enviaran a misiones, precisamente en la época en que la difusión de la Medalla y de su *Notice* adquiría aires triunfales. Sólo su nombramiento de tercer asistente en la Asamblea del mes de agosto había impedido su marcha. Pero podía temer la confrontación de su diseño con las indicaciones más complejas y precisas de Catalina,

y que se alterase la discreta relación de conciencia entre confesor y penitente ante las exigencias de la investigación. El secreto protege la dirección de una gran empresa. Pero la historia no tiene más remedio que plantearse esta cuestión, ya que pronto surgirán ciertas diferencias entre Aladel y Catalina sobre la misma aparición. Se trata, pues de un enigma que nunca lograrán disimular ni las buenas palabras ni los argumentos apologéticos.

El punto de vista del promotor

Si los motivos del silencio siguen estando en el aire por parte de Catalina y de Aladel, están sin embargo perfectamente claros en el caso del promotor. Consciente de la necesidad del testimonio de la vidente para la conclusión normal de la encuesta, se inclina finalmente ante el secreto de una conciencia y «el secreto del rey»: «Dios tiene sus designios en todas las cosas», dice formalmente.

Su decisión se comprende fácilmente dentro de la lógica de su vida: joven sacerdote a los 26 años, bajo el Terror, en 1793, se vio bajo las órdenes del obispo intruso y cismático de Loir-et-Cher. Así es como regresó a la vida laica. Partió para París, empezó a ganarse la vida entrando en la administración pública, hizo una buena carrera y se valió de su posición para salvar a varios sacerdotes perseguidos. Al final de la Revolución, el abate Desjardins, que los dirigía a él, le sugirió que volviera al ministerio sacerdotal. La experiencia que monseñor Quentin había adquirido hizo que lo encargaran de «la dirección de los asuntos temporales» de la diócesis de París; así llegó a ser canónigo, vicario general (1833)... y promotor responsable de las cuestiones canónicas. Le gustaba repetir la frase que su arzobispo le había dicho al confiarle estas funciones jurídicas: *Recuerde que en la Iglesia no hay procurador del Rey, sino que según el ejemplo de Jesucristo tiene que ser usted siempre un hombre de misericordia en sus funciones. Esa es una justicia que nunca se extravía*.

Su decisión, lamentable bajo el punto de vista del derecho y de la historia, provenía, pues, de una instancia superior: el evangelio.

Lo que evitó Catalina

Con ello salieron ganando la vida y la santidad de Catalina. De esta manera se libró de una prueba tremenda tanto para el psiquismo como para sus tareas. Entregada a los jueces, luego a los adversarios y a los admiradores, habría experimentado dificultades insoslayables, que resultaron mal a los videntes de la Salette. Sin duda habría manifestado otros recursos ocultos que nunca conoceremos. Pero ¿a qué precio? Sin duda su vida habría sido más corta, como fue la de Bernadette. Pero no era ésa su misión ni su opción. Conservó el incógnito sólo para Dios y el servicio de los pobres, a los que se había entregado con toda su alma.

De este modo el proceso de la Medalla milagrosa fue para Catalina un proceso por contumacia, en el sentido de «negativa a presentarse ante el tribunal» que tiene esta palabra, no en el sentido etimológico de «orgullo». Todo lo contrario, con toda razón pueden atestiguar Aladcl y Eticnne: «La repugnancia de esta hermana para comparecer se debe únicamente a su humildad».

La humildad encierra aquí mucho de prudencia y de realismo. Catalina adivinaba todas las vejaciones que podrían derivarse de otra opción, dada la condición femenina de aquellos tiempos y su subordinación.

5. LOS VOTOS Y LA HERIDA

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Catalina seguía imperturbable en su servicio.

El final de una prueba

En la cocina los ancianos apreciaban a aquella joven hermana que les servía con generosidad siempre que no la acechaba sor Vincent Bergerault. Catalina ocultaba sus impaciencias ante la cocinera ahorrativa, las acusaba en la confesión, pero no llegaba a resignarse en este punto. Sor Savart tuvo compasión la ella. Después de dos o tres años en Enghien la mandó venir y le dijo sonriendo:

En adelante su oficio no será la cocina: sino la lavandería. Y aquí tenemos a Catalina, enjabonando, repasando y planchando la ropa. Era un asunto suyo: una de sus tareas de campesina. La ropa es el honor de una casa. Catalina pone un esmero especial en cuidar de la de los pobres: limpia y bien remendada.

Catalina y los ancianos

Pronto la mandan a prueba en la sala de ancianos varones, ni siempre cómodos, cuyo lenguaje y malos deseos turban a las Hermanas jóvenes. Sólida y firme, Catalina se hace respetar. En adelante, ése será su oficio.

Los votos (3 de mayo de 1835)

Seguramente se le confirmó en él con ocasión de los votos que hizo, según la costumbre, al cabo de cinco años. El 3 de mayo de 1835, domingo del Buen Pastor, en la modesta capilla Enghien, después de la elevación del cáliz se eleva su voz en medio de la pequeña comunidad que contaba entonces cinco miembros:
Yo. Catalina Labouré, en presencia de Dios y de toda la corte celestial, renuevo las promesas de mi bautismo y hago voto a Dios de pobreza, de castidad y de obediencia...
A estos tres votos, las hijas de san Vicente de Paúl añaden un cuarto voto, muy querido a Catalina y que ya está bien arraigado en su vida: *y de trabajar en el servicio corporal ,y espiritual de los pobres enfermos, nuestros verdaderos amos, en la Compañía de las hijas de la Caridad. Así lo pido por los méritos de Jesucristo crucificado y la intercesión de la Santísima Virgen.*
Catalina sella de este modo sus primeros años de valientes servicios, preparados por su experiencia campesina.

Un relevo

Pero aquel día está velado por una sombra. El año pasado, el 26 de abril de 1834, su hermana mayor María Luisa, que le había precedido 12 años antes, deja las hijas de la Caridad, según la libertad que san Vicente había concedido a sus hijas de renovar o no su decisión cada año 76.
Para Catalina se trata de un choque incomprensible: estimulada por el entusiasmo de María Luisa en la vocación de hija de la Caridad, no se había visto decepcionada. La salida de la hermana mayor era todavía más preocupante por el hecho de que su vocación había sido antes un éxito en todos los aspectos. Hermana sirviente (superiora) a los 33 años, manifestaba su felicidad irreversible a Catalina, cuando ésta andaba todavía buscando su camino. Ella no habría cambiado su puesto -le escribía- ni siquiera para ser reina.
Su carta de agosto de 1831, que recibió Catalina cuando velaba sus primeras armas en Reuilly, reflejaba este mismo entusiasmo y el único deseo de que Catalina se dedique a todas sus «tareas con sencillez, ingenuidad, alegría, diligencia y apertura de corazón» y que se mantenga a la altura: *Una hija de la Caridad que tiene de veras caridad.... Llena de satisfacción a todos los que la rodean. Al verla, se dice: ¡Esa es la imagen de Dios!: Qué humildad! ¡qué compasión! ¡qué indulgencia! ¡qué bondad! El admirador de una hija de la Caridad se dice a sí mismo: Si Dios es tan bueno en sus débiles criaturas, ¿qué será cuando veamos sus perfecciones infinitas? ¡Qué felices son las hijas de la Caridad que tienen cierto parecido con Dios! ¡El no podrá renegar de ellas!... Mi querida Zoé..., reconozcamos que no somos muy buenas pintoras, ¿verdad?... No hacemos más que estropearlo todo. ¿Qué hacer? ¡No desanimarse!... Tu hermana de toda la vida en el amor de Jesús y de María, María Luisa.*
Sin embargo, ya por estas fechas María Luisa se encontraba bajo el peso de una calumnia, tan grave que la habían «depuesto en 1829. Había dejado de ser superiora y había vuelto a ser una simple hermana: primero en el mismo sitio en que estaba, Iuego dos años (situación traumatizante en contacto con sus adversarios); luego en el hospital de Saint-Cloud en 1832 y en Tarbes en 1833 (dos cambios que llegaron ya demasiado tarde). Algo se había roto. El 2 de abril de 1834, cuando está a punto de aparecer el primer folleto sobre la Medalla, la llaman a la casa madre, en donde el enfrentamiento resulta fatal. Los Labouré son orgullosos. Tienen la sensibilidad viva y la palabra tan impetuosa como lacónica en las dificultades.

Bajo el golpe de la injusticia María Luisa se ha endurecido. Ha perdido aquel impulso que da sentido a la vida y hace posible una vida austera y a veces heroica.
Los votos que pronuncia Catalina un año más tarde toman así un valor de relevo..., esperando el retorno. Porque Catalina reza con una tenaz esperanza. Si tantos milagros llegan cada día, desde hace 3 años, en la comunidad, ¿por qué no éste? Aquel choque no la ha quebrantado. Valiente por las dos, en esto, como en todo, sigue esperando la aurora.

CAPÍTULO 5
LA ESTACIÓN DE LOS FRUTOS (1836-1869)

Los años que van desde los votos de Catalina y su proceso por contumacia (1836) hasta la guerra y la Comuna (1871) no han llamado mucho la atención de los historiadores. Es como si se tratase de una época de bruma. Sin embargo, son años de plenitud en su vida, la estación de los frutos.

En el centro de la fuente medicinal

¿Es acaso la época dichosa de las personas sin historia? Sería un error imaginárselo. Su apariencia de mujer robusta, capaz de enfrentarse con cualquier cosa, se ve desmentida por una carta del 11 de junio de 1841 en la que sor Cany le muestra su compasión: *Se encuentra usted en el centro de la ciencia médica sin poder obtener de ella ningún alivio.*

Así pues, Catalina se encuentra hospitalizada con unos dolores ciáticos» que es imposible remediar. Es extraño. ¿Cómo compaginar este dato con su eficacia en tantos frentes? Su sobrina Leonia Labouré, que la visita con frecuencia a partir de 1850 confirma este dato médico y nos explica cómo logró resolver este problema a pesar de sus dolores:

Le dolían las rodillas; es una enfermedad familiar que yo también sufro. Cuando intentábamos quejarnos, ella respondía que no era nada y que mientras pudiera trabajar podía sentirse feliz.

También se dio cuenta sor d'Aragon. «Bajo una apariencia de buena salud sufría continuamente y nadie lo notaba».

El que siembra con lágrimas, cosecha en la alegría. Así pues, visitemos los huertos de Catalina, extrañamente variados, desde los más pegados al suelo hasta los más secretos.

1. EL HUERTO TERRENO DE REVILLY

Una nueva granja

Está en primer lugar el huerto que Catalina cultiva entre la calle de Picpus y la calle de Reuilly. A este huerto lo va ella transformando poco a poco en una pequeña granja en donde prosperan los animales. Probablemente fue ella la que introdujo la cría de palomas, poco corriente en la región.

Vacas y cuentas

Fue ella la que preparó el establo, donde habrá dos vacas permanentemente y tres a veces. La primera la compró el 19 de marzo de 1846: 480 francos; pero fue preciso cuidarla mucho, porque se puso enferma. La recupera el 18 de abril y la revende por 260 francos; total, 220 francos de pérdida. Todo está anotado y registrado.

No se desanima. El 10 de mayo compra una segunda vaca por 310 francos y la revende en octubre, esta vez con 10 francos de beneficio. Entretanto, la vaca n.° 2 ha dado 1247 cuencos de leche (casi otros tantos litros, porque en París el cuenco de leche son 0,93 litros). Es estimulante.

Pero los problemas vuelven con la tercera vaca. Catalina la compró por 400 francos aquel mismo día y tuvo que venderla en octubre del año siguiente por 240 francos: casi a mitad de precio; la pérdida se compensó con una producción de 2.436 cuencos. Con las vacas siguientes hubo más bien pérdidas; por término medio, unos 100 francos con cada una.

Con la vaca 14ª' la situación se enderezó. Catalina la compra el 19 de agosto de 1851 por 420 francos y la revende cinco años más tarde, el 31 de marzo de 1857, con 30 francos de beneficio. De 1852 a 1861 las cosas se van manteniendo más o menos bien. Si Catalina revende con pérdida, el déficit es pequeño. Con la vaca 18.ª ganó 40 francos el 1 de junio de 1855. La 24ªl se vendió al mismo precio de compra. Pero después, los disgustos se precipitan. Los precios suben notablemente: de 300 ó 400 francos suben a 500 ó 600 francos: francos-oro. La vaca comprada por 500 francos el 21 de enero de 1860 se vende el 26 de

noviembre del mismo año «por cosas de enfermedad, ¡pero a mitad de precio! La 30ª y última vaca, valorada el 1 de noviembre por 580 francos se vende el 13 de octubre de 1862 por 120 francos menos.
La nueva superiora que llegó el 18 de octubre de 1860, sor Dufes, empieza a preocuparse. El establo grava sobre un presupuesto limitado. ¡Las hijas de la Caridad no son el ministerio de Hacienda! Sor Dufés no está contenta. Pide cuentas y Catalina pone en línea sus números. Está en perfecto orden. Pero el orden pone de manifiesto la amplitud del déficit. En 17 años Catalina ha perdido 3.655 francos en las adquisiciones y ventas de vacas. Buena granjera, pero mala chalana. En Fain aquello lo llevaba su padre, que no la inició en el secreto: Catalina es demasiado recta para jugar a este juego: vende más barato que compra. Si la cosa salió bien con la vaca 18ª, fue por casualidad. Y Catalina estaba tan orgullosa de aquello que no pudo ocultarlo en su libro de cuentas, donde termina el curriculum vitae de aquel animal con una nota de lirismo insólito (entre líneas) «esta vaca produjo 16.302 cuencos de leche en 5 años y 8 meses". Le costó tanto separarse de aquel animal ya viejo que al chalán le dio la impresión de que se trataba de un verdadero tesoro. Y así al menos una vez vendió por encima de su precio una vaca a punto de morir.

No hubo 31.a

Catalina no dimitió a la hora de presentar cuentas a sor Dufés en 1862. Adelantándose a sus proyectos ya había escrito en su cuaderno: «31ª vaca comprada el...». Estas palabras han quedado en suspenso en la página en blanco. Sor Dufés es inflexible. Catalina obedece. Añora aquella leche fresca, que tanto apreciaban los ancianos y que no se contabilizaba.
No por eso se encuentra en paro. En su libro de cuentas siguen apareciendo los cerdos y los conejos hasta el año 1875.
A partir de 1861 vemos también aparecer un caballo, luego algunos más. Conocemos el nombre de uno de ellos, «Bibí», un tanto caprichoso. De él nos cuenta sor Levacher: *Un día íbamos en coche a la casa madre, en la calle del Bac; sor Vincent quería pasar por las calles principales.*
Al caballo le era más fácil ir por allí; además sabíamos que no era muy dócil. A sor Catalina, por el contrario, le habría gustado que fuera por otro camino. Por qué motivo: No puedo decirlo exactamente. De lo que me acuerdo es que le dijo a sor Vincent con un poco de terquedad:
-¡Vaya! Le gusta a usted que la gente vea a su «Bibí». ¡Sí que es apuesto este « Bibí»!
Las aves siguen siendo el principal trabajo de sor Catalina. Lo mismo que en Moutiers, vende pollos para sacar adelante la granja. Los huevos, al parecer, se dedican por entero al consumo de la casa. No va mal el negocio. En 1861, las 39 gallinas han puesto 2.626 huevos.
El palomar es más abundante. En 1864 Catalina vende nada menos que 313 palomas. Si en 1867 y 1868 las ventas bajan a 194, en 1870 vuelven a subir a 257.

Balance

¿Ganó la comunidad con la granja de sor Catalinar Podemos decir que sí, en conjunto. Si perdió con la venta de las vacas, éstas dieron a la casa 97.258 cuencos de lecha, que a 50 céntimos son 48,629 francos, lo cual supera el total de las pérdidas (gastos de piensos: 33.859 francos).
La cría de palomas es también positiva para los 14 años 1861-1874, en los que se contabilizan 3.656, 85 francos de venta. Es decir, un beneficio de 1.195, 85 francos.
La explotación del gallinero también parece positiva para los 4 años contabilizados (1861-1864). La alimentación y mantenimiento fueron 900 francos de gasto; el valor de los huevos por sí solo es de 775 francos, y el de los pollos vendidos 203, 50 francos.... sin contar los que se comieron.
Estas columnas de cifras que resumen en una o dos páginas un año de actividades granjeras le divierten a sor Dufés. Pero Catalina que aprendió bastante tarde la contabilidad, sabe que está administrando el bien de !os pobres y que, según san Vicente, una hija de la Caridad tiene que saber dar muy bien cuenta de ello.
Un recuerdo que nos refiere sor Olande da un puco de sabor a este relato de la vida cotidiana:
Una tarde, la hermana de la cocina se había olvidado de hacer la sopa. Llegó la hora de la comida y entonces la hermana gritó: ¡Ay, Dios mío! ¡Si no he hecho la sopa!

Sor Catalina, sin gritar, le dice con calma: *No se preocupe, hermana: acabo de ordeñar las vacas: ya verá qué contentos se ponen de tener esta noche leche fresca.*
Esta hermana era precisamente [sor Vincent, la cocinera ahorradora] la que le hacía sufrir.

2.- SERVICIOS DE OTRA CLASE

Los ancianos

No contenta con «producir» como una buena campesina, Catalina sirve también en otros frentes.
Tras las primeras armas en la cocina y luego en la lavandería sigue todavía echando allí una mano y cooperando en los trabajos pesados durante el tiempo de recreo. Pero su principal función son los ancianos.
Catalina es firme, imparcial, sabe mantener el orden y adelantarse a todo posible altercado. Y sobre todo los quiere y es querida por ellos. Su «defecto» en este servicio que se considera difícil, en que hay que vérselas con antiguos guardas jurados mayordomos, camareros, porteros, nostálgicos de sus libreas doradas, es que nunca se enfada con ellos, dice sor Dufés. Acuesta al borracho incorregible que ha perdido la cabeza y aguarda al día siguiente para hacerle razonar. Y cuando éste le pide perdón, ella le dice: *No es a mí a quien tienes que pedir perdón, sino a Dios.*
Es buena incluso con los más desagradables, como si los «malos» (como se decía entonces) tuvieran derecho a atenciones especiales, a ser un poco los preferidos. Los veía tal como eran: heridos que pedían ayuda y se daban con la frente en la pared y reñían con todos, como niños a los que hay que dar ánimos y hacer que confiaran en sí mismos.
No es que supiera «condescender». No, tiene el sentido de la justicia, Está pronta a reaccionar si las cosas se salen de ella.
Les servía la comida con generosidad y no se cansaba de repetir: ¿Tiene bastante?
Qué alivio para aquellos ancianos, siempre temerosos de que les faltase algo! ¿Psicólogo Catalina? Buena ante todo, porque no calculaba sus efectos.
Cuando uno de ellos no toleraba alguna clase de alimentos, procuraba buscarle otros. El servicio a los ancianos iba asociado a la responsabilidad de su residencia. Catalina organizaba este servicio y acudía normalmente en sus horas libres o cuando le tocaba realizarlo sin interrupción desde las 7 de la mañana a las 7 de la tarde. Mantenía aquel sitio limpio y sobrio, sin cachivaches, como una celda monástica.

Los pobres

Según sus compañeras, amaba «sobre todo a los pobres», que eran para ella los miembros doloridos de Jesucristo.
Para con ellos, lo mismo que para con los ancianos, había asimilado espontáneamente aquel consejo de san Vicente:
La verdad es que, nunca han sido los designios de Dios al hacer esta Compañía, que sólo cuidaréis los cuerpos... La intención de nuestro Señor es que atendáis también a las almas de los pobres enfermos.
Era un gozo para ella dar limosnas, dice sor Maurel.
Nadie se ha quejado de la acogida que le hacía (dice sor Combes).

La Negra

Un día, por el año 1860, llama a la puerta llorando una pobre mujer, de unos cincuenta años: *¡Blasina!* dice Catalina abrazándola.
Era una antigua compañera de los años de seminario, sor Lafosse. Su misticismo hacía creer en su vocación, pero pronto empezó a manifestarse como irremediablemente obstaculizada por su psiquismo desastroso. Sus impulsos de buena voluntad terminaban en olvidos, reyertas, desconfianzas, palabras hirientes que tampoco perdonaban a Catalina. Tenía además períodos cíclicos de exaltación y de depresión, de euforia y de melancolía. Mientras Catalina se había afincado en Enghien, Blasina había

recorrido en un cuarto de siglo nada menos que 14 casas: ¡todo un record! Por dos veces había salido de las Hijas de la Caridad para volver catastróficamente; la tercera vez, ya sin remedio, fue el 14 de abril de 1855. Estaba viviendo como una mendiga. Catalina no se hace la desentendida. Acude convincente a la superiora y logra que la recojan.
No por ello se lo agradece Blasina. Sólo recibe quejas. *¡Esa mujer ha perdido la cabeza! ¡No le funciona el cerebro!,* comprueban las hermanas a vista de sus despropósitos.
Catalina no se hace ilusiones, pero procura acallar las quejas y sostiene a Blasina con todas sus fuerzas. Es la única que puede influir en la que todos llaman «la Negra» por su mal humor y los frutos de su actividad. Sólo Catalina puede convencerla para que coma en los momentos de depresión cuando rechaza todo alimento, porque Blasina sabe que ella es la vidente de la medalla. Y lo repite (¡en secreto!) a todo el mundo cuando Catalina ha vuelto la espalda. Eso no facilita precisamente el mantenimiento del incógnito.

3.- EL HUERTO FAMILIAR

Catalina no ha perdido el contacto con los suyos. En una gran familia siempre hay alegrías, pero también preocupaciones. Ella las comparte siempre con eficacia.
El 18 de julio de 1835 se casa su tercer hermano, Santiago, y se viene a vivir a París. En adelante visitará a Catalina dos o tres por año. Le trae a sus pequeñas, Luisa y luego Leonia, nacida en 1842, que será más tarde testigo en el proceso de canonización'.
El 11 de septiembre de 1838 es Tonina, la valiente compañera de Fain, la que se casa. Algo tarde. Tiene cerca de 30 años. El cuidado de su padre la mantenía en la granja, en esta aldea donde se encuentra novio fácilmente. También la había tocado cuidar de Augusto, el más pequeño, ahora de 29 años, pero siempre débil y raro de carácter. Finalmente se casó con Claudio Meugniot, comerciante de madera en Viserny. Catalina a alegra por su hermana, pero le preocupa su padre y el hermanito, procura que se alojen con Antonio, que se queda con la casa familiar y con todas sus responsabilidades. Nueve meses más tarde, el 14 de junio de 1839, Catalina recibe la noticia del nacimiento de María Antonieta, la hija mayor de Tonina, con la que pronto tendrá relaciones privilegiadas.

Muerte del padre

El padre sobrevivió sólo seis años a la marcha de Tonina, en una casa que se había quedado triste y abandonada. Muere el 19 de marzo de 1844. José, otro hermano de París, avisado por Antonio, le escribe a Catalina tres días más tarde: *Estaba muy enfermo... Lo enterraron ayer jueves, 21 del corriente. Como no pudimos asistir a sus últimos momentos, nuestra intención es hacer que le digan una misa y reunirnos en familia. Ya te avisaré el día...*
Catalina no había calculado el abandono de su padre, muerto de soledad. Lo llevaba muy hondo en el corazón. Y salió a flor como un grito, el 15 de septiembre de aquel mismo año 1844, cuando María Luisa, la hija mayor, salida de las hijas de la Caridad, le habla de su proyecto de volver a Fain, «para ocuparse de Augusto». ¿Volver ahora a Fain después de morir el padre? ¡Eso sí que no! La vivacidad de Catalina nos revela su herida: *Me parece muy bien eso de cuidar del hermano y todo el mundo lo aprobará. Pero también habría aprobado, hace 10 años, cuando te saliste de la comunidad, que acudieras a rendir los últimos servicios que se rinden en la vejez a un padre afligido como era el nuestro en su ancianidad..., muerto lejos aunque en su familia, abandonado en su misma familia. La gente habría aplaudido que hubieras ido a rendirle los últimos deberes que un hijo rinde a sus padres en el momento de morir..., sobre todo cuando se tiene la libertad que tú tenías.*
Catalina que había dejado con la muerte en el alma el servicio de su padre, ha envidiado esa «libertad», la única vez de su vida. No te sorprendas -concluye- si no eres bien vista en la familia y no esperas ser bien recibida.
Catalina conjuga aquí su doble pena: el abandono del padre y la vocación rota de su hermana mayor; dos desgracias que no han podido encontrarse para apoyarse mutuamente.

¿Volverá María Luisa?

La carta prosigue todavía, ya que María Luisa le proponía a Catalina ir a verla a Enghien. Ese proyecto choca con las reglas de la comunidad respecto a las que la han «dejado». ¿Adónde quiere ir Catalina? Después de decir a María Luisa que no vuelva a Fain, ahora le dice que no venga al hospicio de Enghien.

Mi querida amiga, en cuanto a tu proyecto de venir a verme, sería poco conveniente porque te conoce la mayor parte de las hermanas de la casa. No te aconsejo que vengas. Me dices que te costará un sacrificio tener que dejarme. Creía que ese sacrificio lo hiciste ya hace 10 años y creía que lo hiciste con alegría. No creía que hubiera que hacerlo más. Yo sí que *he hecho* ese sacrificio, *que* me ha costado mucho, pues Dios sabe la pena que sentí. ¡Sí, solo Dios y María nuestra Madre lo saben! ¡Y ahora de nuevo se renueva esta penal

Catalina habla también aquí a través de su herida: la misma. La muerte del padre, lejos y abandonado, despierta en ella el recuerdo de aquella muerte al padre por la que tuvo que pasar para seguir su vocación. Esto levanta desde el fondo de su alma el sentimiento de la duración que está en el fondo de la filosofía campesina: *Entonces todavía pensaba que volverías a entrar en una comunidad. Pero veo que el tiempo pasa y ya ha pasado. Sí, el tiempo pasa todos los días...*

Catalina ha ido contando esos 10 años desde su marcha en 1834. Que su hermana se haya visto calumniada, que haya sabido solucionar sus problemas hasta colocarse honorable mente como institutriz en París, en eso no entra. No se resigna a ese presente.

El tiempo pasado ya no es nuestro, el presente sí que lo es, y el porvenir todavía no. Aprovechémonos de él, démonos a Dios y totalmente a Dios, sin compartir con nadie. Te recuerdo la carta que te escribí hace 6 años luna carta perdida), donde te hacía las mejores propuestas. Las rechazaste todas, todas. Y ahora vuelvo a ponerlo todo en manos de Dios y de la santísima Virgen, tu patrona. Te encomiendo a la santísima Virgen como a una tierna Madre... ¡Que ella te tome bajo su protección! Te ruego que pidas por mí. Adiós para el tiempo y quizás para siempre.

¿Se trata acaso de una ruptura? ¿Adónde quiere llegar Catalina? No lo sabe ella misma. En esto ella es dirigida, más que llevar la dirección, dividida entre los continuos fracasos y lo indesarraigable, entre las reglas de la comunidad y de esperanza. ¡No! No se resigna a una ruptura. Y reacciona enseguida: *Hay que ESPERAR que volvamos a vernos, pero ¿cuándo?*

La objeción procede de la disciplina. Y vuelve sobre ello: *Ya sabes que, cuando se sale una persona de la compañía, no se tiene ya trato con las personas que salieron. Tú conoces nuestras santas reglas. Y ahora más que nunca se renueva en la comunidad el fervor, como en tiempos de san Vicente...*

Y propone finalmente la solución que se le ha ocurrido, con cierta pena... y sin presionar: *Nuestra buena madre me encarga que te diga mil cosas de parte suya. Sigue estando dispuesta a hacerte todos los servicios que pueda y en cualquier ocasión puedes contar con su bondad. Te sigue queriendo y le agradaría servirte en algo. Si entretanto tienes algo que comunicarnos, puedes venir cualquier día de la semana, excepto el jueves próximo. Ya sabe cuáles son las horas libres. Dinos el día y la hora que puedes venir a la comunidad de las Damas blancas, en la calle de Picpus n.° 15... En el fondo del patio hay una capilla, donde puedes esperarnos. Haz el favor de decirle al hermano que nos esperas a la superiora y a mí. Adiós, mi buena hermana, te abrazo de todo corazón y soy toda mi vida tu devota hermana...*

El orgullo de María Luisa reaccionó mal ante esta carta. Su aspecto negativo endureció su actitud. Se marchó a Fain a cuidar del hermano. ¡Allí fue donde Dios y la caridad acabaron saliéndose con la suya!

¿Qué seguridad sigue moviendo a Catalina? Insiste. Escribe de nuevo el 29 de septiembre. Acaba de leer aquella carta inflamada que María Luisa le había enviado en 1829, entusiasmada por su vocación: un himno entusiasta a la vida de las hijas de la Caridad.

Catalina copia aquella carta y envía el original a María Luisa para que se enfrente con ella misma tal como era cuando Dios hablaba así en ella. La tensión es bastante fuerte para que Catalina dude entre el tú y el usted al dirigirse a su hermana, doblemente hermana como hija de Pedro Labouré y de san Vicente, un mes después de la elección del padre Etienne que da nuevos impulsos a las dos familias espirituales: *Te envío una carta que sin duda le agradará. Me la escribió usted cuando deseaba entrar en nuestra comunidad...*

Los buenos consejos que entonces me dio aplíqueselos a usted misma y medite bien esas palabras...
Si en estos momentos una persona fuera lo suficientemente poderosa para ofrecerme, no ya un reino, sino todo el universo, miraría todo eso como el polvo de mis zapatos, pues estoy convencida de que no encontraría en la posesión del universo la felicidad y el contento que siento en mi querida vocación.
En el fuego de su entusiasmo Catalina añade la palabra querida, que no estaba en el original. Y prosigue en la página siguiente: *Y ahora usted ha preferido esa felicidad ¿a qué7 ¡No me atrevo a decirlo! ¡A una tentación!*
Se muestra convincente y severa Catalina; le parece muy claro que la luz de Dios y su futuro están allí, a pesar de sus resistencias. ¿Es que se tiene por un Dios para dar lecciones? No; la lección se la aplica a sí misma. Después del tú y del usted utiliza el nosotras para hablar de la humildad: *Hay que confesar que nosotras somos débiles, cuando no ponemos toda nuestra confianza en Dios, que conoce lo más profundo de nuestros corazones...*
Catalina ataca al último reducto de María Luisa, a la última defensa que su cabeza levanta contra su corazón, atribuyendo a Dios sus proyectos de huida: *En casi todas sus cartas me habla usted de milagro, como si Dios los hiciera por cualquier cosa. ¡Somos criaturas demasiado pobres para esperar que Dios nos conceda milagros!*
No, Catalina, que se conoce muy bien, no cree en milagros sin más ni más, para satisfacer a nuestros caprichos.
Y continúa: *¿Hubo un milagro cuando salió usted de la comunidad: ¡Ay! Dios sabe si hubo alguno. Pero ¿acaso nuestro Señor y la Virgen y todos los santos fueron predicando sus milagros? ¿Dónde está nuestra humildad? Muy lejos de la de ellos. Mejor dicho, la verdad es que no tenemos ninguna.*
El final de la carta es una invitación irónica a huir: *Adiós, te invito a la casa paterna: se encontrará usted sola, y allí es donde Dios le hablará al corazón.*
Lo que aquí aflora en el corazón de Catalina, metida en este combate de Jacob, es la doble muerte que la ha marcado, que la ha hecho levantarse hasta nuestro Señor y hasta la Virgen.
La carta acababa al final de la página 2, pero quiere prolongarla todavía escribiendo a través en la página primera: *Medite usted bien la muerte de nuestra madre, que usted vio, y la de nuestro padre, que es tan reciente... Es el mejor medio para encontrar gracia ante Dios*
Es lo que ocurrirá.
María Luisa acude enseguida a la cita de la calle de Picpus. Todo se resuelve tranquilamente, sin duda alguna, con sor Montcellet, la eficaz superiora que dio impulso a la casa fundada en uno de los barrios más miserables de París.
El 26 de junio de 1845 el Consejo acepta admitir de nuevo a María Luisa entre las hijas de la Caridad, *«dadas las circunstancias que hubo en su salida y su edificante conducta posterior».* Toma de nuevo el hábito en Enghien. Tiene 50 años. Así pues, es en la comunidad de Catalina donde deja el hábito seglar y vuelve a la toca blanca, probablemente el 2 de julio, fiesta de la Visitación. ¡Había rezado tanto Catalina! ¡Qué alegría supuso esta «visitación» para las dos hermanas, reunidas tras las huellas de Nuestra Señora y de san Vicente! Una alegría oculta en el fondo del corazón e imposible de expresar.
Pero era también la víspera de la separación. Aquel mismo día 2 de julio María Luisa recibe su destino para ir a Turín con otras 3 hermanas, enviadas por el padre Etienne. Llegó el 19 a la comunidad de San Salvador. Sirvió como enfermera en la guerra de Italia y no volvió a ver a Catalina hasta el año 1858, cuando fue llamada de nuevo a la casa madre de la calle del Bac.

Altercados con un artista

El año 1855 otro recién venido a París. Es Antonio Ernesto, hijo de Carlos, el bodeguero-restaurador en cuya casa Catalina había estado probando su vocación. Viene de Semur-en-Auxois a continuar sus estudios. Catalina mira a aquel palomo viajero de veinte años, «con aires de artista», aficionado al violín con muy buenas dotes, que quiere nada menos que ser admitido como miembro de la orquesta de la Opera. ¡Peligrosa ciudad para su temperamento! Esta vez Catalina siente miedo. Al enviarle a su único hijo, ¿no le

confía acaso su hermano la responsabilidad sobre él? Los escrúpulos que sentía la iglesia de aquella época se abaten pronto sobre ella. Procura que se aloje cerca de casa; lo cuidará como la gallina a sus polluelos.
Pero a él no le gusta mucho esta monja inspectora. Una mañana -tarde para Catalina que se levanta a las 4, pero temprano para él, pájaro trasnochador- ella lo encuentra *todavía* en la cama, con la mesa llena de botellas vacías y de vasos sucios. Su preocupación explota: *¿Conque de boda? ¡Tú recibes aquí a mujeres! -No, solamente amigos.*
Y añade fríamente: *Estoy en mi casa.* No vengas más por aquí.
Nacido en 1834, Antonio Ernesto es ya mayor y Catalina sabe lo que esto significa. Ella usó de ese título con su padre. Ahora comprende su error; no volverá más por allí.
El muchacho volvió por Enghien a principios de 1861 para presentarle a su mujer, Clara Letort. El matrimonio se había celebrado en Puligny, en Borgoña, el 14 de enero de 1861 y, como viaje de bodas, Antonio Ernesto renueva sus sustituciones en la Opera para ofrecer a su joven esposa un agradable invierno: una experiencia agradable que se renovará los años siguientes. Pero no vuelve a ver a su tía. Se olvidará incluso de presentarle a su hijo mayor, Carlos Antonio, nacido el 8 de junio de 1863. Catalina está ahora preocupada por Tonina y sus hijos; Antonio Ernesto y Clara prefieren visitar a María Luisa, que ha vuelto ya a la calle del Bac.

Tonina en París

La preocupación de Catalina por la familia de Tonina es toda una historia que podría parecer una mala novela, dada su poca verosimilitud.
Es en 1857 cuando Tonina llega a París, dos o tres años después del sobrino violinista. La capital ha atraído siempre a los Labouré. Su marido, hombre rapaz y generoso, ha vendido su comercio de maderas y de vinos. Tenía la debilidad de no poder soportar ni el olor del alcohol, lo cual resultaba difícil en su profesión. La más pequeña equivocación le volvía loco y Tonina sufría por ello. Para librarse de aquel círculo infernal había liquidado sus negocios y había buscado trabajo en los ferrocarriles.
Para Catalina fue una gran alegría volver a encontrarse con la confidente de sus primeros años y conocer a sus tres hijos: María Antonieta de 18 años, Carlos Alberto de 17 y Felipe de 13.
En 1858 logra que la mayor sea recibida el padre Aladel entre las hijas de María de Reuilly. Ella asiste al acto con lágrimas en los ojos.

Vocación de Felipe

En marzo de 1858, el año de las apariciones de Lourdes, entera por Tonina y María Antonieta que Felipe ha ido a pasar unos días con el párroco de su aldea: *¿Es que quieres ser sacerdote?*, le pregunta cuando vuelve a verlo.
-Creo que es ese mi camino -responde Felipe, a punto de cumplir 14 años-; *pero no puedo prometer nada.*
Siente cierta inclinación. Pero maldice ese “latín” que el buen cura de la aldea se empeña en enseñarle. El “pensum” le hace dudar de su vocación. ¿Ser sacerdote? ¡Sí! ¿Pasar por esos vericuetos? ¡Eso no!
Pero logrará vencer el obstáculo.
Catalina obtiene de los lazaristas que se encarguen de sus estudios en el colegio de Montdidier (Somme), gracias a la ayuda económica de una compañera. Ella se siente administradora de esa ayuda. Por eso le dice un día a Felipe: *Si no tienes intención de entrar en el estado eclesiástico, tienes que decírmelo.*
El tenía 17 años y no olvidará aquella provocación insólita que su tía le lanzaba al final de sus estudios: *¡Si quieres entrar con esos padres, te recibirán. Pronto podrán nombrarte superior, luego ir a China como el padre Perboyre. Podrás viajar, ver países. También podrás volver...*
Me dijo aquello con cierta picardía, como si leyera en el porvenir. Yo lo tomé como una broma, pero todo se realizó al pie de la letra y en el mismo orden que ella lo había dicho.
El 9 de agosto de 1863 me acompañó a mi entrada en San Lázaro. Antes me había hecho visitar al padre Etienne, superior general. Actuó en todo aquello con la mayor caridad y con el asentimiento de sus superiores..., pero sin ejercer nunca sobre mí la menor presión.
Ella lo había comprendido. Hay que respetar la libertad de los individuos, moderando incluso el celo.

Muertes y conversiones

Entretanto Claudio Meugniot, padre de Felipe, fue atropellado por una locomotora el enero de 1861. Empezó un calvario de 33 meses. Como burgués de la época, Claudio es poco creyente; la religión es cosa de mujeres. Catalina está preocupada. Visita a su cuñado, pero sus ideas son simples y definitivas: *¡No vale la pena! Ya tenemos en la familia una santa. No nos condenaremos.*

Pero Catalina (la santa...) le da ánimos: *Yo rezo por usted: ¡rece usted también!*

Claudio sigue escéptico: *Quiere convertirme, Zoé...: ¡pero no lo conseguirá!*

Y añade con buen humor: *De todas formas, es una buena mujer.*

Felipe habla continuamente de la salud de su padre en sus cartas. Quiere que le den noticias, que procuran ocultarle, porque no son buenas.

En otoño de 1862 el médico no da ya esperanzas. Sin embargo, ante la extrañeza de todos, su salud mejora. María Antonieta se lo comunica a Catalina: *Ya ves -le responde ésta-: nunca hay que desesperar*

Es entonces cuando Claudio, impresionado por esta mejoría, se convierte. Desde entonces es un «modelo de paciencia», dice su hija María Antonieta. Vivirá todavía un año. A veces se levanta. Pero muere finalmente el 26 de octubre en la calle de Chálon.

En la familia siempre creímos que su conversión se debió a las oraciones de mi tía, confía su hija María Antonia Duhamel.

Catalina asiste a sus hermanos a medida que van muriendo: Santiago en 1855, a quien le pone en el cuello la medalla milagrosa; luego Antonio, que vivió con los Meugniot cuando se hizo operar en París, antes de morir en Fain en 1864...

Una viuda y América

El 15 de octubre de 1864 María Antonieta Meugniot, a los 25 años, se casa con un joven apuesto de 32 años, Eugenio Duhamel, todo un hombre de aventuras. Lo mismo que su difunto suegro, hace carrera en el mundo de los ferrocarriles, en el que disfruta de una buena posición.

Un año más tarde, el 4 de agosto de 1865, nace Marta, la mayor de la nueva familia. Catalina puede conocerla pronto, porque los Duhamel viven también en el distrito 14, al que el imperio ha añadido la antigua aldea de Reuilly.

En diciembre de 1876, María Antonieta está a punto de dar a luz a su segundo hijo. Y entonces Eugenio desaparece de pronto. ¿Asesinato? La policía investiga, busca su cuerpo por todas partes. Es inútil. María Antonieta se viste de luto.

El 22 de enero de 1867 nace Juana Carolina. El llanto del bebé apaga al de la madre que toma valientemente las riendas de la casa.

Las dos mujeres animosas de Fain, Tonina y Catalina están firmemente a su lado: Catalina, con su fe intrépida en Dios que lo soluciona todo, hasta lo imposible; Tonina con su sentido común y su buena dosis de experiencias amargas. Un día le dice a Catalina: *Si hubiera sabido la que me iba a pasar, me habría hecho religiosa como tú.*

Catalina le responde: *¡Cada una tiene su vocación! No tendrías entonces el consuelo de haber dado un hijo a Dios!*

Catalina no se limita a los consejos espirituales. Se ocupará de las hijas de su sobrina huérfanas, cuya educación plantea no pocos problemas, en primer lugar económicos. Porque los hermanos Meugniot, del primer matrimonio, se muestran indiferentes con su cuñada. Catalina aportará una ayuda seguida y sabrá interesar a su superiora por aquella situación dramática.

Dos años después del drama, citan a María Antonieta en el Ministerio de asuntos exteriores: *Señora, se trata de su marido. Mi marido murió hace dos años...-No, señora, está vivo.*

María Antonieta cayó desvanecida. Al volver a casa se entera de lo sucedido. Un amigo había tenido sorpresa de encontrarse en América con aquel Eugenio que creían asesinado; allí había montado una importante lavandería. El amigo informó al Ministerio de asuntos exteriores no atreviéndose a hablar de ello a la familia.

¿Qué había ocurrido? Un buen día Eugenio tomó el tren para el Havre, donde le ofrecieron un buen puesto en América. Estaba para zarpar un barco y él subió a bordo como un loco. Sólo cuando vio desaparecer en el horizonte la tierra de Europa comprendió su locura.
Al llegar un mes más tarde, no vio más salida que la de rehacer su vida en el nuevo continente, con la esperanza de volver algún día a los suyos aureolado por el éxito y la fortuna. Era la América de la reconstrucción, tras la guerra de secesión, el asesinato de Lincoln y la abolición de la esclavitud (1869). El norte atraía a los emigrantes para confirmar su preponderancia y su victoria.
Pero ¿por qué había partido Eugenio? ¿Tensiones con su esposa? De ninguna manera. Era un marido delicado y solícito. ¿Historias de mujeres?, Tampoco. Historia de una madre: una madre posesiva. El era el menor de los hijos. Cuando ella se quedó viuda, se aferró a él como al último reducto contra su soledad: el pequeño marido de sus últimos años. Para conservarlo mejor, hizo que se encargara él de su situación económica, como había hecho el difunto esposo, «con gastos poco adecuados a su situación». A pesar de su buena posición, Eugenio no podía atender a dos casas; sobre todo a la de su madre, que era la que más gastaba. María Antonieta quería a su marido; se había imaginado que podría también ganarse a su suegra a fuerza de cariño. Todos los meses le enviaba (sin decírselo siquiera a su propia madre, Tonina) «un sobre con algunos de sus ahorros». Pero no era ése el problema. La suegra embaucaba al hijo hablándole de las maravillas de América y las fantásticas proporciones que venían de allá obscuramente, prefería perder a su hijo antes que compartirlo con su nuera.
Eugenio intentó conciliar ambas cosas: marchar allá con María Antonieta. La joven esposa, sin saber de dónde venían las presiones, intentaba hacer razonar a su marido: *Tomar el barco, encinta, y con Marta, una niña de 17 meses. ¡Eso es una locura!*
Débil y dividido entre las dos mujeres -la madre y la esposa-. Eugenio se marchó para librarse de la obsesión de aquel descuartizamiento y embaucado también por la llamada del viaje. Pero los remordimientos y la vergüenza seguían acosándolo. Intentó ahogarlos con el trabajo, acariciando la idea de volver a justificarse con una fortuna que fuera la felicidad de los suyos.
Anticipemos el final, que nos lleva a la época después de la muerte de Catalina. Once años después de haber embarcado, Eugenio vuelve para la Exposición de 1878. Montó allí un stand, «atendido por dos negras». Había hecho fortuna. Reanudó su amistad con sus amigos, pero no se atreve a presentarse ante su esposa. ¡Se comprende! No obstante, le quema el deseo de ver a sus hijos. Acude a la escuela, en donde eluden sus preguntas. Espera a la salida. Y se acerca a su hija más pequeña, Juana: *¿Eres Adriana?*
Había decidido con su esposa ponerle aquel nombre, antes de que naciera. Pero los sucesos habían dispuesto las cosas de otro modo.
-¡No! ¡Me llamo Juana!
-Hija mía, ¿quieres que te dé un abrazo?
Todo un mundo se le echa encima y le conmueve: un inmenso deseo de hacer algo por su mujer, que había perdido toda su confianza en él, por sus hijas abandonadas y pasando apuros... Vuelve a Nueva York con proyectos e ilusiones de llevárselas allá y rodearlas de munificencia.
Pero las fortunas suben y bajan pronto al otro lado del Atlántico. Un incendio devora todo el barrio que había edificado con casas de madera. No las había asegurado. Su salud no resiste aquella prueba. Vuelve enfermo; a los 57, años parece ya un octogenario. María Antonieta había rechazado su dinero y la vida en común después del abandono, inexplicable para ella. Ahora se siente fuerte. Por entonces ya no vive Catalina. Ha pasado del palomar al paraíso. María Antonieta se niega a recibir al marido contrito. Son sus dos hijas las que lo llevan al hospital. Por fin un día su esposa accede a visitarlo; Eugenio, destrozado, se baja de la cama, cae de rodillas llorando a los pies de su esposa. Poco después murió, el 14 de septiembre de 1889.
Pero volvamos a los tiempos en que vivía Catalina. El 22 de mayo de 1869, Felipe Meugniot es ordenado sacerdote en San Lázaro. Una gran alegría para Catalina.

Abundancia de frutos

Los frutos abundaron en el huerto familiar. Ayuda económica para María Antonieta. Catalina la salvó de la desesperación y de la miseria. La ayudó a hacerse una mujer fuerte, madre y padre a la vez de dos huérfanas, antes de ser para la tercera generación una abuela amable y matriarcal.
Gracias a ella se lograron dos vocaciones: la de su hermana María Luisa, ingresada de nuevo, y la de Felipe, despertada y sostenida hasta el fin.
Reconciliaciones con Dios de sus hermanos y de su cuñado, incrédulos o poco creyentes, convencidos de que «basta una santa en la familia».
Recordando tantos hechos menudos, sepultados en el olvido, es importante reconocer que hizo mucho por su familia. Sin embargo, nunca en perjuicio de sus deberes de estado.
Un día vino a verla María Antonieta Duhamel. Catalina iba a ordeñar las vacas. Ella continúa haciendo caer la leche tibia en el cuenco de espumosa leche y dice a su sobrina con mirada implorante desde debajo de la vaca: *¡Ya ves cómo estoy!*
Y luego, acabada su tarea, la atiende con solicitud.
La fidelidad de Catalina a su obligación irrita a veces a los suyos. ¡Para ella su obligación lo era todo! Lo sabe Leonia Labouré, y por eso procura ir a verla «en el momento de la recreación». Pero a veces tenían que ir a buscar a Catalina: *Estoy casi segura de que está en la capilla, decía Leonia. Voy a ver. En efecto: allí era donde la encontraba casi siempre.*
Tosía discretamente para hacer notar su presencia. Era inútil. Catalina, con los ojos fijos en el sagrario, parecía una estatua. Estaba entregada del todo a Dios. Cuando terminaba, Leonia le decía: *Ya hace tiempo que la esperaba.*
Catalina respondía: *No me esperabas en la calle: estabas al lado de Dios. Aquí nunca se está demasiado*.
Y era tan puntual que nos despedía apenas sonaba el primer toque de campana, añade Leonia.

4.- LOS HUERTOS DEL SEÑOR VICENTE

Los huertos que florecen mejor durante este período, para gozo de Catalina, fueron los de san Vicente, en sus dos «familias»: los lazaristas y las hijas de la Caridad.
Catalina, despertada a su vocación por un sueño maravilloso, se había mostrado sensible a la decadencia post-revolucionaria. La Virgen le había confiado la misión de intervenir ante su confesor para que se procurase salir de ella:
No se observa la Regla. La regularidad deja mucho que desear. En las dos comunidades hay un gran relajamiento. Díselo a la persona que se encarga de ti, etc.

Primeras reformas

Curaciones, conversiones, ejemplos de protección..., todo eso crea un nuevo clima. Cada día surge lo imposible. Los sucesos sirven de alimento a las conversaciones y a la oración: *¿No sabe usted lo que ha pasado?...*
Las reformas van progresando. Nada de condescendencias ni trampas. Ni botines, ni sedas, ni peinados... Todo eso desaparece. En 1834 la madre Boulet ha conseguido restablecer la uniformidad: hábito gris, toca y regularidad en todo uniforme.

Luces espirituales

El 25 de mayo de 1838, después de una conferencia que escuchó en la calle del Bac sobre el santo Nombre de María, Catalina escribe esta resolución: *Tomarla como modelo al comienzo de todos mis actos... Pensar si María realizó esa acción, cómo y por qué la hizo, con qué intención. ¡Qué hermoso y consolador es el nombre de María!*
El retiro predicado por el padre Aladel a finales del mes de María de 1843 «ensancha sus horizontes». Se observa entonces nuevo impulso. Al comienzo, dos imágenes: María en pie ante la cruz; María en el cenáculo con los apóstoles.

Esperar en silencio los dones del Espíritu -indica Catalina- María estaba en el cenáculo, con los apóstoles. Guardaba silencio mientras esperaba la llegada del Espíritu. ¡Qué lección! María es nuestro ejemplo...; Oh María, haz que te ame y no me será difícil imitarte!
A través de María vislumbra que el servicio a los pobres conduce a una «muerte dulce»
María amó a los pobres y una hija de la Caridad que ame a los pobres no tendrá miedo a la muerte. Sentirá un gran consuelo por haber servido bien a los pobres. Nunca se ha oído decir que una hija de la Caridad que haya amado a los pobres, haya sentido terror ante la muerte. Al contrario, siempre se las ha visto llenas de los más dulces consuelos, con la muerte más tranquila...

Resurrección

El 4 de agosto siguiente el padre Etienne es elegido superior de las dos congregaciones. Tiene 42 años. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción, clausura la asamblea renovando el acto de confianza en María que se pronunció por primera vez el 15 de agosto de 1062, dos años después de la muerte del fundador. Aquel acto se derivaba del que las Hijas de la Caridad pronunciaban desde 1658, cuando vivía aún san Vicente, en la fiesta de la Inmaculada Concepción.
"Recurrimos a ti... Recíbenos a todas en general y a cada una en particular bajo tu santa protección... E impetramos de la bondad infinita de Dios que esta humilde compañía de hijas de la Caridad, de la que somos miembros, te tenga siempre por única y verdadera madre''.
Desde su primera circular, con fecha del 8 septiembre 1843, el nuevo superior general evoca abiertamente las apariciones, como fuente de gracia que sostiene ahora a las dos familias de san Vicente, Catalina debió saltar de gozo interiormente cuando se decía: *No puedo ignorar una intervención muy clara de la augusta e inmaculada María que nos ha concedido prendas... tan extraordinarias de su cariño... Es su poderosa mediación la que ha obtenido de Dios que nuestras dos familias no perecieran en medio de las dificultades que han pasado y que se sirviera de ella para reanimar la fe. ¿Acaso podríamos atribuir a otra causa esas vocaciones, tan incomprensiblemente numerosas, que se manifiestan en todas partes..., ese desarrollo tan prodigioso... de vuestra Compañía en el seno mismo de la tempestad?*
El año siguiente, el 4 de agosto de 1844, aniversario de su elección, el padre Etienne concreta su pensamiento en una carta de 40 páginas: la influencia de las visiones de Catalina resulta allí más manifiesta todavía. Su acción de gracias explota, cuando ella escribe a su hermana el 15 de septiembre de 1844.
En estos momentos más que nunca el fervor se renueva en la comunidad, lo mismo que en tiempos de san Vicente. Si ha habido abusos, ¡ahora todo se renueva!
Sí, Catalina no tiene miedo de repetir esa palabra renovar ni de decir: todo. Se trata de una renovación desde la raíz, por dentro, que afecta a toda la vida, poco a poco: la oración, las relaciones humanas, la iniciativa, la generosidad, la eficacia...
En mayo de 1845 el nombramiento de la madre Mazin al frente de las hijas de la Caridad acentúa este movimiento. Una hermana da este testimonio: *Creíamos haber vuelto a los tiempos felices en que nuestra venerable Luisa de Marillac ponía bajo la dirección del santo fundador los primeros fundamentos de la comunidad naciente... Los deseos de los superiores, apenas conocidos o sospechados, eran acogidas por todas partes con sumisión y cumplidos sin resistencia. ¡Qué hermoso era el espectáculo que entonces ofrecía la Casa Madre! La piedad, el recogimiento, la unión, hacían de ella un lugar de delicias y la serenidad que se extendía a todos los rostros revelaba la felicidad común.*
La acción de gracias invade a las dos familias, arrastradas a la vez a una renovación cualitativa y cuantitativa. La fuerza del gobierno del padre Etienne consiste en que concede la prioridad al impulso carismático, concedido por la gracia, pero aliándolo a la observancia, de manera que la llama y el orden reinan en fructuosa armonía, la misma que inspiraba la vida de Catalina.
El 1 de enero de 1855 el padre Etienne expresa la convicción general cuando escribía: *La compañía, que se ha levantado dolorosamente de sus ruinas, no tenía más que una existencia muy débil y estéril; había pocas esperanzas de que pudiera recuperar aquel hermoso lugar que había ocupado en la Iglesia, cuando una voz misteriosa le anunció que Dios se serviría de las dos familias de san Vicente para reanimar la fe.*

«La voz» de que habla el padre Etienne fue la que escuchó Catalina. Sigue él diciendo: *Poco después tuvo lugar en la capilla de la casa madre de las Hijas de la Caridad la aparición de María Inmaculada que dio origen a la Medalla milagrosa. Este acontecimiento tuvo lugar en 1830. Entonces fue cuando empezó una era nueva para la Compañía.*
Antes, a pesar de los esfuerzos que aquí enumera el padre Etienne, se mostraba siempre impotente para levantarse, conservando de su antigua vida sólo un último resplandor que parecía estar pronto a apagarse. Las vocaciones eran raras e inconstantes. No contaba en Francia más que con algunas casas en decadencia y en los otros países con algunas casas abandonadas donde los antiguos misioneros acababan tristemente una carrera apostólica que sólo había estado llena de lágrimas y de dolores, sin que pudieran endulzarse nunca por el consuelo y la esperanza. Pero después de esta aparición de María Inmaculada todo cambió de aspecto. La vida pareció renacer en su seno. Desde 1831 colonias de misioneros animados de un celo cada vez más puro y más ardiente empezaron a atravesar los mares y fueron hasta el oriente y hasta China a reanudar con nuestras misiones extranjeras la cadena de generaciones que había roto la revolución.
¡Un himno de reconocimiento en el doble sentido de la palabra: reconocer y dar gracias!
El padre Etienne evoca la expansión mundial que siguió a aquel cambio cualitativo. Subieron los efectivos del Seminario: de un escaso centenar a más de 500. Hubo que construir un gigantesco edificio para albergarlos. No bastó aquello. Hubo que descentralizar la formación en los diferentes países y provincias.
Entre los lazaristas se observa el mismo movimiento. Las casas agonizantes reciben sangre nueva con el aflujo de jóvenes. Hay que fundar aprisa, nombrando superiores jóvenes, que reciben este cargo apenas terminada su formación: en 1839 los padres fundan en China y las hermanas en Esmirna. En 1842, en Argel, etc.
El padre Etienne constata: *Todo esto se ha llevado a cabo durante los 24 años que nos separan de la aparición de María Inmaculada. ¿Quién no ve en todo esto una intervención maravillosa del cielo? ¿Quién no tendrá un sentimiento de admiración como el que tendría san Vicente y diría con él: «El dedo de Dios está aquí»?*
La conclusión de la carta evita el triunfalismo siguiendo el mismo camino que el santo fundador: *Todo esto reposa en un hecho esencial para los hijos de san Vicente: la virtud de la humildad.*
La doble familia vicentina no era más que un instrumento, pero la irradiación de la Medalla era mundial. Su expansión es incalculable: del orden de los mil millones. Las noticias de conversiones se multiplicaban. Y de todo ello se da cuenta Catalina.
En 1837, una carta del padre Perboyre, misionero en China al que Catalina tiene en gran aprecio, cuenta cómo la Medalla libró a una mujer que había perdido la razón, quizás posesa del diablo.
A comienzos de 1842 Catalina tuvo conocimiento de una noticia que se extendió como un reguero de pólvora; toda la prensa hablaba de ella. Un joven banquero alsaciano, judío, recién casado, al ir a Roma con prejuicios contra el catolicismo recibió la medalla que le ofreció como un desafío un amigo francés, Teodoro de Bussiéres. Se convirtió de pronto en la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte. Se le apareció la Virgen, tal como la representaba la medalla. No me *dijo nada* -comenta-, *pero lo entendí todo.* El papa Gregorio XVI recibió al convertido el 20 de enero. El cardenal vicario mandó hacer un proceso oficial de la conversión en forma canónica, como lo saben hacer en Roma. Todos los testigos hablaron de ello, desde el amigo hasta los sacerdotes de la iglesia y el sacristán.
Alfonso Ratisbona, que recibe las sagradas órdenes, pide ver a la hermana que fue la primera en tener aquella misma visión. Le gustaría compartir con ella y confirmar la gracia de Dios. Pero Catalina ha hecho su elección: la de la discreción y el trabajo. Y rehusa.

Desarrollo y problemas de Reuilly

En Rcuilly, la comunidad en donde vive Catalina, la renovación mundial se encarna en una vida cotidiana de trabajo vulgar.
La casa se encuentra en una situación extraña, de la que su noble fundadora no se hacía ni idea: *Una verdadera China*, dirá pronto sor Dufés.

Fundada y subvencionada por la familia cercana al rey Felipe este amplio edificio nuevo se levanta en un barrio pobre y agitado. Las hijas de san Vicente trabajan allí procurando ser todo para todos, sin miras políticas, preocupadas tan sólo por las exigencias del evangelio. Aquí está la aventura de la casa de Reuilly, que pronto tomará una forma dramática.
Sor Savart, la primera superiora de Catalina (1819-1844), no se encerró en sus propiedades como en una isla solitaria. Catalina guardó de ella un buen recuerdo: *Era una buena anciana -decía-, que quería todos los años que los primeros frutos del huerto se ofrecieran a las familias pobres del barrio o a sus buenos ancianos; las hermanas no podían probarlos hasta después de ellos.*
Convivió con ella 13 años, hasta su muerte el 29 de diciembre de 1844.
La acogida que Catalina dispensaba a las jóvenes principiantes es un tesoro oculto. Nos cuenta sor Clavel: *Cuando llegué (1858), me acogió sor Catalina; fue la primera en abrazarme con mucha cordialidad.*
La unidad de la casa debe mucho a aquella acogida que nacía del corazón, a aquellos consejos llenos de experiencia profunda y práctica que daba a las recién llegadas: sor Millon (1859), sor Combes y sor Thomas (1861), Sor Maurel d'Aragon y la bretona sor 'franchemer (186Z): la nobleza y el pueblo se mezclan en el servicio a los pobres en una comunidad sin distinción: oración, sonrisas, horas de costura... Las más inteligentes se dan cuenta de la extraña santidad de Catalina: *Quizás había otras tan perfectas exteriormente como ella, pero ninguna producía la impresión de un alma anonadada por el amor de Dios, de la santísima Virgen, y completamente desprendida de sí misma*, dirá más tarde sor Cosnard.
En 1856 o 1857 Catalina se fija en una hermana de 23 años que han enviado a pasar unos días en Enghien para que cambie de ideas. ¿Adivina quizás algo que no va bien? Se acerca a ella en el huerto que atravesaba para ir de Enghien a Reuilly*: Pequeña, ¡le está dando vueltas a un mal pensamiento en su cabeza!*
Ha acertado. La «pequeña» le responde: *Entré en la comunidad para cuidar de los enfermos, pero no puedo ponerme a hablar delante de todo el mundo...*
A sor Foquet acababan de destinarla en agosto para el asilo de Boulogne. Lo que la pone enferma no es ocuparse de los niños, sino verse expuesta al público; porque en aquella época todo el mundo «podía entrar y asistir a las clases que la hermana daba a los niños», incluso las personas mayores. Por eso aquella hermana, desanimada, concluía con tristeza: *Prefiero volverme a casa.*
-*¡Animo!* -le dijo Catalina subrayando su sólido acento borgoñón-. Le pediré a la santísima Virgen por usted. Prométame que por un año usted también se lo pedirá. ¡Saldrá bien en sus exámenes y perseverará en su vocación!
De hecho, durante dos años sor Fouquet superó sus repugnancias. Después, en 1858 fue destinada según sus deseos a la casa de Nesle (Somme) para atender a los ancianos..., como Catalina en Enghien.
En 1860, al llegar sor Josefina Combes, de 29 años, aventura una confidencia imprudente a una de sus compañeras. ¿Cómo lo supo Catalina?
Me lo reprochó (cuenta sor Combes), añadiendo: *¡Ya verá lo que le ocurre a ella!*
Poco después, aquella compañera renunciaba a su vocación y regresaba al mundo.
Sor Montcellet, que le sucedió en 1845, abrió la era de las fundaciones en servicio del barrio.
En 1849 -el año del cólera- estableció en la parte posterior del huerto la obra de la Providencia de santa María: algunas clases y un asilo, construidos pero sin pagar, que acogían la miseria física y moral, incluida la de los niños obreros, explotados de forma horrible. En 1850 fundó un pequeño internado para los huérfanos del cólera. El año siguiente (9 de junio de 1951) fue nombrada superiora general.
La sustituyó sor Mazin, antigua superiora general, pero sólo durante unos meses (1851-1852).
Le sucedió sor Randier de 1852 a 1855, una mujer decidida que conjuga como nadie la cabeza con una generosidad inventiva. Catalina apreciaba mucho a esta cuarta superiora, pero pronto se la quitaron.
Viene luego sor Guez (1855-1860), una mujer prudente, que quería mucho a Catalina y crecí en todos los niveles muy buenas relaciones. Pero también la destinaron.
La evolución que promovió sor Guez fue rápida. La casa estaba dividida entre el hospicio de los ancianos y el servicio devorador del barrio, entre la tarea confiada por la familia de Orleáns y las urgencias de la miseria. El administrador de la familia real protesta contra la marcha de sor Guez. Y también las hermanas.

Y viene entonces sor Dufés, la última superiora de Catalina. Llegó el 18 de octubre de 1860. Tiene 37 años, grandes proyectos y una voluntad de hierro, que pone inmediatamente al servicio de la inmensa miseria del barrio. Su juventud emprendedora ahoga a la comunidad, que intenta defender las costumbres establecidas por dos superioras generales. Las hermanas querrían apoyarse en Catalina, una sólida columna de la casa que ya ha cumplido las bodas de plata en ella, para resistir al nuevo estilo, que no les gusta a los ancianos. Y cuando éstos se preocupan y se quejan a la reina Amelia desterrada, la cosa crea cierto malestar. Catalina no entra en estas razones. Defiende a la autoridad. Llega incluso a reunir a las hermanas jóvenes que vacilan para decirles: *No os mezcléis en nada de eso*.
En el fuego de la discusión añade incluso: *La superiora es Dios*. Sor Dufés se lo debería haber agradecido; salió bien del asunto, porque muy bien podrían haberla relevado de sus funciones (como antes a María Luisa).
Las dificultades tienden a resurgir. Sor Combes, de 28 años, que llegó en 1861, se ve implicada en ello: *Varias veces me alentó sor Catalina para que me sometiera a la superiora.*
También sor Maurel d'Aragon, de 21 años, que llegó en 1862. Un día Catalina la llama a su oficio: *Nuestra vida es la fe; ver a Dios en todo, en los superiores, en los acontecimientos.*
Y sor Maurel comprendió para toda su vida que sólo importa la obra de Dios, por encima de todas las rencillas.
Las quejas vienen sobre todo de aquellos ancianos que se sienten marginados en aquel rincón suburbano que les hace añorar su vida cortesana. Catalina, que comprende la importancia de los pobres del barrio, tiene que atender sus quejas y suscitar sus buenos sentimientos.
Sor Dufés fue solucionando las cosas con maestría, a pesar de la dificultad de coexistencia de las dos casas situadas en los dos extremos del huerto: el hospicio fundado por la familia de Orleáns y las obras devoradoras del barrio popular. En 1865, Catalina le dijo a sor Cosnard, de 24 años, seguramente después de algunas quejas de los ancianos a la reina Amelia: *Enghien tendrá que trasladarse a un castillo...*
Pensó quizás en aquel «castillo del Loire» en donde estaba escrito «Hospicio de Enghien». Pero no insistió en aquella premonición, que se cumpliría en 1901.
Fue una confidencia excepcional. Pero lo cierto es que sentía una gran confianza con sor Cosnard, una normanda de 24 años que supo apreciar el ejemplo de Catalina y que se acordó toda su vida de los pequeños secretos de «prácticas de pobreza» que ella le enseño a su llegada en 1864.
Sostenida ahora por su comunidad, sor Dufés sigue adelante en medio de enormes dificultades económicas. La «Providencia de santa María», construida hace tiempo en la calle de Reuilly, sigue sin pagarse. Los plazos caen implacables sobre la superiora. Un día no tiene para pagar al panadero. Entra en la capilla para confiar su preocupación a la Virgen. En la puerta una visitante le pregunta dónde está el «cepillo». Deja su ofrenda y se va. Sor Dufés encontrará exactamente la cantidad que necesitaba.
Al llegar sintió roto su corazón al ver por la calle totalmente borrachos a un grupo de muchachos que acababan de hacer la primera comunión. Eran unos «cargadores», como se les llamaba: niños explotados por las fábricas de papel que prosperan con la miseria de los habitantes de Reuilly; se trataba a los jóvenes como «bestias de carga», decía sor Dufés. La mayor parte de ellos ni siquiera hacían la primera comunión. Los que la hacían no iban bien preparados y la fiesta era como una revancha de aquellos chicos frustrados, degradados por la miseria. Y aquello era una lucha cotidiana, con la que tenían que vérselas continuamente.
Por exigencias del gobierno, finalmente preocupado por la «China» de Reuilly, la escuela que habían fundado las hermanas para esos niños pasó pronto a ser municipal.
El pequeño internado, establecido en 1850 por el arzobispado para los huérfanos del cólera, ve florecer algunas vocaciones. El domingo está dedicado a enseñar a los jóvenes -sobre todo a los «cargadores» de las fábricas de papel pintado- a escribir, a leer y se les da catecismo. Las nuevas tareas, siempre ilimitadas, obligan a aumentar los locales y el personal; afortunadamente hay abundancia de novicias. Tras el cólera de 1866 fue preciso habilitar los graneros para las nuevas huérfanas. Enghien contaba con 5 hermanas al llegar sor Catalina: con 29 en 18h0, al llegar sor Dufés; con 40 en 1870.
Las nuevas obras de la comunidad estimulan la generosidad, pero en medio de aventuras y apuros.

A las 4 de la mañana del martes de carnaval, 17 de febrero de 1863, estalla un violento incendio en la fábrica de papel pintado contigua a la capilla de Reuilly. Las llamas llegan al tejado de las hermanas amenazando con devorarlo todo.
Estábamos consternadas --escribe sor Filomena Millon.
Sor Catalina, muy tranquila, reza ante la estatua de la Virgen que había en el huerto. Tranquiliza a sor Dufes y a la comunidad: -¡No tengáis miedo! El fuego se detendrá y no pasara nada malo.
Los niños que acuden al catecismo en las salas del locutorio son hijos de los sublevados de 1848: revoltosos, un día levantan una barricada en la calle de Picpus, ahora tan tranquila. Se asustan los ancianos, antiguos servidores de la alta nobleza. ¡Con razón decían ellos que las hermanas no deberían atender a esos canallas! Protestan ante la autoridad. Desde su destierro, la reina María Amelia sale de su benevolencia habitual para pedir a sor Dufes que no reciba a aquellos revoltosos jóvenes.
Sor Dufés no cede. El porvenir de aquellos jóvenes es el porvenir de Dios en aquel barrio abandonado. En el n.° 79 de la calle de Reuilly (al lado del n.° 77 en donde las hermanas habían levantado sus primeras obras), la comunidad posee unos terrenos, que tiene alquilados un fabricante de cuerdas. Para romper el contrato, presenta exigencias poco razonables. Sor Dufés acude a la oración e improvisa con las hermanas una noche entera de adoración al Santísimo. Al día siguiente el arrendatario viene espontáneamente con proposiciones más razonables. Sor Dufes las acepta. Construye unas clases y un patio de recreo. Queda fundado el patronato para los niños, que a partir de 1864 reciben allí formación, instrucción y catecismo. Autorizados para construir una nueva asociación de hijos de María, entran en ella con entusiasmo.
En 1868 la real fundadora se preocupa al ver marginada su obra por aquel desborde de actividades. No era ésa la finalidad de la fundación que sigue subvencionando a razón de 500 francos por cama, 600 francos por hermana y el doble por el capellán. Actúa con todo su peso, pero sor Dufés no se doblega. Después de todo, la familia real no ha fundado más que la casa de Enghien. Y ahora hay dos. Las 25 hermanas -sin subvención- que se ocupan en las obras del barrio se alojarán en la otra parte del huerto, en la calle de Reuilly, incluida sor Dufés que de esta forma marca distancias. Desde 1867 los ejercicios de la comunidad se trasladan a la nueva casa. Se deja en el hospicio de la calle de Picpus sólo a las hermanas encargadas de los ancianos; Catalina se queda allí como responsable y sor Dufés le entrega las llaves.
Esta solución obliga a nuevas construcciones. Los apuros económicos van en aumento como las casas; los plazos cada vez más implacables. Un día, mientras hacía une colecta, no para ella, sino para Nuestra Señora de las Victorias, sor Dufés es interrogada por una bienhechora muy atenta. Tiempo perdido en una jornada muy ajetreada. Pero la dama ha anotado la dirección. Linos días más tarde pasa por Reuilly y entrega a sor Dufés 30.000 francos para su casa, en recuerdo de su hija difunta. El problema queda resuelto.

Criada para todo

¿Qué lugar ocupa Catalina en esta comunidad: Aunque responsable del Hospicio, no participa en las deliberaciones ni decisiones. Se hace poco caso de su persona. Es solamente la «hermana regular», vaquera, hortelana, la criada para todo. Parece algo natural. Y como ella parece contenta, no hay que preocuparse por eso. Le gusta tratar con las jóvenes de la casa, y no crea problemas a nadie. Nadie se queja de ella, ni los ancianos ni los demás. Es la buena empleada que todo lo arregla, los problemas materiales y los de carácter. Parece normal. No se le nota nada.
Sor Dufés, aunque sabe en secreto que Catalina es la vidente, la trata con severidad:
Cinco o seis veces -cuenta sor Cosnard- vi a sor Catalina de rodillas ante sor Dufés, que le reprochaba por cosas que no había hecho y de las que no era responsable. Los reproches eran vivos, muy vivos. Sor Catalina, aunque inocente, no se excusaba. Sin embargo, me pareció notar una lucha en su alma. Sus labios se entreabrían como si fuera a hablar... La lucha terminaba siempre con el triunfo de la humildad.
Me impresiono tanto aquello... que le pregunté a sor Dufés como podí tratarla de aquel modo... Me respondió con un tono muy firme: *Hermana, déjeme obrar así, me siento movida a ello.*

La actitud severa de la superiora es como mancha de aceite. Las hermanas instruidas, que influyen en la comunidad, no aprecian mucho a aquella hermana tosca, cuyo acento y delantal huelen a establo. Una de ellas la «humilla», la «ultraja» -asegura son Clavel- tratándola de «tonta y de boba»
Pero Catalina, siempre acogedora, recién llegadas que con frecuencia no asustaban por las nuevas tarcas de aquel barrio maldito.
Los criados también la quieren, porque siempre sabe atenderles.
Cecilia Delaporte, la pequeña lavandera de 20 años, cae enferma poco después de llegar en 1868. Catalina va a visitarla lo mismo que Bernadette visitara a Juana Jardet, la criada enferma de Nevers, olvidada por todos en su lecho: en medio de aquel trágico invierno de 1870-1871 le llevo «un edredón y un jarabe»:
Un día -recuerda- preparaba las planchas para las hermanas. Ella vio que estaba pasando mucho calor y me trajo un vaso de leche.
Se entendía bien con los pequeños y con los humildes. Los que estaban en apuros acudían a ella como a una bondadosa abuela, sólida columna en la familia..., aunque dispuestos a olvidarse de la pobre anciana apenas hayan aprendido a volar por sus propias alas.
Los ancianos se muestran agradecidos de ver cómo mantiene el hospicio en orden en los momentos en que se ven marginados en esta colmena desbordante. Y aquel orden le viene bien a Sor Dufés a quien los fundadores hubieran despedido de no ser así. Catalina no ahorra sus fuerzas. Aparece extrañamente presente en todos los frentes: el huerto y el patio, la puerta y sobre todo los pobres. Siempre se queda con las tareas más bajas y humildes. Es la encargada de «encerar» el piso y repasar el parquet con la pesada «galera». ¡Es fuerte Catalina!, y piensan en ella para las tareas más duras. Sin embargo, ya va a cumplir los sesenta. A veces se extraña de sentir que el corazón le falla. Tiene que tomar aliento. Pero ¡cuando se quiere, se puede!
Se había hecho con una fama discreta, pero sólida, como veladora de los moribundos. Se priva del sueño para atender a los agonizantes, numerosos entre los ancianos. Sólo entre los hombres mueren tres o cuatro cada año. Conjuga armoniosamente la atención a los cuerpos y la oración. Todos los que ella velaba encontraban la par. Los descreídos se convertían y a menudo «morían santamente», como decían en la casa. Ni uno solo de ellos dejó de reconciliarse, constata sor Dufés al final de su vida.
Sor Isabel de Brioys, de una ilustre familia y también de «gran juicio y de gran virtud», tiene a Catalina para este último servicio. Hija de la Caridad desde 1852, fue aceptada por sus cualidades de alma a pesar de una tuberculosis que degeneró en meningitis. El 24 de agosto de 1863 salió del coma que sufría: llena de lucidez, le dijo de pronto a sor d'Aragon que la velaba: *Voy a morir. Busque a sor Catalina y dígale que no me abandone.*
Es ya tarde. Sor d'Aragon difiere la petición aparentemente prematura. Además, no está ella allí: A las 11 de la noche, la enferma «reitera» su petición. Catalina está acostada desde las 9. Duerme profundamente. Cuando la sacude sor Clara, se despierta enseguida, se pone la toca y acude corriendo al lado de la moribunda, con su mirada de ojos azules. Reza tranquilamente. A las 4 de la mañana suena la campana. Es la hora de levantarse. Catalina sigue rezando: el jadeo de la moribunda se va acentuando pero pacíficamente. Se apaga, a las 6, con los primeros rayos de sol de aquel 25 de agosto. Catalina le deja y prosigue su quehacer.

El huerto de las hijas de María

En este resurgir general hay un punto especialmente sensible para Catalina, el que había recibido el encargo de transmitir al padre Aladel: *La santísima Virgen quiere de usted una misión... Será usted su fundador y su director. Se trata de una Cofradía de hijas de María a la que la santísima Virgen concederá muchas gracias. Le concederán indulgencias... Se celebrarán muchas fiestas. El mes de María se celebrará con mucha pompa en muchos sitios.*
La obra surgió espontáneamente en 1838, cuando el padre Aladel era tercer asistente y colaborador del padre Etienne, entonces procurador de la Misión. Benigna Hairon, nacida en Beaune en 1822, empezó en dicha ciudad a los 16 años, el 8 de diciembre de 1838, con un grupo de hijas de María. De esta forma, como decía ella misma, se convertía en la «primera de todas» entre las hijas de la Caridad. La asociación quedó

Constituida el 2 de febrero de 1840. Desde entonces empezó a esparcirse por otros lugares: el 7 9 de marzo de 1840 en Sainte-Eulalie de Burdeos, en 1841 en Saint-Flour. La primera asociación parisina nació en Saint-Louis-en-I'lsle el 16 de diciembre de 1845. El padre Etienne nombró entonces a Aladel director de la nueva obra. El 20 de junio de 1847 se dirige a Roma y obtiene de Pío IX una audiencia, en la que el papa le concede por escrito la facultad «de establecer en las escuelas dirigidas por las hijas de la Caridad» una Asociación bajo e(patrocinio de la Virgen Inmaculada, con todos los privilegios de que gozaba la Asociación que habían fundado antiguamente en Roma los padres jesuitas.
En 1848 Aladel publico un Manual de las hijas de Mana, cuyas ediciones se fueron sucediendo periódicamente: 25.000 ejemplares en menos de 10 años.
En 1857 la obra llega a Reuilly en donde hay 13 candidatas. El 21 de noviembre Aladel acude personalmente a fundar la Asociación con ayuda del capellán, el abate Pedro Coullié, futuro cardenal. Entrega la medalla a las tres primeras aspirantes, las huérfanas Ester, Antonieta y Zoé. El 8 de diciembre siguen otras más. El grupo elige a una presidenta: Carolina Huot, de 12 años, una niña que es una llama ardiente.
¿Se trata de la ilusión de una especie de milenarismo: No. El libro de actas de Reuilly nota despiadadamente una relajación. El 20 de febrero de 1853 se lee en el acta que no hubo reunión solemne y se indica: *No hay consejo, ni nuevas admisiones. Poco a poco disminuye el fervor... Las reuniones semanales son cada vez menos numerosas. Las' hijas de María no parecen comprender la dicha inefable de pertenecer a su querida Madre. Este titulo tan dulce no parece ser ahora más que un nombre vacío y la cinta azul un frívolo adorno.*
Pero el carisma, vacío de interioridad, vuelve a recibir un nuevo aliento, más profundo. En 1858 aquel grupo acoge a María Antonieta Meugniot, sobrina de Catalina.
En 1860 cae enferma Carolina, la presidenta-fundadora. Tiene ya 21 años y lleva 9 años en el cargo. Su enfermedad intensifica su fervor y la calidad de su testimonio. Delgada, diáfana, siempre alegre, preside las reuniones con unas palabras tan iluminadas que se ve en ellas una inspiración divina:
Su acierto y precisión hacían ver que era Dios quien dictaba sus palabras -se lee en el libro de actas el día siguiente de su muerte, el 17 de diciembre de 1859. Catalina sigue vigilante. Sus consejos y su ejemplo sostienen el fervor.

5. EL HUERTO SECRETO

En el fondo de su corazón Catalina cultiva su huerto cerrado. Defiende su intimidad con una rara eficacia. Sus gruesos zapatos, su delantal basto de campesina y su discreción son los últimos reductos bajo los que guarda su secreto, más amenazado de lo que parece.

El incógnito en peligro

Cada vez resulta más difícil disimular quién es «la novicia de 1830». Es por los años 50 cuando la noticia empieza a esparcirse..., cuando los superiores y otras personas saben o adivinan.
En 1855 durante su época de seminario sor Charvier oyó decir: La hermana que vio a la santisima Virgen está encargada de las vacas en una casa de París.
Pues bien -nos cuenta- me enviaron entonces a la casa de Enghien..., encargándome de noche y de día de la misma tarea que sor Catalina. Se me ocurrió la idea de que quizás era aquella sor Labouré, encargada de las vacas, la que había visto a la santísima Virgen. La observé de cerca, la vi muy piadosa y humilde, pero me dije: *No, no puede ser ella la que vio a la santísima Virqen. No me parecía lo bastante mística.*
A partir de 1875 le tienden continuamente trampas a Catalina. No solo «previnieron» a sor Dufés antes de nombrarla superiora de la casa en 1860, sino que lo «saben» algunas hermanas jóvenes que llegaron del seminario a Reuilly. También lo saben algunos sacerdotes (el futuro cardenal Couillié, capellán de la casa), la familia de Catalina..., y «La Negra», que se lo cuenta a todo el mundo... Los incidentes se multiplican. Solo a fuerza de seriedad, pero también de picardía campesina consigue Catalina defender la discreción... y muchas veces crear la duda.

Un día sor Dufés se deja convencer por unas bienhechoras, deseosas de «conocer a la hermana que vio a la Virgen». Tras las primeras resistencias, acabó por ceder: *Bien, las acompañaré al corredor de los ancianos en donde está sirviendo esa hermana.*
«Apenas entraron. Catalina procuró ausentarse, con gran extrañeza de la superiora que nunca la había visto obrar así». Se había olido la trampa: Cuando se hubieron marchado las visitantes, fue a pedirle a sor Dufes «que no le mandara semejantes visitas».

El hortelano

Para aquel huerto cerrado Catalina sabía que no era la hortelana. Es el padre Aladel el que tiene la autoridad de Dios y de la Iglesia. El es quien tiene la ciencia y el poder en un mundo que ella adivina complicado. Sabe muy bien, como campesina, que los impulsos no realistas van al fracaso. Se da cuenta de la «incapacidad» de las otras buenas hermanas para criar palomas o gallinas; también sabe que ella sale perdiendo con los chalanes: sabe que es incapaz en las cosas que ignora.
Los éxitos de los que ha sido instrumento no la engríen. Todo progresa en un impulso en el que no faltan los avances dolorosos, como sucede con las horas de parto.
Las relaciones con Aladel siguen siendo difíciles, tensas. El confesor sigue sospechando exageraciones..., ilusiones... La Medalla es ya un asunto concluido. ¡Que no vuelvan a hablarle de él! Pero Catalina insiste de nuevo. No ha tenido más apariciones, pero la voz interior de Nuestra Señora le recuerda la misión que le ha confiado y sus consecuencias. ¿Cómo sigue estando cerrada al público aquella capilla en donde su Visitante ha abierto una fuente de gracias: ¿Cómo no va a ser conmemorado aquel acontecimiento con alguna peregrinación, con alguna comunión de aniversario:

Peticiones desechadas

Lo que le atormenta desde 1839 es levantar un altar y una estatua conmemorativa en el sitio de la primera aparición, a la derecha según se mira hacia el altar mayor. Y esta estatua deberá tener un globo terráqueo en las manos: un dato que se ha olvidado hasta ahora. Catalina se decide a hablar. Se acerca. Insiste en la sombra del confesionario. El padre Aladel se acalora. Su descontento traiciona su habitual discreción: *¡Esta avispa...l*
La interjección ha traspasado la cortinilla y ha llegado hasta unos oídos delicados.
-El confesionario temblaba -nos dice un testigo.
Petición desechada. Sin embargo, en 1841-1842 Aladel, que se siente en profunda armonía con Catalina a pesar de las tensiones superficiales, parece que se va convenciendo. El éxito de la Medalla milagrosa, los 100.000 ejemplares de su Notice agotados, le obligan a publicar una nueva edición. La revisa. Hay que ampliar la capilla de la calle del Bac, que resulta demasiado pequeña, y construir un nuevo seminario para 500 hermanas jóvenes. Esto le obliga a pensar, a trazar planes. A la larga la insistencia de Catalina se va abriendo camino. ¿Fue Aladel quien la invitó a referir por escrito la aparición de la Medalla, el 15 de agosto de 1841? ¿O bien la escribió ella para que él la leyera, al no poder conseguir que la escuchara:
Este autógrafo insiste en algunos detalles descriptivos: *Por debajo del velo vi sus cabellos partidos sobre la frente y aplastados sobre los lados. Por debajo, un encaje de 3 centímetros de ancho, sin fruncir, es decir, apoyado ligeramente sobre los cabellos: la figura bastante descubierta.*
Pero lo que le importa sobre todo son sus deseos que ya ha expuesto oralmente. En una época en la que la comunión no se concedía todos los días, pide una comunión suplementaria para el aniversario de la aparición. Y sobre todo: *Ahora, después de dos años, me siento impulsada a decirle que se construya o se erija un altar a la santísima Virgen en el lugar mismo en donde se apareció.*
En este altar hay que poner una estatua de la santísima Virgen, tal como la vio. Ahora insiste en un detalle inédito. Nuestra Señora tiene una bola en sus manos, que representaba al globo de la tierra. Tenía las manos elevadas a la altura del estómago, de una forma muy suelta, con los ojos elevados hacia el cielo.
Era una mirada, suplicatoria y un gesto de ofrecimiento de ese mundo, de esos hijos que ella quiere proteger.

Su figura era todo belleza. No sería capaz de pintarla; después, de pronto me di cuenta de los anillos de sus dedos, revestidos de piedras preciosas, más bellas unas que otras.
La voz le hace comprender que todavía no se confía suficientemente en ella: Las piedras de donde no nacen rayos son las gracias que se olvidan de pedirme.
Aquel año 1841 la petición urgente de Catalina provoca una investigación más detenida. Por primera vez se anotan en una hoja las indicaciones de Catalina, en forma de programa que se entregó al pintor Lelaille para realizar la imagen que pedía. Lo «esencial» consiste en lo siguiente: *La santisima Virgen mantiene ligeramente el globo en sus manos y lo ilumina con una luz viva. Importa que se haga ver []¡en esa luz, que ilumina vivamente a la tierra, particularmente junto a las manos de donde parte el rayo de luz. La santísima Virgen, con una ternura maternal, mira a esa pobre tierra. Y habrá alrededor: ¡Oh María, sin pecado concebida! Ruega por nosotros.*
Siguiendo estas indicaciones Letaille dibuja un esbozo del cuadro deseado: una Virgen de pie, coronada de estrellas, la luna bajo los pies, según Apocalipsis 12 y la hoja-programa. Tiene en sus manos un globo enorme: es la manera (sorprendente) de que los rayos de sus manos no oculten dicho globo. Catalina espera, pero el proyecto no es aceptado.

La cruz de 1848

En vísperas de la revolución, en 1848 como antes en 1830, la invade un soplo simbólico y profético: ella lo recibe como una gracia, como una exigencia. Ahora el clima es distinto; en los últimos años se ha confirmado la irradiación religiosa de Chateaubriand. La hostilidad contra el obscurantismo medieval ha dejado sitio a una nostalgia por la Edad Media gótica y por la Iglesia: en torno a la Medalla ha surgido un movimiento carismático y poético. La llevaba Ozanam cuando fundó la Conferencia de san Vicente de Paúl en 1833; Newman se la colgó al cuello el 22 de agosto de 1845, dos meses antes de su conversión (9 de octubre).
Catalina no analiza estos hechos; Ella apenas lee. La visión se le impone repentinamente, gratuitamente, desde dentro, lo mismo que las anteriores. Lo que se le presenta es el triunfo de la Cruz, un triunfo que hay que REALIZAR: en París hay que levantar un Crucifijo monumental, que estrechará los vínculos de los cristianos con Cristo crucificado. Catalina le concede a la caída del rey Luis-Felipe tan escasa importancia como a la de Carlos X en 1830. Está totalmente obsesionada por el porvenir de Dios.
Esta cruz se llamará la cruz de la victoria. Será muy venerada. De toda Francia y de los países más lejanos, y hasta del extranjero vendrán unos en peregrinación y otros por devoción y otros por curiosidad. En fin, se notará una protección muy especial que parecerá milagrosa. No vendrá a París nadie que no vaya a ver y a visitar esa cruz, como una obra de arte.
Aquí Catalina en vez de l'art (arte) ha escrito lard (tocino). Esto le da autenticidad a su escrito; lo sublime roza con lo vulgar. Aladel tendría motivos para sonreír. Pero ella continúa imperturbable, mezclando los presentes con los futuros: *Al pie de la cruz se representará toda esta revolución, tal como ha pasado. El pie de la cruz me pareció que tenía de 10 a 12 pies cuadrados, y la cruz de 15 a 20 pies de alta. Y una vez levantada me parece que tendrá unos 30 pies de alta.*
Las proporciones son más modestas que las de Claudel cuando proyectaba una catedral subterránea en Chicago con una flecha de 700 metros.
Bajo esta cruz descansarán parte de los muertos y de los heridos durante esos acontecimientos tan penosos...
Entre esos muertos Catalina distingue uno (como en su visión de 1830) con una especial intensidad: *En un lado aparece un brazo y se oye una voz que dice: ¡La sangre corre!*
Y señalando la sangre con un dedo el inocente muere, el pastor da su vida.
Se sabe que monseñor Affre murió en 1848 junto a las barricadas, cuando quería llevarles la paz...
La cruz se me apareció con toda su belleza. Nuestro Señor estaba como si acabase de morir. La corona de espinas en la cabeza, los cabellos esparcidos en la corona por detrás, la cabeza inclinada del lado del corazón. La llaga del costado derecho... me parecía tener como tres dedos de ancha y caían de ella gotas de sangre. La cruz me parecía de una madera preciosa, extraña, cubierta de oro o dorada.

La visión viva está llena de esperanza. Catalina se siente movida a someterla al juicio del padre Aladel.
-*¡Otra vez!,* piensa él.
Reitera sus consignas ya clásicas contra las ilusiones. Catalina vuelve a la carga, sin éxito alguno. Por eso se decide a tomar la pluma el 30 de julio de 1848: *Padre. Es esta la tercera vez que le hablo de esta cruz, después de haber consultado con Dios, con la santisima Virgen y con nuestro buen padre san Vicente, el día de su fiesta y durante toda su octava, en la que me he entregado en sus manos por completo y te he pedido que me quite toda idea especial sobre este asunto y sobre todos los demás. En vez de sentirme aliviada, me he sentido cada vez más urgida a ponérselo todo por escrito. Así me someto por obediencia. Creo que ya no me preocuparé más. Con todo respeto soy su hija, muy devota en el sagrado Corazón de Jesús y de María.*
Deposita esta última petición en el papel, como una botella al mar. Deja en blanco la página 3 y pone la dirección en una parte de la página 4 (era lo que solía hacerse entonces para ahorrar el sobre). Y escribe la dirección según la fórmula tradicional, donde se repite ceremoniosamente el título del destinatario:
Señor.
Señor Aladelle,
Director de las hijas de la Caridad.
¿Se trata de un documento nulo: Catalina ha cometido una falta de ortografía, poniendo en femenino el apellido del director.
Antes de cerrar la carta añade en la primera página un croquis para materializar el emplazamiento de la cruz. Esta nota añadida traduce su preocupación:
En el momento en que se elevo la cruz recorriendo una parte de París para poner el terror en los corazones, hasta llegar a detenerse en Notre-Dame, iba llevada por varios hombres que me parecían estar enfurecidos. Finalmente dejaron la cruz. Esta se cayó en el barro y ellos huyeron. Me pareció que un estremecimiento interior los había obligado a marchar y abandonarlo todo. La cruz iba cubierta de un crespón negro.
Esta visión, rica en colores, la interpreta Catalina como había interpretado la del corazón de san Vicente: *El blanco que rodea la cabeza de Nuestro Señor es la inocencia. El rojo es la sangre que se derrama...El azul es la librea de la santísima Virgen.*
Parece ser que Catalina no se fijó en que eran los colores de la bandera francesa..., aunque en un orden contrario. Proyecta toda la viveza de sus visiones, pero sin razonarlas. ¿Qué relación hay entre esta imagen de profanación y la cruz triunfal que hay que erigir? ¿Se trata de un acto de reparación? No lo indica. Todo esto puede parecernos hoy extraño. Pero la visión tenía un aspecto importante para la conciencia de mediados del siglo XIX. La cruz tenía un prestigio y una popularidad inmensa. La aparición de una cruz luminosa en Migné (Vienne) en 1826 había dejado un recuerdo duradero en los espíritus. Y hubo otras más. La cruz se aparecía entonces con más frecuencia que la Virgen. Es la época en que por toda Francia se erigían calvarios a millares, como una réplica al iconoclasmo y a las blasfemias de comienzos de siglo. En plena revolución de 1848, el 24 de febrero, sin duda poco después de la visión premonitora de Catalina, los insurrectos llevaron efectivamente en triunfo una cruz, robada cuando la invasión del palacio real. Es un punto en común con la visión de Catalina. El motín que saqueó el palacio real se convirtió en procesión para llevar aquel crucifijo a la iglesia según la crónica de entonces.
El pasado jueves (24 de febrero), en el momento en que el pueblo acababa de invadir las Tullerías y arrojaba por las ventanas los muebles y los cortinajes, un joven que pertenece a las conferencias de san Vicente de Paúl corrió a toda prisa a la capilla, temiendo una profanación... El piadoso joven pidió a varios guardias nacionales que le ayudasen a llevar los vasos sagrados y el crucifijo... En el patio se lanzaron gritos contra los hombres cargados de tan precioso depósito. Entonces el que llevaba el crucifijo lo levantó diciendo: ¿Queréis regeneraros? ¡Pues bien! ¡Sabed que no podréis regeneraros más que por Cristo.'
-¡Si, sí! -respondió un gran número de voces-, ¡ese es de los nuestros!
Las cabezas se descubrieron al grito de ¡Viva Cristo!
Y así el crucifijo y un cáliz sin patena fueron llevados por así decirlo en procesión hasta San Roque, donde los recibió el señor párroco.

En 1848, a diferencia de 1830, el pueblo revolucionario de París aclamaba espontáneamente a la cruz de Cristo. Catalina se daba cuenta; y si se hubiera erigido el calvario que ella deseaba, habría podido tener una irradiación análoga a la que tuvo la Medalla milagrosa. Ese monumento habría sido la coronación lógica de sus visiones: las habría centrado en Cristo. Esta lógica inspiraba claramente a Catalina. Lo expresará en una de sus últimas palabras en su lecho de muerte, cuando manifieste su gozo de unirse con «NUESTRO SEÑOR, LA SANTISIMA VIRGEN Y SAN VICENTE». Estas palabras recapitulan el tema de sus visiones, pero en un orden inverso. Catalina empezó por san Vicente en abril de 1830, continuó con la santísima Virgen a partir del verano de 1830; y todo acababa con este triunfo de la cruz de Nuestro Señor en 1848, siguiendo a las visiones eucarísticas de 1830. San Vicente y la Virgen encontraron eco, aunque con dificultades, en el padre Aladel. Pero no así el proyecto grandioso de la cruz. Quedo enterrado. Catalina sufrió por ello. Le parecía que había quedado amputado el deseo del Señor y su propia misión. Arrinconada entre la visión y la obediencia, liberó su conciencia por escrito. Desde ahora se refugia en Nuestro Señor. Y no volvió a hablar más de ello.

Un altar y una estatua

Pero sigue preocupándose por el altar con la Virgen del globo terráqueo que conmemoraría la aparición y abriría la capilla a las peregrinaciones.

El padre Aladel, cada vez más atareado por el desarrollo de las hijas de Mana, se va distanciando de sor Catalina. En 1851 el padre Chinchon, de 35 años, pasa a ser su confesor habitual en Keuilly, hasta 1875. La escucha más, pero tampoco coopera mucho. ¿Pue por su iniciativa o por la del padre Aladel por la que sor Catalina redacto en 1856 un relato autógrafo sobre las primeras apariciones, la del corazón de san Vicente y aquella otra, estrictamente desconocida, en donde la Virgen le confió su misión el 18 de julio de 1830. Aquellos escritos permanecieron muy en secreto.

Pero algo se hizo según sus deseos. El ensanchamiento de la capilla, iniciado en 1849, permitió poner un nuevo altar mayor, detrás del cual se colocó una estatua de la Virgen con rayo, según el modelo de la Medalla milagrosa.

Las obras se hicieron más bien según la lógica de la ampliación que según los deseos de Catalina: *No era eso precisamente lo que ella pedía*, sabía muy bien sor Hannezo.

Ni el lugar, ni la forma: *No estaba ni mucho menos contenta con la estatua de la santísima Virgen, porque no estaba representada tal como la había visto.... llevando la bola del mundo en sus manos.*

El padre Chinchon, el nuevo confesor, reconoce que Catalina se le quejaba de la «actitud» que el padre Aladel le daba a la Virgen. También el padre Chevalier. Ella deseaba el altar en el sitio de la primera aparición de la Medalla, a la *derecha* y no en el centro. Pero por lo menos la estatua conmemoraba la aparición. Respondía al deseo de ilustrar la peregrinación a la calle del Bac.

Pero la comunidad cada vez más numerosa, con más de 500 novicias por aquellos años, no permitía abrir la capilla al público. A Catalina, que experimentaba sus grandes beneficios siempre que iba allá, le hubiera gustado compartirlos con mucha más gente.

Lourdes y la calle del Bac

Cuando oyó hablar de la aparición de Lourdes (1858), dijo: *¡Es la misma!).*

Lo más extraordinario -escribe la superiora sor Dufés- es que sin haber Ieído ninguna de las obras publicadas, sor Catalina estaba al corriente de todo mejor que si hubiera estado entre los peregrinos a aquel lugar.

Según su compañera sor Tranchemer, ella habría dicho: ¡*Y pensar que esos milagros podían tener lugar en nuestra capilla!*

Y también a sor Millon: *Si los superiores hubiesen querido, la santísima Virgen habría escogido nuestra capilla.*

Nos dice sor Pineau que sor Dufés encontró entre las cosas de Catalina un trozo de papel en donde se leen estas palabras escritas de su mano.

-Mi buena Madre, aquí no se puede hacer lo que vos queréis: manifestaos en otro lugar.

En varias ocasiones -cuenta sor Cosnard-, sor Catalina intentó convencerme de que la peregrinación a Nuestra Señora de las Victorias (cuya Cofradía llevaba la Medalla Milagrosa) y la de Lourdes habían sido concedidas por la santísima Virgen para suplir a las que los superiores no habían creído conveniente autorizar en nuestra capilla.
-*Sin embargo* -me dijo ella varias veces con un acento especial-, *las peregrinaciones se acabarán haciendo*.
Algunas veces se sentía atormentada por no haber conseguido que la escucharan. Habría perdido el sueño y la cabeza si no hubiera encontrado al pie del altar lo que le había prometido Nuestra Señora: ¡una fuente de paz!

6. MUERTE DEL PADRE ALADEL (1865)

El domingo 23 de abril de 1865 el padre Aladel pronunció una conferencia inspirada. Recordaba en ella las apariciones del corazón de san Vicente.
El día siguiente, martes 25 de abril, fiesta de san Marcos, sus hermanos se extrañan de su ausencia; ¡era la regularidad en persona! Pero no hacen nada. La hermana encargada de la sacristía de la comunidad en donde celebraba la misa se preocupa de ver que se retrasa por primera vez en su vida. Corre a San Lázaro para informarse. Suben a su habitación y lo encuentran tendido en el suelo, inconsciente, con el rostro en tierra. Lo ha derribado un ataque de apoplejía. Muere aquel mismo día, a las 3 de la tarde.
Las últimas palabras de su última predicación tomaron de este modo un sentido de premonición: *Cuando el último día, después del Consummatum est de los últimos sufrimientos nuestra alma abandone el cuerpo que la mantiene cautiva si nuestro bienaventurado padre san Vicente encuentra en nosotros un gran espíritu de fe, una gran caridad y un cariño de predilección por la santísima Virgen, entonces nos presentara a ella, y María Inmaculada nos llevara a Jesús.*
Sus hermanos pensaron que él había ofrecido su vida a cambio de la que parecía amenazada.
El jueves 27 de abril celebro los funerales el padre Eugenio Vicart que le sucedería en el cargo de director de las hermanas y de admonitor del Superior general.
Aquellos funerales fueron servidos por los estudiantes de San Lázaro, uno de ellos era Felipe Meugniot, de 20 años, sobrino de Catalina, que conservó un recuerdo emocionado de aquella ceremonia: *Yo actuaba de turiferario. Al volverme en un momento de la ceremonia mi mirada cayó en sor Catalina que se encontraba en primera tila con su superiora (sor Dufés). Me llamo la atención el aspecto radiante de su rostro. No me lo explicaba, se trataría del recuerdo del reflejo celestial que habían tenido sus relaciones con el venerado difunto.*
Aquella serenidad se vería pronto agitada por una nueva tormenta.

CAPÍTULO 6
LA GUERRA y LA COMUNA (juli0 1870-junio 1871)

1.- LA GUERRA DE 1870

El 19 de julio de 1870 el emperador declara la guerra a Prusia. Los franceses que soñaban todavía con la epopeya napoleónica se sienten llenos de exaltación. Hasta las hermanas rezaban por la victoria, atestigua sor Josefina Tranchemer (44 años), bretona, legitimista, que sor Dufés considera como mujer «de piedad exaltada». Catalina no participa de aquel entusiasmo. Solamente dice: ¡pobres soldados!'.

La serpiente en el desierto

El 4 de agosto de 18 70 el padre Etienne publica una circular para incitar a la confianza. Evoca el extraordinario movimiento de gracia que experimentan los lazaristas y las hijas de la Caridad y lo pone en relación -más explícitamente que nunca- con la primera visión de Catalina: la del corazón de, san Vicente, «profundamente afligido por las grandes desgracias que van a caer sobre Francia». Las dos casas-madres gozaron de una especial protección en 1830 según la predicción de la desconocida vidente, afirma en esta carta.

Sitio de París

La guerra va mal: a comienzos de agosto, el desastre de Alsacia; luego el de Lorena. El 2 de septiembre capitula Sedan. Napoleón III se entrega prisionero. El imperio se derrumba. El 4 de septiembre se proclama la República. Los prusianos se acercan a París. El 13 y 14 de septiembre las hermanas de las 30 casas de los suburbios, acompañadas a veces de sus pobres, se refugian en la capital. En la casa madre se instala un ambulatorio.

Catalina trabaja en la cocina de Reuilly para preparar comida no sólo a los ancianos del hospicio, sino también a otros muchos pobres hambrientos que cada vez acuden en mayor número. A veces ha sido necesario repartir 1.200 comidas diarias. Dura tarea para las hermanas. ¡Y una prueba más dura todavía!

El 11 de septiembre de 1870 los superiores les conceden excepcionalmente la comunión diaria; en ella encuentran paz y energía.

El 18 de septiembre de 1870 los prusianos ponen sitio a París. Las hermanas se confían a la protección de María y ponen la «Medalla» en las puertas y ventanas de la casa: Conviene *disimularlas, dice una hermana. ¡No! -protesta Catalina. Ponedlas en el centro del portón*

Catalina superiora:

Durante los primeros días de asedio viene a visitarla a Enghien su sobrino Felipe, ya lazarista. La encuentra en su «garita de portera», en su pequeña habitación que mantiene despojada como si fuera una celda monástica: *No quería hablar de la tragedia de lo que pasaba. Pero su conversación fue más familiar que de costumbre. Me habló de su juventud, luego de su vida de comunidad. Solo me acuerdo de una cosa...: la Superiora general de las Hijas de la Caridad era, según creo, la madre Devos, muerta en olor de santidad) la llamó y le habló de nombrarla hermana sirviente (es decir, superiora de una casa).Madre, respondió sor Catalina. ¡Ya sabe usted que no soy capaz de ello! Y me mandaron de nuevo a Enghien, concluía ella. El tono que empleaba expresaba bien su pensamiento. Quería decir: ¡Y estuvo muy bien hecho!*

Catalina no tendrá el título de superiora, pero sabrá mostrarse superiora en aquella ocasión.

Metz capitula el 31 de octubre. Ante este hecho la revolución explota, para abortar enseguida. Esto no impide que el 14 de noviembre se celebre en la casa madre una toma de hábito para 30 hermanas, que irán a sustituir a las que fueron enviadas a Bicétre para atender a los enfermos de viruela. El 28 toman el hábito otras 23, con lo que puede enviarse un nuevo refuerzo al mismo hospital.

Hambre y cocina

En Reuilly las «clases y el asilo» se convierten en ambulatorios; el hospital militar de Val de Gráce, atendido por las hijas de la Caridad, establece allí un «anejo». El municipio encarga a las hermanas de distribuir la carne a los pequeños ambulatorios del barrio.
Se implanta el racionamiento. La escasez se convierte en hambre y complica la tarea de Catalina en la cocina económica. Los 40 caballos del almacén del Bon Marché, «tan hermosos, tan limpios, tan lustrosos y gordos», como no pueden ser alimentados, son vendidos para carne. Las hermanas de la calle del Bac se enteran demasiado tarde. ¡Los hubieran comprado!
La carne de asno se vende a *5* francos la libra y cuesta incluso trabajo encontrarla. No hay pescado ahumado, ni salchichas. Sólo arroz, pan y vino. Estamos racionadas a 30 gramos de carne por persona: se lee en el Diario del 10 de noviembre de 1870.El 13 de noviembre un conejo cuesta 20 francos; un gato, 8 francos. Se empieza a comer carne de perro («excelente»)... y de rata (p. 226).
Sor Catalina, a quien le gustaba servir con esplendidez, se ve obligada a aquella forma de ahorrar que no soportaba en sus primeros días de cocina al lado de sor Vincent. La joven sor Mauche, de 25 años (futura superiora general) no puede ver que se alimente tan mal a sus heridos. Se las ingenia para procurarles alguna «propina»; se mueve tanto que los enfermos la llaman «el judío errante». Un día, mientras las hermanas rezan en la capilla, los asilados celebran sus méritos con tanto entusiasmo que la comunidad los oye a través de los tabiques, incluida la hermana que oculta su cabeza entre las manos. ¡Había conseguido hacer para sus 90 enfermos un postre de naranjas bien regadas con 3 litros de ron, sonsacados al médico y al «comandante», un severo oficial de barba blanca. Aquel lujo disimulaba el hecho de que no había suficientes naranjas para todos.
Sor Catalina se las ingenia igualmente en la sala del ambulatorio, de que está encargada, según nos refiere sor Tranchemer.
Dos de sus sobrinas, Marta (6 años) y Juana (4 años), «delicadas de salud», se acordarán muchos años de las «golosinas» que ella les tenia preparadas cuando iban a visitarla a Reuilly, con permiso de sus superiores. Recuerdo nuestra alegría infantil, escribe Marta, cuando nos daba un panecillo blanco y una porción de guisantes asados con tocino, ¡cosas raras en aquellos momentos! Mi hermana, con su ingenuidad de niña, suplicaba a mi abuela (Tonina): *¡Otro guisante!*
Las «golosinas» se reservaban para los enfermos y los heridos. Las hermanas se contentaban con la ración normal. A sor Dufés le apena verlas «devorar a veces un trozo de pan negro y nada más» después de una jornada de duro trabajo. La joven sor Eugenia confesará más tarde que, ante de ponerse a fregar las ollas de servicio, miraba si estaba sola y, cuando nadie la veía, recogía con avidez las últimas cucharadas del fondo de la sopera.

Verdaderas y falsas esperanzas

Las hermanas siguen esperando ingenuamente que Dios concedería la victoria a los franceses.
Una de ellas moviliza la oración de Catalina. Esta le responde: *¡Pobres hijos! Rezad también por nuestros pobres soldados, tan desventurados en esta guerra terrible...*
Cuando se anuncia una pretendida victoria, sonríe con un aire de incredulidad: *¡Ave de mal agüero!,* protesta sor Tranchemer. Ella responde: *No se asuste. La Virgen nos protege. Ella tiene sus ojos sobre nosotras, sobre toda la comunidad.*
Sor Tranchemer, fascinada por aquella Catalina de la que sabe que es la vidente de la Medalla, no comprende su actitud: ¡parece ver solamente desgracias, capitulación, entrada de los prusianos en París! ¡Y sin embargo manifiesta una calma y una confianza total que invita a los demás a compartir!
El 16 de diciembre dos palomas mensajeras traen una noticia increíble: los prusianos han pasado el Loira. Orleáns ha caído. En París el 1 de enero es un día siniestro; nadie se atreve a festejar la entrada del año 1871. Pero el *Officiel* del 2 de enero asegura que «no se capitulará a ningún precio». Se cuenta con los 400.000 guardias nacionales para una salida en masa. Corren profecías sobre un gran combate que habrá de librarse bajo las murallas de París: sangriento pero victorioso...

Crudo invierno

Desde el mes de diciembre hiela fuertemente: el 5 de enero de 1871 el termómetro baja a 11 grados y medio bajo cero. Los obuses llueven copiosamente sobre la capital. Los niños venden los cascotes. Cuentan que entre un vendedor y su cliente hubo el siguiente diálogo: *¿A cuánto el cascote de obús? Se me han acabado, señor, los estoy esperando. Se inspeccionan los signos del cielo.*

El 17 de enero, a las 7 de la tarde, el huerto de Rouilly se cubre de nieve en polvo. Las jóvenes obreras, al volver a su casa, se admiran ante el color «extraordinario» del «horizonte, misterioso velado»; lo sienten como un presagio: *El cielo lleva el luto de todos nuestros lutos..., dice sor Tranchener.*

Catalina mira y no dice nada. Su compañera sabrá pronto que aquella misma tarde la Virgen se aparecía en la aldea de Pontmain, también en un decorado de nieve. ¿Pensaba en ello Catalina?, se pregunta sin obtener respuesta.

El 11 de febrero, «una aurora boreal llena de miedo» a todo el personal de la casa: las hermanas, los niños, los heridos. Pero Catalina no se asusta.

El 1 8 de enero, los generales Trochu y Ducrot preparan en secreto una salida para la que movilizan todas las fuerzas posibles. Vienen al ambulatorio de Catalina a buscar a todos los hombres válidos. Algunos no se han restablecido del todo: ¡*Pobres corderos!* -dice ella-; los *llevan al matadero.*

El día siguiente, 19 de enero es la salida por Buzenval. Las tropas llegan hasta las colinas de Montretout, Garcher y la Jonchére, pero han de replegarse en medio de un cruento fracaso.

Caída de París

El 26 de enero de 1871 caen 72 bombas sobre el hospital militar de Val de Gráce, a las cuatro y media de la mañana. La enfermera-una hija de la Caridad en vela-ordena la evacuación de los enfermos al piso superior. Apenas los últimos habían dejado la sala, se hunde el techo. El 29 se firma un armisticio. El 1 de marzo los alemanes entran en París.

2. LA COMUNA (MARZO-MAYO 1871)

Otra guerra

Llega una paz humillante. Pero además una paz siniestra y llena de amenazas. Rezando ante «la Virgen del huerto» con sor Catalina, sor Tranchemer le dice: *¡Comprende usted todo esto, sor Catalina: ¡Hemos capitulado y nuestros militares dicen que vamos* ti *tener una guerra! ¡Una guerra todavía más terrible que la otra!*

Catalina, aparentemente pesimista sobre los acontecimientos, irradia una paz y un confianza a prueba de los choques de cada día.

Sor Tranchemer cree acordarse de que ella había predicho la «guerra civil». De hecho, en la fecha que pone aquella conversación, el 21 de marzo, la Comuna está ya implantada después de una larga fermentación y de la creación de comités ocultos: desde el 2 de marzo. Aquel movimiento de resistencia popular, anárquico y laico, se muestra hostil a todo lo que recuerda al antiguo régimen: el clero y la familia real que subvencionaba el hospicio de Enghien. Las hermanas por tanto están «del otro lado». Su servicio incansable a todos los desgraciados les había atraído, sin embargo, la simpatía de muchos y ocupaban un puesto de prestigio en aquel barrio que la Comuna intentaba despertar a los nuevos ideales. Entre los comuneros de banda roja y palabras cálidas y las hermanas seguras de su fe y de su misión, extrañas al clima político que lo rodea todo, se quiera o no. habrá toda una serie de psicodramas que acabarán ordinariamente sin vencedores ni vencidos.

La nueva revolución es una explosión adolescente en la que se alían la violencia y la gentileza, la utopía y la organización, la ideología y la humanidad. Los humillados, promovidos a la palabra y al poder, no siempre se muestran dignos de su nueva situación. V el movimiento se verá a menudo desbordado por esos apasionados a quienes será un deber reprimir.

En la noche del 17 al 18 de marzo, el «día anterior a san José», los insurrectos toman por asalto la cima de Montmartre. El cañón ruge. Se oye desde Reuilly. La comuna se establece ahora en el Hótel de Ville y prepara elecciones para el 22 de marzo.
La víspera, sor Tranchemer se aprovecha de un momento de pausa para sondear a sor Catalina, cuyo aparente pesimismo hiere su patriotismo: *Pero, sor Catalina, ¿cómo supo usted lo que iba a pasar ¿Quién se lo dijo: ¿Fue su ángel ¿Fue Nuestro Señor: ... ¡Entonces sí no ha sido ni el ángel, ni nuestro Señor, habrá sido la Virgen!* Catalina elude toda respuesta y permanece sombría: *-¡Dios mío, cuánta sangre y cuántas ruinas!*
Sor Tranchemer, asustada por esta sombría perspectiva, acude a la superiora, que está hablando con el confesor de la casa, el padre Chinchon. Apenas llegado de Dax, ha ido directamente a Enghien, aquel 21 de marzo.: *¿Qué le ocurre?, le dice la superiora con sequedad, conoce bien la exaltación de la importuna, que exagera siempre las cosas.*
El padre Chinchon se calla. Sor Dufés continúa: ¡*Cállese! Usted pierde fácilmente la cabeza, como sor Catalina. ¡Vaya a decir todas esas predicciones a sus compañeras! ¿Es lo que quiere hacer? No. desde luego, hermana Pues entonces, mantenga el silencio*. Sí, hermana, concluye sor Trancherner.
Se retira, algo humillada, pero impresionada por la calma de sor Catalina y por su esperanza en el fondo de aquel horizonte tan sombrío.
De aquí se seguirá padre Chinchon, su confesor, intrigado por aquella conversación. Fue entonces cuando debió mandarle que escribiera las predicciones recibidas en la noche del 18 al 19 de julio de 1830, incluida la muerte del arzobispo, anunciada con un intervalo de 40 años.
Las elecciones que decidió la Comuna chocaban con muchas oposiciones. La empresa era arriesgada. Pero el nuevo régimen cuenta con el prestigio de su resistencia frente a los prusianos y de sus ideas por una sociedad nueva sobre las ruinas de un imperio hundido en la catástrofe. La participación se muestra superior a las previsiones: 229.000 electores de los 480.000 inscritos, la mayor parte de ellos en los barrios obreros. El 26 de marzo el nuevo gobierno empieza a legislar. A pesar de la antipropaganda de los versalleses, pone en marcha los servicios públicos, tasa el pan y la carne, controla el mercado y los comercios, reorganiza cl servicio sanitario (13 de abril), suprime el trabajo nocturno de los panaderos y el derecho que tenían entonces los patronos de imponer multa sobre los salarios (20 mayo). Prepara la elección de una cámara federal de trabajadores. Proliferan los comités revolucionarios.
La reacción contra la antigua sociedad incluye el anticlericalismo. Las hermanas no encuentran sitio en esta nueva sociedad. Están amenazadas. El pesimismo las domina. Y entonces Catalina las tranquiliza: *La Virgen velará y lo solucionará todo. No nos pasará nada malo.* Y también: *Hay que rezar para que Dios abrevie los días malos.*

Un sueño

En los primeros días de abril, sor Dufés, preocupada, recibe la visita de sor Catalina en su habitación: *Me dijo con su sencillez habitual: Madre, la Virgen ha venido a verla y no la ha encontrado. ¿Cómo? -le dije- ¿Ha venido la Virgen? Sí, madre, ha entrado en la habitación de la comunidad y han preguntado por usted. Como no estaba, ha ido a su despacho. Se ha sentado en su sitio y me ha dicho: «Dígale a sor Dufés que esté tranquila, que un no pasara nada a esta casa, que puede marcharse. Ocupare yo su lugar. Luego sor Catalina me anuncio que tendría que dejar la casa, que marcharía con sor d'Aragon, cuya familia deseaba concedernos hospedaje, y que no regresaría hasta el 31 de mayo.*
Sor Dufés se encoge de hombros. ¡Un bonito sueño!
Pero el «sueño» ha llamado la atención. Le preguntan a sor Catalina durante el recreo. Sor Maurel d'Aragon que no estaba entonces le pregunta al día siguiente. Recoge otra versión que se resume en lo siguiente: *Cuando vi a la santísima Virgen, fui a buscarle para que le rindiera usted los honores de la casa y fue usted la que la condujo a sor Dufés. Se sentó en el despacho diciendo que ella guardaría la casa. Luego desapareció.*
La comunicación de sor Catalina no se tomó en serio: un espejismo que suele darse en los días turbios. La acogieron con más sentido de humor que de tragedia. La misma Catalina estaba asustada de haber hecho a

las demás esta confidencia. Aquel mismo día se encontró con sor Dufés y le dijo: *Madre, no hay que hacer mucho caso de lo que he contado. -Pero, hermana, ¡si ni siquiera he pensado en ello!,* respondió la hermana sirviente.
Para todo el mundo se trataba sólo de un sueño fantástico. Pero más tarde, cuando se cumplió, sor Dufés lo tuvo por una visión.
Catalina se lo confirmaría más tarde. Sor Clara d'Aragon estaba convencida de que, si Catalina habló de *sueño* por entonces, «fue por humildad». Sin embargo, la mayor parte de los testigos lo refieren como un sueño.

Viernes Santo (27 de abril)

Los acontecimientos se precipitan en aquella caliente primavera.
El 7 de abril, Viernes Santo, alerta en el hospital improvisado en donde las hermanas atienden a unos 200 soldados. Dos de ellos «fueron a denunciar la presencia de dos gendarmes en el ambulatorio. El hecho era exacto».
Eran dos heridos. Pero la noticia es explosiva, porque «los gendarmes de Versalles fusilan y asesinan a los patriotas» dicen los carteles de la Comuna.
La gente acude a casa de las hermanas para apoderarse de aquellos dos hombres y fusilarlos. No pudieron escapar y fueron llevados al cuerpo de guardia.
Parecía que no había esperanza para ellos. Pero sor Dufés corre al cuartel de Reuilly e insiste: *Esos gendarmes no han tomado parte en ninguna expedición contra el pueblo. Están enfermos. Se encuentran en el ambulatorio por prescripción médica.*
Su autoridad obtiene lo imposible. Le devuelven aquellos dos hombres: *¡Están bajo su responsabilidad!*
Las cosas se solucionaron de momento.

Una pascua violenta (29 de abril)

Dos días más tarde, el domingo de pascua, nueva y última visita del padre Chinchon, ya que los atrevidos viajan en estos tiempos agitados. El padre Chinchon se va a Bruselas antes de volver a Dax. Confiesa a las hermanas. Catalina, su penitente desde hace 20 años, se aprovecha de la ocasión. ¿Le entrega entonces las profecías de la libreta negra, « 15 centímetros por 21», cuyo contenido impresionó mucho al padre Serpette, cuando lo leyó en Dax? El padre Chinchon celebra la misa que no habían oído hacía ya tiempo. ¡Una fiesta de pascua maravillosa! En medio del desconcierto y de la incertidumbre, la Eucaristía adquiere todo su valor transcendente en la muerte y resurrección de Cristo, con un alcance insospechado. El gozo y la paz relativizan las privaciones, las preocupaciones y los dramas cotidianos.
Aquella tarde de pascua, durante el recreo, una turba de 100 comuneros armados invade de nuevo la casa. Esta vez va al frente de ellos el nuevo alcalde del XII distrito de París.
Se había criticado la liberación de los dos gendarmes. ¿Cómo es que los representantes del pueblo se dejaron influir por las palabras de una monja, sin duda cómplice de la reacción? Los que aquella mañana cedieron ante ella habían perdido la cabeza. La gente hostil viene tumultuosamente a buscar a los gendarmes.
Las hermanas resisten. Una de ellas reconoce en primera fila a un hombre a cuya familia había estado alimentando durante el asedio.
-*¿Usted?,* exclama.
El procura esconderse entre los demás, sin atreverse a intervenir para calmar a sus camaradas. Entregadnos *a los dos gendarmes. -¡Jamás!,* responde sor Dufés.
Se levantan los sables, las manos se tienden hacia ella, pero sin atreverse a tocarla. Uno de los guardias móviles, que había denunciado a los dos gendarmes, fuerza la barrera de las hermanas, «seguido de los guardias», y empieza una inspección de la casa en busca de los dos proscritos que conocía perfectamente por haber pasado dos meses con ellos. Uno de ellos estaba muy bien oculto y no lo encontraron. El otro estaba en cama y Dios permitió que el guardia lo viera, pasara delante de él y no lo reconociera. El fracaso

de la inspección subleva los ánimos. Sor Dufés encaja con valentía la situación. Pero su autoridad no sirve de nada. Uno de los invasores le echa mano y se la quiere llevar a la fuerza: *O los gendarmes o la superiora,* grita. *¡Ella se ha hecho responsable!*
Los enfermos y los soldados heridos la protegen. Se acercan las 30 hermanas (entre ellas Catalina) y forman un grupo en torno a ella. ¡Las llevarán a todas o a ninguna! La solidaridad de aquellas 30 mujeres plantea el problema de aquel hospital, cuyo servicio es preciso asegurar. El psicodrama se trasforma en comedia: *¿Qué queréis que hagamos con todas estas golondrinas asustadas?,* exclama el alcalde del distrito XII.
Aquella salida salva la situación. Pero añade: *Mañana tendréis noticias mías.*
Las cosas quedan así. Son las 10 de la noche. Las hermanas se sienten asombradas por aquéllas oleadas de violencia en su propia casa. El comandante ha tenido un lenguaje truculento, «inconveniente». ¡Nunca habían visto nada semejante, ni siquiera las que habían estado en el Medio Oriente o en los Estados Unidos!

Lunes de pascua

Las hermanas, que cuentan con muchas amistades en el barrio, reciben un aviso discreto de que se ha firmado una «orden regular de arresto» contra sor Dufés, por «conspiración con los Orleáns», fundadores del hospicio de Enghien. Dos religiosas de Picpus de un convento cercano y dos hijas de la Caridad han sido ya conducidas a la cárcel de San Lázaro. No respetarán a sor Dufés. Se la fuerza a que desaparezca.
El lunes de pascua, 10 de abril, a las 11, se escapa aprovechando el momento en que los guardias nacionales están en el bar. Se lleva consigo no a sor d'Aragon, como había predicho sor Catalina, sino a sor Tanguy. Aquella misma tarde llegan a Versalles en donde tiene sus cuarteles el ejército regular. Pero al llegar, sor Dufés se siente preocupada: ¿cómo se le habrá ocurrido llevarse a sor Tanguy, dejando a la comunidad sin cabeza, en una situación tan difícil?
De hecho, la comunidad ha reaccionado bien. Ha encontrado una cabeza para enfrentarse con la situación dramática...

Catalina en el cuartel general

Mientras sor Dufés se eclipsaba, «una hermana» que el *Diario* de la Comuna mantiene en el anonimato, tuvo la idea genial de tomar la delantera y de dirigirse al cuartel general de los insurrectos de Reuilly. Más vale discutir las cosas allí que en su casa. Y de esta manera se disimula la huida de sor llufés.
¿Ouién es la hermana anónima? Ni sor Tanguy, que acaba de marcharse, ni sor Mauche, que es aún demasiado joven. Es Catalina, la antigua, responsable ya del hospicio de Enghien j` y suplente de la superiora en su ausencia. El anonimato de las notas de la época se explica muy bien por la discreción que es de rigor cuando se trata de Catalina, cuyo secreto hay que mantener.
Viene tranquilamente a defender la causa de su superiora ante el nuevo alcalde del distrito XII. Recuerda los tiempos en que también su padre era alcalde de Fain. ¡Pero aquí hay gente elegante con banda roja! ¡Para impresionar a gente menos sólida que ella!
Esta visita inquieta a los comuneros, preocupados por sus relaciones tensas con las hermanas, a las que apoya la opinión pública y cuya utilidad reconoce todo el mundo. Catalina se asombra de la facilidad con la que «pudo entrar en aquel santuario».
Se encontró ante unos sesenta individuos, sentados unos alrededor de una mesa y los otros armados de fusil, otros comiendo 0 fumando, todos enfajados de bandas rojas que les subían hasta el cuello, escribe la crónica del Diario con cierta exageración.
La Comuna está al tanto del asunto. Apenas empieza sor Catalina a defender la causa de sor Dufés, la acoge una sarta de invectivas. Ella «sufre» la afrenta sin rechistar, todo el tiempo necesario, en pie y tranquila.
Cuando han vaciado el saco y pregunta: ¿Me *permiten que me explique?*
Había sabido escoger el momento. Instintivamente Catalina sigue la antigua regla del evangelio: ante los tribunales no preocupaos de lo que vais a decir; el Espíritu Santo os lo inspirará. Se explica «con decisión y

con pocas palabras». Su laconismo favorece su causa. Según la cronista, su argumento era el siguiente: La superiora había quedado libre de su responsabilidad, ya que había recibido de la misma Comuna pasaportes con sello oficial para los gendarmes, que, naturalmente, habían podido servirse de ellos.
¡Es falso! *¡Es falso!* -gritan-. *Además, nos lo debíais haber dicho...*
La sangre borgoñona de Catalina arde en sus venas. -;Cómo? -responde-. ¿*Nos toca a nosotras hacer de policía? Apenas hemos visto un pasaporte, con vuestro sello, ¿debemos sospechar de él?*
La quieren coger. Pero ella apela al orden y a la regularidad de los prestigiosos papeles de que tanto se honra la Comuna: -*¡Muéstreme su orden de arresto! ¡Su mandato!,* dice con coraje. El comandante del destacamento echa mano del sable: ¡*Aquí está mi orden y mi mandato!*
La rodean varios hombres con la banda roja. Pero uno de los soldados, al que había estado cuidando en el ambulatorio, un hombre de corazón, se levante más pronto que los demás.
Tomando a la hermana con los dos brazos, la aparta de aquellos locos. La agarró tan fuerte, que la hermana todavía tiene los brazos amoratados, indica la cronista.
Quizá ha sido tratada de un modo brusco.
Pero lo mejor es que puede salir libremente del ayuntamiento. ¡Ha ganado!
Aquella noche pudieron sacar a los dos guardias nacionales que estaban en la casa de Reuilly.
¿Volverán los comuneros?, se preguntaban temblando las hermanas. El relato del sable desenvainado les impresiona. Y también los brazos «amoratados» que Catalina tuvo que enseñarles al regresar...
La Comuna espera durar, tiene, por tanto, que avenirse con las Hermanas que viven tan intrépidamente en este barrio.

Medallas e inseguridad

El 23 de abril se intensifican los combates. Se observa una gran agitación. Se prepara la batalla para el día siguiente. Los comuneros acuden, pero esta vez para pedir medallas Catalina. Las que ella había dado habían demostrado su eficacia. Un joven, blasfemo habitual, quiere una. *¿Adónde va tan corriendo?* le dice sor Tranchemer. ¡A *buscar una medalla! ¡Pero si no cree en Dios ni en el diablo! ¿Para qué la quiere? Es verdad, pero mañana vamos a luchar. ¡Ella me protegerá! Vaya, pues: esperemos que ella lo convierta:* responde sor Tranchemer.
El otro está dispuesto a todo para conseguir lo que quiere y Catalina distribuye generosamente las medallas, sin acepción de ideas ni de personas. La Virgen reconocerá a los suyos y convertirá a los demás. Catalina se fía de ella.
La vida prosigue en Enghien-Reuilly. Catalina se dedica a sus tareas, más duras todavía porque ha disminuido el número de hermanas en medio de la tormenta. De 33 ahora sólo quedan 14.
Es el sofoco con la carga, la cocina, los víveres, las presiones de la Comuna, la inseguridad de los ancianos y de los niños... Se ha encontrado la manera de enviar a las mujeres ancianas a Ballainvilliers a casa de sor Mettavent, en una zona tranquila. De los huérfanos algunos han ido a casa de sus familiares, más o menos lejanos, los que los tienen. Pero todavía quedan unos treinta. ¿Qué hacer con ellos? El doctor Marjolin, médico del hospital de Santa Eugenia (hoy Trousseau), al ver la situación, «viene espontáneamente a ofrecerles su casa de convalecencia de Epinay-sous-Bois (Seine et Marne)». Sor Millon se los lleva «al abrigo de todo peligro».
Estoy convencida *de* que debemos a la protección de la Virgen estos *felices* resultados y que sor Catalina no es extraña *a* todo *ello:* dice *sor* Millon en el proceso de canonización.

Cómo se cumplió la profecía

Entretanto en Versalles sor Dufés, lejos de sus responsabilidades, se siente devorada por la preocupación. Al día siguiente de su llegada, 11 de abril, comienza la batalla entre versalleses y comuneros. ¿Qué ocurrirá en casa? ¿Y cómo se le habrá ocurrido llevarse al elemento más sólido y dinámico de la comunidad, sor Angélica Tanguy? ¡Está dispuesta a volver! Afortunadamente sor Tanguy le quita de la cabeza este

proyecto suicida. Será ella la que vuelva a Enghien. Sor Dufés acepta, aliviada: *Envíeme a sor Clara d'Aragon. Y si la situación se prolonga, me iré con ella hacia el sur.*
La familia de sor Clara vive cerca de Toulouse. Les ha ofrecido hospedaje. Fue también en Toulouse donde sor Dufés fue destinada a la casa Saint-Michel cuando salió del seminario hace 30 años.
El 17 ó 18 de abril sor Tanguy vuelve a la casa de Enghien. Inmediatamente ordena a sor Clara que vaya a Versalles. Sor Dufés se marchó enseguida a Toulouse con su nueva compañera; llegó el 20 de abril. Estará allí más de un mes. Así se realiza la predicción de Catalina.
-Yo no pensaba ya en aquello, dirá más tarde sor Dufés. Pero luego, aquella relación me impresionó mucho.

Las ciudadanas

Apenas volver, sor Tanguy reanudó la dirección de la escuela que seguía funcionando, como podía, con el personal que quedaba y con los locales todavía llenos de heridos. El 18 de abril llegan dos mujeres, ciudadanas con banda roja: *Venimos a sustituir a las hermanas.*
Vienen con una misión. Se trata de educar a los niños en el nuevo espíritu, evitando «todo cuanto pudiera violentar sus jóvenes conciencias». Esto supone que no hay que «hablarles de Dios», «quitar el crucifijo, dejar de darles el catecismo», etc.
Aquel día las ciudadanas no van más allá. Se marchan diciendo: *Volveremos.*
Y no tardan. Una antigua alumna de sor Angélica se presenta para «ocupar el puesto de directora». La antigua maestra increpa a la antigua alumna que ha venido a suplantarla: *¿Cómo? ¿Eres tú, ciudadana? ¿Y aceptas tú ese mandato? ¿No te da vergüenza?*
Ella no quiere escuchar. Se instala en el pupitre como había visto hacer a sor Tanguy en otros tiempos y se dispone a mandar un deber a las niñas. Pero una de ellas se pone de rodillas. Las otras hacen lo mismo: *Perdón, señora; no hemos rezado. Nuestra maestra nos hacía empezar siempre así.*
Una vez más, la solidaridad va contra corriente. Las hijas de María vigilan en la casa para que no roben nada. Van ocultando poco a poco lo que parecía más amenazado.
Las ciudadanas se han convertido en la preocupación primordial. Están allí para pisar el terreno a las hermanas. Una de ellas es terrible: la «Valentin», a la que los testigos califican de «monstruosa» sin más precisión.

Catalina y la «monstruosa» Valentin

En la segunda quincena de abril dos comuneros armados atraviesan el huerto de Reuilly, entran en el pequeño comedor de Enghien y preguntan por sor Catalina. Hay allí dos hermanas con pocas prisas por atenderles. Ellos ponen el revólver bajo la garganta de una de ellas. Sor Tranchemer interviene: ¡*Desgraciado! ¡Esa no es sor Catalina! Guárdese el arma y yo le diré quién es, si me asegura usted que no le hará ningún daño. Vengo a buscarla para llevarla a Reuilly. La busca el ciudadano Felipe, pero no le haremos daño. Yo mismo la devolveré.¡Aquí está...! Pero guárdese el arma Las hermanas no tienen necesidad de eso para ir, si lo que les piden no va contra su conciencia.*
Las hermanas la ven marcharse, con el corazón en un puño. Hablan de rehenes, de ejecuciones... Se ponen a rezar, tienen las «ventanas abiertas» y aguardan el ruido de «un disparo». Pasan dos horas, que parecieron «mortales».
Pero Catalina volvió escoltada por sus dos guardias. Tuvieron muchas consideraciones con ella. Si la habían interrogado, no era por el proceso a las hermanas, sino por la «Valentin»..., y como testigo de cargo. La Comuna estaba harta de los abusos de aquella exaltada. Y quería dar un ejemplo. ¿Por qué citar a Catalina? ¿Acaso por la confianza que inspiraba? ¿0 porque era ella la que más había padecido por culpa de la «ciudadana»?
Lo que el tribunal esperaba era una acusación firme de aquella hermana que sabía hablar con justicia. ¡Sorpresa! Se erige en testigo de «descargo» y excusa a la Valentin. ¡Estas monjas desconciertan a todo el mundo! Nunca se sabe de qué lado están. ¡Y los jueces tendrán que tener misericordia!

Última misa en Reuilly

La tarde del 23 de abril, segundo domingo de pascua, el padre Mailly, procurador de San Lázaro, intrépido «metomentodo», viene en busca de noticias. Llevan quince días «sin misa ni comunión». Promete venir al día siguiente y cumple con su palabra. Sabe pasar desapercibido según los sectores que atraviesa. Y allí está el lunes día 24, por la mañana. Su nuevo disfraz hace sonreír a las hermanas. Parece «un artista decorador de tercera categoría» (sic). Pero trae también una sotana envuelta en un paquete. Les celebra la misa, confiesa hasta las 9 y se eclipsa a continuación.

Hace bien, porque esta misa ha sido descubierta. Además, dejó a las hermanas todo un cargamento de provisiones enviadas por los ingleses para las familias pobres. El reparto comienza poco después de su marcha.

Distribución agitada

«A las 10» llegan los delegados de la Comuna. Hay más de 200 personas haciendo cola en la calle. Las hermanas han empezado a repartir las provisiones. Por consejo del padre Mailly, deseoso de evitar la aglomeración, el enfado de los que se quedaran sin nada, les han dicho: *Buena gente, ¡sólo habrá para los primeros! La espera es resignada pero ansiosa. -¡Detened la distribución!, ordenan los delegados. Señores, anúncienlo ustedes mismos. Las mujeres del barrio nos sacarán los ojos si las despedimos con las manos vacías. -Bien, dicen los delegados. Dicho y hecho. ¡La comuna requisa todos estos víveres!, anuncian.*

Se organiza un lío tremendo. Los delegados tienen que recurrir a un pelotón de guardias nacionales armados para llevarse los toneles de galletas y de salazones. Pero aquel despliegue de fuerzas no soluciona nada. La «irritación popular» toma las proporciones de un motín. Los delegados renuncian: *¡Que siga la distribución!.Ciudadanos, háganla ustedes mismos, dicen cortésmente a las hermanas.*

Aquel honor les halaga. Pero no resulta fácil distribuir unos víveres limitados a un montón de gente hambrienta. Deseando reparar la mala impresión, los recién llegados se muestran amables. Intentan «atender» a todo el mundo a la vez. De nuevo cunde el desorden: «la calle parece un concierto de gritos y de chillidos»: ¡Esa es una ladrona!, grita un niño, ¡es la tercera vez que pasa! después de dejar en sitio seguro lo que le habían dado! La agitación aumenta. Nadie se entiende. Desbordados, desgañitados, los delegados piden consejo a las hermanas para apaciguar a la multitud. Ellas acuden. El orden vuelve con la confianza de la gente. Los delegados se admiran: -¿Es que tienen ustedes muchas escenas de esta clase?, pregunta uno de ellos al final de la distribución. -Desde luego, señor. Todos los días en la cocina económica -Bien. Les deseo mucha suerte.

Y se van.

Catalina sigue siempre tan mente: -¡Calma! ¡No pasará nada!

Y sigue atendiendo a los ancianos y a los heridos. La escasez creciente la aflige, pero consigue que la vayan aceptando sin pánico.

Medallas y bandas rojas

Acude con frecuencia a la calle de Picpus n.° 12, al lado de Enghien, que hay que vigilar'. Sus medallas tienen éxito. Los comuneros de guardia hacen que les releven un momento sus compañeros, para venir a buscarlas. Ella se las da a todo el que viene, con unas palabras de estímulo adaptadas a cada uno. Acude incluso Siron, el jefe de los ocupantes, un antiguo condenado a galeras que viene a pedir más. Catalina, no hace acepción de personas. Y aquel bandido sin disimular dice abiertamente: *¡Me quedé totalmente cambiado!* Y se convierte en defensor de las hermanas.

El paroxismo

Lo necesitaban. Porque la lucha entre Versalles y París se fue endureciendo. La violencia se exasperaba en aquellos combates desesperados. El 28 de abril un club vota la muerte del arzobispo de París.

En Reuilly se lanzan acusaciones contra las hermanas. La imaginación se desboca en aquella hora en que era preciso saciar una de las necesidades más antiguas de la sociedad: encontrar chivos expiatorios. Acusan a las hermanas de haber matado a tres mujeres del barrio. Citan a Catalina ante el ciudadano Felipe

para un interrogatorio del que sale airosa a fuerza de calma. El 28 llegan unos hombres encolerizados, con los fusiles cargados. Penetran en la sala de la comunidad. Las hermanas, reunidas en número de 14, se refugian en el primer piso de la lavandería, inmediatamente encima. A través del suelo oyen los gritos y amenazas.

Viático

Al día siguiente, una de ellas temiendo una profanación va a buscar el copón de la capilla. Lo deja sobre una mesita, con dos velas encendidas. Con toda paz adoran al Señor, atentas a lo que pudiera pasar. El sacerdocio de los fieles recobra sus dimensiones en época de crisis.
Abajo, los ocupantes descubren las botellas de vino destinadas para el ambulatorio. ¿Estaban en aquella famosa «cueva», que será la última morada de Catalina? Aquellas botellas no las habían ocultado las hijas de María. Saltan los tapones. La inspección estimulada por este hallazgo, sigue en medio de una euforia exaltada, con amenazas de muerte contra las hermanas. Los delegados suben armando ruido. Vacilan ante la puerta de la lavandería. Se animan mutuamente: *¿Entramos?*
Siron está allí. Los detiene y grita a través de la puerta: *No teman, hermanas. Antes de tocarlas tendrán que pasar sobre mi cuerpo.*
Allí arriba, se acuesta delante de la puerta y se queda dormido, bajo el efecto de las libaciones. Los demás le imitan. ¿Qué hacer? A medianoche, entre el 29 y el 30 de abril, las hermanas comulgan con sus manos. ¿El viático? Se sienten con fuerzas, como Elías, para caminar 40 días y 40 noches. Vuelve el silencio. Entreabren la puerta. Los comuneros están profundamente dormidos. De puntillas saltan sobre los cuerpos tumbados.
Se juntan en la otra parte de la casa y se preparan a marchar. A Catalina le cuesta dejar a sus ancianos. Si por ella fuese, se quedaría. Pero no es ella la que manda, Hay que obedecer.

La corona

Antes de abandonar la casa va a arrodillarse por última vez ante la estatua de la Virgen. Mañana, primero de mayo, empezará el mes de María: *¡Volveremos antes de que acabe el mes!, dice Catalina!*
Las hermanas rezan y entonan un cántico. Ni un solo comunero se atreve a intervenir. ¡Ni la «Valentin»! Catalina le quita la corona a la estatua para evitar toda profanación. *Te la devolveré: le dice a la Virgen.*
Los ocupantes las dejan marchar después de haberlas sometido a un registro minucioso. Vacían en el suelo sus sacos azules en medio de bromas.
-No os asustéis. No pasará nada grave: dice sor Catalina a las hermanas.

3.- EL ÉXODO

A las 6 de la tarde suben a un ómnibus. Por el camino observan un ambiente enrarecido. La gente, furiosa contra todo lo que se refiere al clero, insulta a las hermanas. Pero el trayecto es directo y rápido. Una hora más tarde, a las 7, llegan a Saint-Denis, a casa de sor Randier.

Saint-Denis

Felipe Meugniot, el sobrino de Catalina, había pasado aquel mismo día por allí Acaba de marcharse, disfrazado de viajante de comercio, con las manos en los bolsillos, sin breviario desde luego, confiado en una especie de pasaporte extraño, que enseña a los «ultranzas».
Con este nombre se designaba a los agentes de la Comuna, «partidarios de la guerra a ultranza» contra los alemanes. Catalina estuvo a punto de encontrarse con su sobrino; pero él marchó para Loos, donde estuvo enseñando casi sin libros.
Sor Randier las acoge con cariño. Había sido la tercera superiora de Catalina en Enghien, de 1852 a 1855. Pero desgraciadamente la administración sólo le autorizaba a alojar a una sola persona.

La comunidad de Reuilly se dispersa, según las ocasiones o relaciones familiares o comunitarias. La mitad ya se habían separado antes de llegar a Saint-Denis. Al día siguiente, sor Angélica parte para Toulouse al encuentro de sor Dufés.

Al día siguiente, 1 de mayo, a las 11 no quedan en SaintDenis más que las dos antiguas, sor Catalina (65 años) y sor Tranchemer (45 años). En medio de la incertidumbre, de la dispersión y las despedidas, Catalina siente que explota en ella todo el cansancio y la tensión acumulada. Piensa en la muerte, con la preocupación de lo mucho que debe a la Virgen: todo lo que se le ha rehusado aún. En el momento en que sor Angélica, valiente y joven, va a unirse con sor Dufes y todas las demás se desparraman, ella siente la necesidad de no estar sola, pero quizás también la de sostener el espíritu frágil de sor Tranchemer.

Cuando los versalleses empiezan el bombardeo de la capital, le dice a su compañera: *Ya estarnos solas, las dos más antiguas. ¿Qué vamos a hacer? -Sor Randier quiere que nos quedemos. Sí, pero yo sola. Bajan al jardín: No me encuentro bien, le confía Catalina. Tengo muchos años. Puedo morirme. Me gustaría tener una compañera a mi lado. ¿Quiere seguirme usted? ¡Claro que sí, sor Catalina! ¡Estoy a su disposición! -Gracias. No nos separaremos.*

Y va a dar las gracias a sor Randier, que les pide se queden a descansar allí aquella noche.

Ballainvilliers (2-30 mayo)

El martes. 2 de mayo, las dos hermanas .salen para 13allainvilliers. Catalina le dice entonces a su compañera: *Tengo algo que confiarle para el momento de mi muerte. No puedo decírselo a ninguna hermana extraña. Me gustaría tener una compañera para ello... Será usted. ¡Marchemos, entonces!*

Se pone en camino con una «sonrisa». Aquel mismo martes, a las 5 de la tarde, las dos quedan «instaladas en el castillo de Ballainvilliers», en casa de sor Mettavent.

Es una mujer decidida, de unos cincuenta años. Ha bregado por el Medio Oriente: Constantinopla. Alejandría. Conoció allí todo lo peor: cólera (1865), revueltas, calumnias, un océano de miserias, una terrible mortandad. Destinada a Ballainvilliers poco antes de 1870, ya ha fundado allí un asilo de huérfanos, una escuela maternal, una farmacia, además de la escuela que había cuando llego. Durante la guerra ha organizado dos ambulatorios, ha recogido a los ancianos abandonados. Su intervención ante los prusianos ha salvado a muchos condenados, entre ellos a un padre de familia. Un día se encontró con una columna de 300 prisioneros franceses muriéndose de hambre y de frío y ordenó requisar por su cuenta en las panaderías todo lo que pudo. Lo distribuyó ante los ojos de los prusianos, mudos de admiración. Al abrirse las puertas de París después del asedio, marchó con un carro grande de víveres para la casa madre, en donde había sido administradora de 1866 a 1868. Los centinelas alemanes le habían dado el alto como a los demás, pero un oficial prusiano la reconoció: tomó las riendas del caballo y lo hizo pasar con todas sus provisiones. En Ballainvilliers procura salvar ahora a la aldea del pillaje y organiza distribuciones equitativas. Se ha preocupado de ocultar una provisión de trigo, reservándola para la siembra. Se la dará a los campesinos que han huido, cuando regresen.

Catalina y su compañera cooperan con gusto con la valiente superiora de la casa. Es también ella la que había acogido hace algunas semanas a las ancianas de Reuilly: era una de las razones que atrajeron allá a Catalina. Se encuentra entre personas conocidas.

Le escribe a sor Dufés una carta de 8 páginas. Aquella carta, destruida desgraciadamente, ha dejado el recuerdo de una predicción que entonces parecía no tener sentido: ¡toda la comunidad estará en Reuifly para clausurar el mes de María!.

El mes de mayo va avanzando. Las violencias se exasperan cada vez más.

Los sacerdotes no pueden circular con sotana, so pena de arresto. Los lazaristas se visten de paisano, de «pekinés», como se dice entonces: *Se creerá que todo está perdido y cerrarán las iglesias, había dicho sor Catalina.*

El 16 de mayo se derriba la columna Vendóme en medio de la algazara popular.

El 18 un batallón de «vengadores de la República» saquea Nuestra Señora de las Victorias, sede de una archicofradía mundialmente extendida, que tiene como insignia la Medalla milagrosa. Catalina se entera de la noticia: *Han tocado a la Virgen. No llegarán muy lejos.*

A Cecilia Delaporte, lavandera de Keuilly, una mujer con la que ha tratado muchas veces, le confirma tranquilamente: *La santísima Virgen guarda nuestra casa. La encontraremos intacta.*

Muerte del arzobispo

El 21 de mayo las tropas versallesas entran en París por la puerta de Saint-Cloud''. Empieza una semana de duros combates. Los rehenes tomados por la Comuna se ven amenazados. El arzobispo de París, monseñor Darboy, es fusilado en la cárcel de la Koquette el 24 de mayo, junto con el párroco de la Madeleine, 5 jesuitas, otros 15 sacerdotes y 45 gendarmes.
Catalina había vislumbrado la muerte del arzobispo hacía 40 años. El padre Chinchon, su confesor, había recogido esta predicción al pasar por Reuilly a finales de marzo. La tenía consignada en una libreta negra. Al volver a Dax el 19 de mayo confió esta predicción a sus hermanos, por la mañana: 5 días antes del fusilamiento de los rehenes, asegura el padre Serpette, joven lazarista (22 años), testigo de aquella conversación. Impresionado por ese anuncio fue a ver aquella misma tarde al padre Chinchon, confesor de Catalina, que hojeó con él la famosa libreta negra.
Me leyó dos líneas, que predecían la muerte de monseñor Darboy. Me dijo que los demás sacerdotes serían también fusilados... Corrieron lágrimas por sus ojos... Me despidió, sin darme la bendición, como suele hacerse al final de la comunicación espiritual. Estaba muy impresionado. A partir de aquel día, cuando podía hablar con algunos de los padres que leían el periódico, les preguntaba siempre si había noticias del arzobispo de París. Llegaron por fin, terribles.
Desgraciadamente, esa libreta no ha podido encontrarse, ni siquiera identificarse con exactitud.

La protección de la Virgen

El 27 de mayo, sor Tranchemer al volver de Longiumeau ve el resplandor de un incendio en el centro de París. Exclama: -¡'París está ardiendo! ¿Qué va a pasar con la casa-madre? Catalina está imperturbable.
-No tema por nuestras casas. La santísima Virgen las guarda. No pasará nada.
Sin embargo, la comunidad vive en medio de la tragedia. San Lázaro ha sido cercado por los guardias nacionales. El 105° de Ligne ha instalado un puesto permanente en el locutorio. Los últimos hermanos lazaristas dejan la capital para irse a Dax. Les gustaría evacuar también a las hermanas del seminario, pero los delegados se oponen a ello durante toda la jornada. A las 10 de la noche es cuando toman el tren para el Berceau de san Vicente, el 27 de mayo.
En la casa madre ya hace varios días que no se celebra la misa. El padre Mailly sigue celebrando por diversos sitios; el 24 de mayo se arriesga a pasar el muro de los Incurables (hoy Laennec) para celebrar una misa en la capilla de la Medalla milagrosa.
Los obuses llueven. Uno de ellos cae sobre los muros del Seminario y rebota en la puerta del refectorio de San José. No explota. Otro penetra en un dormitorio y prende fuego. Un comando se introduce en el hospital de los Incurables y tirotea a la casa. Los federados responden desde la enfermería, desde las cocinas, desde el huerto. La superiora general reúne a la comunidad en el obrador de S. José y le da sus consignas. En el interior, las hermanas rezan. Fuera los tiros se entrecruzan. El Consejo de estado, las Tullerías, el Louvre están en llamas. Por la tarde se oyen violentas explosiones: es el polvorín del Luxembourg que salta. El incendio se propaga toda aquella jornada del 24 de mayo, hasta los muelles del Sena. Los combates prosiguen encarnizados, los cadáveres se acumulan en las aceras. Pero ninguna víctima entre las hermanas.
Sin embargo, todo es drama, todo es urgencia, todo es incertidumbre. En la calle del Infierno se levanta una barricada junto al asilo de niños expósitos, que dirigen las hijas de la Caridad. Los insurrectos, en posición insostenible, dan la orden de evacuar el asilo porque van a incendiar el edificio. En un cuarto de hora habría que llevarse a 700 bebés en pleno combate. ¡Es imposible! La hermana superiora se pone de rodillas ante el comandante. El revoca su decisión diciendo: -Hermana, yo creo en Dios, no quemarán su casa.

Da orden a los artilleros que se lleven los cañones que acaban de colocar. Le obedecen. Pero no se revoca impunemente una orden desesperada: los insurrectos lo cogen y lo fusilan allí mismo por haber debilitado la resistencia.
¿Cómo es que una vez más las hermanas y sus enfermos salen indemnes en la calle del Bac, del Infierno y en los demás sitios:? El 28 de mayo el ejército de Versalles domina París.

4. REGRESO A ENGHIEN (31 DE MAYO)

Sor Dufés recibe en Toulouse un telegrama para que vuelva. En Versalles se encuentra con las compañeras de Ballainvilliers: con Catalina y sor Tranchemer. Les hubiera gustado volver aquel mismo martes, día 30, pero necesitan un permiso y les cuesta tiempo obtenerlo. Se deja la marcha para el día siguiente, 31 de mayo.
A las 5 de la mañana asisten juntas a la misa en donde sor Eugenia Mauche, la hermanita de las naranjas al ron, futura superiora general, pronuncia sus votos. Aquella misma mañana del miércoles, 31 de mayo, sor Dufes está en Reuilly con toda su comunidad, excepto sor Clara, su compañera, que se ha quedado en el sur y no volverá hasta el 4 de junio.
Era la cita para el 31 de mayo que Catalina esperaba con confianza II. La estatua del jardín ha recibido algunos daños; la han revestido con una tela roja y está quizás derribada. Es a la Virgen de la «capilla de Enghien» a la que Catalina devuelve la corona que quitó e130 de abril. No es la estatua lo que importa, sino la que ella representa: *Te había dicho, mi buena Madre, antes de finales de mes.*
La casa está en desorden, pero los destrozos son insignificantes y las hijas de María traen los objetos que habían recogido y Sor Dufés piensa en el sueño de Catalina y la promesa de Nuestra Señora: *Yo guardaré la casa. Volveréis antes de que acabe el mes de María.*
Las dos familias de san Vicente se han visto increíblemente protegidas. Circulan los relatos, innumerables, con acciones de gracias. Aquel mismo año fueron recogidos en gran número en la crónica de aquellos tiempos heroicos.
Algunos jóvenes lazaristas se sienten desconcertados, escandalizados: ¿por qué esta protección sobre las dos familias de san Vicente, mientras que otros, incluidos religiosos y religiosas han sufrido hasta la muerte? El padre Fiat tendrá que derrochar ingenio para tranquilizar a aquellos frustrados de la cruz.
Se les comprende, ya que la paz que vuelve es dura y violenta.
En Reuilly algunos comuneros heridos han quedado instalados en el dormitorio de los huérfanos trasformado en ambulatorio, para ser curados allí. Pero mientras se espera un juicio inexorable, sor Dufes los confía a sor Mauche (25 años), muy famosa entre los enfermos durante el hambre por su «buen chocolate y su buen café con leche»... y su buen corazón. Se siente con energías después de los votos que ha hecho esa misma mañana en la misa, antes de volver a Reuilly.
Cuando le confían a los enfermos, le dicen cuál es la suerte que les espera. Hay unos treinta. Estaba un poco asustada de sus rostros desconfiados y hostiles, de sus miradas ansiosas. Y ahora la oprime un temor más hondo todavía, más irremediable. ¿Oué hacer? Recurre a sor Catalina que había repartido tantas medallas entre los insurrectos: *¿Le quedan todavía?*
Recibe un puñado de medallas y unas palabras de aliento: -Vaya, hermana, no tenga miedo.
Sor Eugenia tiene miedo de provocar a los blasfemos y de precipitar la impenitencia final. Espera durante dos días el momento favorable. Una tarde se le ocurre una idea. Reúne todo su valor: *Amigos, tengo que pedirles una ¿Qué quiere usted? Permiso para rezar una. Récela.*
Adivinan muy bien la suerte que les aguarda. Se han quitado la gorra y la han dejado sobre la cama. Sor Eugenia empieza con fervor, pero al final del Padrenuestro estalla en sollozos. Todos la miran, sorprendidos: *Mis pobres amigos, ¡es mañana!*
Se hace el silencio. La emoción es tal que la hermana no se atreve a ofrecerles la medalla. En una habitación cercana va ensartándolas cada una en un cordón. Llega la noche. Sigue rezando y cariñosamente va dejando una medalla en cada almohada.

Cuando deja el dormitorio a las 4 de la mañana para ir a misa, los heridos duermen. Las medallas siguen sobre la almohada de cada uno. Cuando vuelve, se la han colgado al cuello; se la enseñan y le dan las gracias. Entretanto se han confesado, a propuesta de sor Dufés. Ha venido un sacerdote; es un antiguo rehén de la Comuna. Se ha retirado profundamente edificado.
A las 7 de la mañana vienen unos coches y unos carros para llevárselos a Versalles. Están tranquilos. Dan gracias a las hermanas. Fueron ejecutados todos.
El ejército versallés había perdido 877 hombres. Fusiló a 20.000 por la calle sólo durante la semana sangrienta (21-28 de mayo); detuvo a 38.578 sospechosos, entre ellos a 1.064 mujeres y a 614 niños. La vida se reanudó en medio de un baño de sangre.
En Enghien-Reuilly las hermanas ponen en orden la casa. Se reanudan las clases. Catalina vuelve con sus ancianos. Ellos no la han olvidado. Durante el mes de mayo repetían a menudo a los ciudadanos enfermeros: *Nosotros haremos lo que hacía sor Catalina. Sólo le quedan 6 años de vida.*

CAPÍTULO 7
RESPLANDOR DE ATARDECER (1871-1876)

El retorno
El 31 de mayo de 1871 sor Catalina se ha encontrado de nuevo con su hospicio, con su huerto, con su portería. Hay ambiente de alegría. Los pobres, más numerosos después de tantos trastornos, se sienten dichosos de volver a verla, a la puerta, siempre acogedora y dadivosa. Saben que son ellos sus preferidos.
Los ancianos la acogen con gozo, porque entre ellos no hay ninguna otra hermana «tan querida como ella», atestigua sor Millon'. Les gusta su equidad, su energía que hace reinar el orden en provecho de todos, pero sobre todo su solicitud con cada uno, a veces brusca, pero siempre en el tajo. Saben muy bien que los quiere y que pueden contar con ella.

1.- LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Catalina ha cumplido ya 65 años, pero se sigue levantando a las 4 de la mañana, cuando suena la campana. Su ancianidad es sólida. Su oración es ejemplar y sobria: se mantiene erguida, inmóvil, con las manos apenas apoyadas en el reclinatorio, con la mirada transparente fija en el sagrario o en la estatua de la Virgen.

La decana
El día de santa Catalina, 25 de noviembre de 1871, sor Catalina, que hacía 4 días había sido nombrada «decana» de la comunidad de Enghien-Reuilly, se ve honrada con estos versos ripiosos de los que solían hacerse en aquel siglo: Si en los cielos se canta a una santa bendecida, en La tierra celebramos a una hermana muy querida: a *la decana de Enqhien* decimos este cantar y nos gustaría siempre poderla conservar.
Catalina se mostró especialmente sensible ante esta felicitación que le dirigió uno de los ancianos en nombre de todos los demás: *Hermana, usted es buena con todos. En la mesa siempre nos pregunta: «¿tiene usted bastante?»*
¿Por qué estas felicitaciones? ¿Es que el coraje y las predicciones de Catalina durante la Comuna le han proporcionado su hora de gloria? Lo que ocurre ante todo es que hace algunos días, el 21 de noviembre de 1877, había fallecido la anterior y muy venerada decana de la comunidad, sor Vincent Bergerault, de 75 años, nacida el siglo pasado y último testigo de la fundación (1819). Aquella cocinera ahorradora había sido una prueba para Catalina; pero lo cierto es que tenía fama de santa.
Todos habían podido admirar su coraje heroico durante su larga enfermedad. Durante la Comuna era ya un cadáver ambulante; fue necesario volverla a vestir después de la extremaunción para trasladarla mal que bien a la casa madre, cuando las hermanas fueron expulsadas de Reuilly el 30 de abril.
Como coronación de su vida había muerto el 27 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Virgen; como todavía reinaba el secreto, algunos se imaginaban que era ella la vidente de la Medalla milagrosa.

Una anciana poco venerada
Catalina, la nueva decana, no gozaba del mismo prestigio que sor Bergerault. Su forma de santidad vulgar decepcionaba a muchos. Su sencillez parecía excesiva. Su ancianidad no le servía de aureola.
Catalina no tiene voz en las decisiones comunitarias del capítulo. Acepta sin embargo aquel desprecio, que la protege. Un día su sobrina Leonia Labouré le pregunta: *Tía, ¿cómo es que lleva usted 40 años siempre en la misma casa?*
-Sólo cambian a las hermanas inteligentes, responde Catalina que no es tonta.

Intuiciones e intercesiones

Poco consultada desde arriba, es sin embargo un refugio y un recurso siempre disponibles para las hermanas jóvenes, agobiadas de trabajo en aquella casa de un barrio extremo y a quienes desconcierta más su inexperiencia.

Sor Felicidad Hébert (26 años), cuando tiene que dejar la casa por motivos de salud, se encomienda a sus oraciones y recibe esta respuesta alentadora: *Mi pequeña, ¡la Virgen la quiere a usted mucho! Puede marchar tranquila. Todo irá bien!.*

La casa recobra pronto su impulso tras el regreso de sor Dufés, que multiplica sus proyectos en una cadencia asfixiante para los muchos años de Catalina, siempre tratada duramente, pero siempre sin amargura.

María y Gabriela (1872)

En la primavera de 1872 llegan dos postulantes a Reuilly: el 10 de mayo Gabriela de Billy, de familia distinguida; el 25 de junio María Lafon, hita de un labrador de Aurillac, que conservó un caluroso recuerdo de la anciana hermana.

Mientras se aclimatan las postulantes, la regla les autoriza a pasear con sus familias. Así pues, a finales de junio una calesa se detiene ante el número 77 de la calle de Reuilly. Los señores de Billy, guiados por su cochero, vienen a recoger a su hija para pasar con ella la tarde. Y María, la pequeña campesina, se queda sola. Catalina se da cuenta y acude a sor Dufés con un pretexto para ir a la calle del Bac. No conoce otra cosa mejor; le dan permiso para salir. Catalina añade: *¿Me permite usted llevarme a «la pequeña»?*

¿Está ocupado en otras tareas Bibí, el caballo de la comunidad? Tendrán que ir a pie las dos, pero con alegría, la postulante de 23 años y la hermana de 66. Se entienden como dos amigas, acaso como dos cómplices. Sor Cosnard, que ocupa ahora un cargo en el seminario, murmura (¿quizás un poco de envidia?) cuando las ve llegar: ¡Ay, *sor Labouré! ¡Me parece que tiene usted un poco de debilidad por la señorita María!*

Aquí la sangre de nuestra borgoñona se calienta y la respuesta sale antes de cualquier reflexión: *Bien: si la señorita Gabriela se va a pasear c n coche, la señorita María puede pasearse muy bien a pie...*

La verdad es -cuenta con candidez esta última- que yo no había hecho comparaciones entre la otra postulante y yo. Pero sor Catalina había pensado en ello y había pensado que yo podía sentirlo.

Otro recuerdo de sor María es el de una tarde de verano un tanto loco, uno de esos pesados atardeceres que nunca acaban. Un anciano había muerto en Enghien, con aquellos calores. Y se hablaba de un demente que se había escapado el día anterior de un asilo cercano. Aunque le habían conmovido estos dos sucesos, la «señorita María» se había olvidado de ellos mientras daba clase por la tarde a los jóvenes obreros que asistían a los cursos de Reuilly. Se ha retrasado hablando con ellos y a las *9* regresa al hospicio de Enghien. La actividad le había hecho olvidar los temores. La noche los despierta. Su larga falda roza las hojas muertas. El ruido que ella misma hace le da la impresión de que la siguen. Acelera el paso y el ruido se intensifica. Corre hacia la puerta de Enghien, ya muy cercana. Pero ve ante ella, en el patio, una figura negra. ¿Un fantasma? ¿o el loco que se ha evadido? María busca una salida por la escalera exterior que da al dormitorio. ¡Fatalidad! La puerta está cerrada con llave. La ¡oven postulante llama, aporrea gritando: *¡Sor Labouré! ¡Sor Labouré!*

Mientras que Catalina baja enseguida al oír su llamada, María distingue mejor al fantasma negro que se le acerca: ni el loco, ni el muerto. Es el padre capellán que vuelve a casa. Sor I,abouré abre la puerta con una candela en la mano: *¿Qué pasa, hija mía?*

María, llena de confusión, apenas puede balbucear: el muerto*,* el loco, las hojas... ¿Va a burlarse Catalina de aquella postulante tan cobarde? No, la acompaña al dormitorio a través de los corredores obscuros, por donde la candela va proyectando su luz entre sombras ahora tranquilizadoras. Catalina le quita la colcha a la cama y desaparece mientras María se quita los vestidos; vuelve poco después con un vaso de agua de azahar... La pequeña María se queda dormida «como un tronco». A las 4 suena la campana para levantarse. Intenta abrir sus párpados soñolientos. A su lado, un susurro muy tierno la tranquiliza: Schsss..., dice Catalina a sus compañeras; *la pequeña está dormida...*

Las postulantes se iban acostumbrando poco a poco a levantarse a las 4. Se quedaban en la cama más rato tres días por semana durante el primer mes, dos el segundo, y podían luego dispensarles también algún día, según su estado. Catalina, la responsable de la casa, había diagnosticado para ella la necesidad de una buena camada.
Catalina se siente más cerca de las jóvenes, a medida que va viendo abrirse las filas de su generación y que las medianas toman en sus manos los cargos principales de la casa. Piensa más en la muerte como un desenlace próximo.

Viaje al cielo

Poco después de la Comuna tiene un sueño que refiere ingenuamente a su sobrina María Antonieta: Acababa de morirme e iba al cielo, en donde entraba por una puerta muy brillante. Me encontré allí primero con mi padre, luego con mi hermano más joven (Augusto), luego con tu madre. Le dije a mi padre: *¿No está aquí Luisa?*
Luisa era la mayor de las hermanas. Entonces mi padre me respondió: *No, no está aquí. ¡La estamos esperando!*
¡Un sueño macabro! Ni Augusto ni Tonina, la madre de la interlocutora, habían muerto todavía. Realista y desconfiada, María Antonieta exclama: *Pero, tía. ¡No hay que creer en los sueños! ¡Es superstición!*
-Hay sueños y sueños, responde sentenciosamente Catalina.
¿Quería decir acaso que «hay sueños en los que hay que creer? ¿Qué grado de confianza le concedía ella a aquel sueño?». *-No me lo dijo,* añade María Antonieta.
Pero la soñadora insistía en aquel sueño. Se lo contó más tarde a su sobrino Felipe Meugniot, el hermano de María Antonieta, cuya versión es un poco distinta. Catalina, al llegar al cielo, habría dicho a Tonina: *¿Cómo es que tú, la más joven, has llegado primero al cielo? ¿Por qué no?,* habría contestado Tonina.
-Aquel sueño me impresionó mucho, decía Catalina aunque no parecía creer mucho en él.
Era en diciembre de 1873. Felipe había venido a confiarle a su tía una grave preocupación: a los 29 años lo habían propuesto para ser superior del seminario menor de Saint-Pons, en la diócesis de Montpellier. La casa estaba «en dificultades»: *Pídale a Dios que no se haga,* le dijo a Catalina. Ella respondió tranquilamente: *Pediré que se cumpla la voluntad de Dios.*
Y la «voluntad de Dios» confirmó aquel duro cargo.
Ni él ni ella parece ser que volvieron a hablar entonces de la predicción que le había hecho de pequeño: *Si quieres entrar con esos padres..., podrás ser superior...*
Y lo fue antes de los 30 años, en una edad excepcional. Tampoco parece haber recordado entonces a su tía su confidencia de 1871: cómo le había dado un mal ejemplo rechazando *para ella* un cargo de superiora...
Con los años se va abriendo más a las confidencias. Por aquella misma fecha (1873 ó 1874) le cuenta a sor María Luisa, su hermana, en presencia de sor Cosnard (ahora «oficiala» en el seminario) el sueño que había iluminado el sendero de su vocación: la llamada de aquel anciano en el que luego reconocería a san Vicente. Sor Cosnard se siente impresionada por su acento, cuando habla de esa *mirada* que se le quedó grabada.

Adiós a Tonina

El sueño premonitorio sobre las muertes familiares empezó a realizarse en octubre de 1872. Tonina cae enferma. En abril de 1873 se mete en cama definitivamente. Sufre mucho. Catalina la visita con frecuencia durante el recreo, porque vive allí cerca: el número 5 de la calle Crozatier, en el distrito XII. Es un alivio para Tonina.
A mitad de enero de 1874 cae en una especie de coma. Vuelta hacia la pared, no parece que pueda ya cambiar de posición. Para cuidarla, hay que sacar la cama al centro de la habitación. No habla y parece estar sin conocimiento. Avisan a Catalina. Llega el 16 de enero, a las 13 horas: la hora del recreo. Es responsable del tiempo de sus ancianos.
Es la primera vez que ve a Tonina en aquel estado. Allí está María Antonieta con sus dos hijas Marta y Juana, en silencio. Catalina las manda salir y cierra la puerta.

Pero desde fuera oyen hablar dentro de la habitación. Al cabo de una hora, Catalina abre: *Id a ver a vuestra madre; quiere hablaros.*
Y se vuelve a Enghien, a cuidar a sus ancianos.
María Antonieta, Marta (8 años y medio) y Juana (7 años) se precipitan dentro. Tonina las acoge, sonriendo sobre la almohada. Parece feliz. Mira con cariño a sus dos nietas. Todo su corazón se asoma en estas palabras vulgares: *¡Que seais siempre buenas!*
-¿Te ha resucitado tía Catalina?, le pregunta una de las pequeñas.
Ella no tiene tiempo para profundizar. Al cabo de una hora, la enferma vuelve a su letargo. Se va acabando tranquilamente. Unos días después, a las 4 de la mañana, exhala su último suspiro. Es el 20 de enero de 1874, 22° aniversario de la aparición de la Virgen a Alfonso María Ratisbona, el convertido de la Medalla milagrosa.
Aquel mismo año Catalina hace entrar a sus dos sobrinitas un la escuela de las hermanas, n.° 77 de la calle Reuilly: *Allí teníamos la dicha de ver a nuestra tía Catalina casi todos los días*.
Nos apegamos más a ella, porque aunque tenía los rasgos más finos se parecía mucho a nuestra abuela (Tonina), que acababa de morir. Durante el recreo de las alumnas, después de la comida del mediodía, la veíamos a menudo cruzar el patio de la casa de Reuilly para ir a la de la calle de Picpus; corríamos a saludarla y la acompañábamos hasta la otra parte del huerto.
Un día se las llevó de paseo. Para ellas es una fiesta. Pero Catalina quiere también dar gusto a otra persona. Se dirigen a «la casa de los hermanos hospitalarios de san Juan de Dios», de la calle Oudinot, adonde su hermano Carlos Labouré había venido desde Borgoña para hacerse operar del mal de piedra. Su estado bastante grave podía hacer presumir que no viviría mucho... Nosotras no conocíamos a aquel tío. Ella creyó conveniente presentarnos a él cuenta Martha Duhamel, que guardaba 30 años más tarde un luminoso recuerdo de aquella aventura insólita con la complicidad de Catalina.

Visita al superior general

El 12 de marzo de aquel mismo año 1874, muerte del padre Etienne, superior general. Fallece a las 11 de la mañana, lúcido y sin agonía. Tres días antes había pedido la santa unción y la había recibido en presencia de toda la comunidad: *Mi misión está cumplida... Voy a unirme con nuestra gran familia del cielo. Pido perdón a todos por los disgustos que les haya podido causar. ¡Sí! ¡Quiero mucho a las dos familias de san Vicente!*
Había guiado su maravilloso impulso.
Poco después de su elección parece ser que supo finalmente que era Catalina la vidente. Ella nos ha dejado una nota autógrafa sobre la última conversación que tuvo con él. Le había renovado su petición de que se abriera al público la capilla de la calle del Bac. También le había expresado su deseo de que se honrara a la Virgen en la congregación con el nombre de *«Reina del universo».* El le había contestado de forma evasiva, pero estimulante: *Bien, sor Catalina; la santísima Virgen ¿le ha dicho cuándo quería que se le honrara con ese título? Cuando se lo diga, haremos lo que hay que hacer. Rece con esa intención. La santísima Virgen quiere algo de usted.*
El 11 de septiembre el padre Boré es nombrado superior general. Poco después de su elección, deseoso de acertar en su dirección, cita a Catalina. Con los «superiores mayores» la interroga sobre las revelaciones con que había sido honrada en 1830. De allí se derivó para ella una especie de reflejo, que contribuyó a acentuar su fama de santidad, asegura su confesor el padre Chinchon.
Sin embargo, pareció desconcertada ante aquel interrogatorio inesperado y no habló apenas. Decepcionó a sus oyentes 13. Son años sombríos y difíciles para Francia. Las ejecuciones de comuneros prosiguen hasta el 6 de junio de 1874. Pero el país se va levantando de las ruinas. Catalina sigue su tarea con su esfuerzo y su mirada en Dios.

¿Predicción?

En otoño de 1875 el abate Olmer llama a la puerta, en donde Catalina «tira de la cuerda». Es un hombre lleno de energía y de gracia, y de momento un hombre con ganas de construir. Se distinguió en la Comuna

por su coraje, su abnegación y una evasión que lo libró de la muerte. Nombrado el año anterior administrador de la parroquia recién establecida en el barrio, tiene ya dos vicarios y empieza a construir la iglesia. Está dedicada a santa Radegunda, pero hay todo un movimiento de gente que quiere a la santísima Virgen como patrona. También lo desea sor Catalina, que parece tener una sagacidad especial en todo lo que se refiere a la virgen María. Su saludo al recién llegado es amable, pero insólito: *Buenos días, señor párroco de la Inmaculada Concepción. ¡No soy el párroco!*
-¡Pero lo será!
-Sí, pero la parroquia se llama de santa Radegunda! ¡Pero se llamará de la Inmaculada Concepción!.
Dos años más tarde, el abate Olmer fue nombrado párroco, el 29 de septiembre de 1877. Y aquella fue, en la diócesis de París, la primera iglesia dedicada a la Inmaculada Concepción.
Catalina sigue lamentando que no se abra a las peregrinaciones la capilla de la calle del Bac. Porque se siente apremiada por la promesa de la Virgen: *Se sentirá que he pasado por allí*
La dificultad sigue siendo «abrir la capilla al público en un sitio en donde se encuentra un noviciado tan numeroso como el nuestro», explica sor Cosnard. Sin embargo, cuando le contaron la curación de una sordomuda en Lourdes, dicen que Catalina suspiró: -¡Y *pensar que todos esos milagros deberían haber tenido lugar en nuestra capillal!*
También lamentaba que se apreciase poco la Medalla, añade sor Cosnard.
Un día me dijo: *Hay hermanas en el seminario que no llevan la medalla y no se piensa en imponérsela.*
Yo le pregunté: ¿Y *usted, ¿cómo lo sabe?*
Me respondió: ¡Ay! *¡Infórmese y lo verá!*
Tuve que confesar que era verdad.
Invitaba a los demás a «rezar mucho», pero «añadiendo espíritu de penitencia y de sacrificio»: Pedimos demasiado lo que deseamos, pero no bastante lo que Dios quiere: habría dicho a sor Tranchemer que confundía demasiado sus ideas legitimistas con las de Dios mismo.
El mariscal de Mac Mahon fue elegido presidente de la República el 24 de mayo de 1873. La mariscala se hizo amiga de la casa. Aquella mujer fuerte, generosa y discreta venía sin escolta. Le dijeron quién era la vidente y sor Dufés encontró un pretexto para presentársela..., sin más. Catalina lo comprendió, pero no huyó. Unos días antes había acudido una pobre mujer a pedirle 60 francos (imposibles de encontrar) para pagar el alquiler. Catalina contó aquel drama. La mariscala tenía corazón. Y entregó los 60 francos.

En su sitio

Aquel mismo año de 1874 sor Dufés decide sustituir a Catalina como responsable del hospicio de Enghien.
Se necesita un brazo firme, que sepa establecer la unidad entre las dos casas y vencer ciertas tensiones. Y confía a sor Angélica Tanguy, de 37 años, la dirección del hospicio con el título de asistente. ¡Dura prueba para sor Catalina! Siempre cuesta pasar a segunda fila, cuando uno dirigía la situación. ¿Cómo reaccionará? Se lo preguntan todas cuando sor Dufés anuncia la promoción de sor Angélica, honrada con el título de asistente que nunca había tenido Catalina, a pesar de ejercer las mismas funciones. Las hermanas que están con los ancianos prefieren Catalina a la nueva responsable más partidaria del nuevo estilo que se ha impuesto en Reuilly, más autoritaria y con menos experiencia... Pero Catalina se apresura a decir a sor Dufés: *Madre, la obedeceremos como a usted misma.*
No es por halago, ni por diplomacia para hacerse con la nueva asistente, ya que sor Tanguy no está allí (lo indica ella misma en el proceso).
Cuando ocupa su puesto, muestra cierta aprensión con sor Catalina: *Espero que se entenderá bien conmigo y que no me hará quedar mal,* le dice aquel mismo día.
-¡De ninguna manera, hermana! No tiene que preocuparse por mí, responde Catalina.
El sacrificio está hecho en bloque. Ahora hay que rechazarlo en detalle, día tras día.
Desde que sor Dufés residía en la calle de Reuilly, a la otra parte del huerto (1868), Catalina se había quedado con las llaves, símbolo de su autoridad en la casa. Todas las noches cerraba las puertas de la calle de Picpus y se llevaba las llaves a su cuarto: *¡Guarde usted las llaves!,* le sugieren las hermanas a sor Catalina.

Las tentadoras no sabrán nunca que sor Tanguy, llegada silenciosamente, había oído aquella conversación. Ella se esconde, no aparece, mientras Catalina responde: Sí, se las entregaré esta tarde a la hermana asistente, pues es ella la que representa a la superiora.
Aquella noche sor Tanguy acecha los pasos de Catalina. Llega a sus oídos el ruido de las cerraduras, ampliado por el silencio de la noche...
Y tras la última puerta cerrada, se acercan los pasos lentos de Catalina. Deja el manojo de llaves cerca de su cama, en medio del silencio, que sólo se romperá cuando suene la campana a la mañana siguiente.
A1 día siguiente, en el comedor, el cubierto de sor Catalina está como de ordinario en el sitio de honor, al lado de la superiora, sor Dulés. La hermana encargada del comedor no había cambiado nada por respeto a «la antigua».
Esta no se fija al principio..., hasta que ve a sor Tanguy en un sitio más modesto. No dice nada. Pero después de la comida, se acerca a la hermana encargada, sor de la Haye Saint-Hilaire (28 años): *Haga el favor de cambiar mi cubierto y poner en mi sitio a la hermana asistente... Me resulta molesto pasar a aquel lado de la mesa, añade para dar a su decisión un motivo vulgar.*
Me lo dijo con tanta sencillez que habría podido engañarme, indica la interesada. Pero aquella excusa de la molestia en pasar al otro lado de la mesa era demasiado insignificante para no dejarme ninguna duda sobre el motivo verdadero: su deferencia *y su* humildad...
Catalina conserva su libertad de espíritu en las responsabilidades que todavía tiene. Un día, acompañada de sor Cantel, distribuye entre los ancianos «algunas porciones que habían sobrado». Le gustaba dar con generosidad. Pasa la asistente y la reprende. Catalina se calla respetuosamente, ante la sorpresa de su compañera. Catalina la tranquiliza: *No se preocupe, estoy en regla; tengo permiso.*
Para sor Cantel aquello significaba la autorización de la misma sor Dufés, pero Catalina no insistió por no dejar mal a la joven asistente, frágil todavía en el ejercicio de su autoridad. Catalina la sostuvo en todas las circunstancias.
Un día de adoración, sabiendo lo mucho que le gustaría acudir a la capilla, cuenta sor Juana Maurel, le dije: -Hermana, *me toca a mi quedarme de portera y a usted ir a adorar al Santísimo.*
Sor Catalina respondió: *Lo ha dicho sor Angélica y esto basta*.
¿Hemos de aplicar al valor de estos sacrificios la reflexión que un día le hizo Catalina a sor Tanguy?: *He tenido muchos sufrimientos y muchas dificultades. Alguna vez sentí ganas de pedir que me cambiaran de casa. Recé, consulté a mi confesor y me he quedado.*

Sopa de leche» y paciencia

Sor Juana Maurel (31 años), que llegó en octubre de 1875, nos presenta una nueva impresión sobre Catalina que la inició en sus primeras ocupaciones: cuidado de la ropa y del palomar.
Procedente de una familia que no la había formado en los trabajos materiales, reconoce que era poco «apta» para el primer trabajo y «todavía menos» para el segundo. Pero, nos dice, «sor Catalina me ayudaba con tanta caridad que me sentía confundida».
Un día dejó morirse a un pichón. Catalina estaba apenada. Pero lo que más siente es hacerle que comprenda su error, ya que podría desanimarse.
Tiene miedo de cuidar de los ancianos enfermos. Catalina la ayuda a «superarse» y un día le dice con seriedad: *Tiene que procurar hacerlo bien, pues algún día tendrá que sustituirme*.
Así sucedió. Cuando le llegue la hora de retirarse Catalina, será ella la que tome el relevo.
Sor Juana se preocupa mucho por un anciano que no es católico: *Le falta a usted confianza; Dios todo lo puede.*
Y fue escuchada, porque antes de morir pidió hablar con el señor capellán.
Sor Maurel experimentaba el beneficio de la irradiación de Catalina: *Me gustaba mucho ponerme en su sitio en la capilla, cuando ella no estaba. Una de las hermanas me lo reprochó, diciendo que era una orgullosa por ponerme en aquel sitio. A mí me gustaba estar allí pues para mí era una santa la que rezaba en aquel lugar y yo también rezaba como si estuviera sobre el sepulcro de una santa.*

Otro día --cuenta también ella- me impacienté con la hermana que tenía que darme el desayuno de los ancianos. Siempre se retrasaba y aquello me impedía muchas veces estar en misa desde el principio. Estaba molesta y sor Catalina me dijo: *Hay que entregarse del todo a Dios y no ir a quejarse.* Es lo que ella hacía.

Lo que más impresionaba a sor Maurel era la paciencia incansable de Catalina con Blasina, «la Negra», su ayudante en la portería.

Aceptada únicamente por caridad, era muy descarada, incluso con sor Catalina. Varias veces quise ir a hablar con sor Dufes para informarle de todo y despedir a aquella mujer. Pero sor Catalina me detenía siempre, diciendo: *Esa persona es incapaz de hacer nada en el mundo*.

Catalina sufría también las frases hirientes de una hermana mordaz, a la que llamaban «la imbécil del asilo». Para sondear el secreto de Catalina sobre la aparición de la Medalla, aquella joven hermana lanzó un día esta frase, en plena recreación delante de Catalina que estaba cosiendo al lado de la asistente: -*¡La que la* vio *no vio más que un cuadro!*

Estas palabras no hacen más que recoger las del padre Aladel en su *Notice*. Pero ella lo decía en un tono escéptico y deliberadamente provocativo. Catalina levantó la cabeza instintivamente, su rostro enrojeció: *Querida, la hermana que vio a la santísima Virgen la* vio *en carne y hueso, como usted y como yo.*

Sor Tanguy, que presidía la recreación, desvió la conversación. Por una vez, Catalina sorprendida estuvo a punto de traicionarse. Volvió a sumergirse en su costura con una especie de indiferencia y siguió callada.

Ordinariamente se distinguía por su humilde discreción: Un día, durante la recreación, una joven hermana sostenía lo contrario de lo que decía Catalina.

Como ella seguía defendiendo su punto de vista, intervino la superiora: *Veo que sostiene usted con energía sus opiniones.*

Sor Catalina se arrodilló en medio del grupo y pidió perdón... -*Veo muy bien que soy una orgullosa...*

Al ver humillarse de ese modo a aquella hermana anciana, los ojos de sus compañeras se llenaron de lágrimas. El recuerdo más impresionante de sor Maurel fue este consejo sor Catalina en sus dificultades: *¡Hay que tener confianza!*

2. EL INCÓGNITO EN PELIGRO

El secreto de Catalina se ve acosado por todas partes. Le cuesta trabajo mantenerlo...

Por parte del seminario

Antonieta de Montesquiou de Fezensac (27 años), que había entrado en el seminario en abril de 1873, oye decir a sor Mauche, hermana encargada de la formación de las jóvenes hermanas, que la «vidente» se supone que es sor Catalina Labouré. Sor Antonieta arde en deseos de conocerla... Sor Mauche encuentra la ocasión para ello: *Esta es la hermana de quien le hablé...*

Feliz por aquel descubrimiento, cuenta sor Montesquiou, le mostré a sor Catalina a una compañera diciéndole: *¡Esa es!*

Sor Catalina lo advirtió y me miró con severidad. Aquello me dejó desconcertada y no me atreví a mirarla.

Por parte del arzobispado

Monseñor Fages, futuro vicario general de París y por entonces secretario particular del obispo coadjutor, monseñor Richard, acude a Enghien con el abate Odelin para husmear en el famoso secreto. Se las ha arreglado para llegar cuando sor Catalina está de guardia. Empieza a acercarse. Pero ella lo ve venir con sus calcetines morados y enseguida «corta por lo sano, sin rodeos»: *Siga usted su camino, monseñor; por allí se va...* Y como insistieran los dos eclesiásticos: *Les llevaré a ustedes a la Superiora. Ella les atenderá*.

Sor María Luisa de la Haye Saint-Hilaire (30 años), que acoge la visita de sus amigos los condes de Avencl de Nantré, cree que puede compartir con ellos discretamente el secreto de la casa.

En el momento en que regresábamos a la puerta nos encontramos con sor Catalina y le dije al oído a la señora condesa: -*Esa es la hermana que tuvo la visión de la Medalla milagrosa.* En contra de todo lo que yo

podía esperar, el señor de Avenel se volvió y se dirigió a la hermana: ¡Oh, *hermana! ¿Cuánto me alegra conocerla y poder saludar a la hermana que tuvo el gran privilegio de la visión de la Medalla milagrosa?*
Sin saber qué hacer, me dirigí a la señora de Avenel: *Señora, ¡si supiera lo que está haciendo su marido! ¡hasta qué punto me molesta todo eso! La hermana no quiere que se sepa.*
Con mucha sangre fría, la señora de Avenel dijo a su marido: *José, estás equivocado; ¡la hermana no ha dicho eso!*
Entretanto sor Catalina meneaba la cabeza y disimulaba una gran extrañeza. Aquel mismo día la superiora me llamó. Sor Catalina había estado allí. La superiora me ordenó que pidiera perdón a sor Catalina. Así lo hice enseguida: *Mi pequeña,* me dijo sor Catalina bondadosamente y con mucho cariño, *no hay que hablar de esa manera a tontas y a locas...* Y no me guardó ningún resquemor después de aquel incidente.
Según sor Desmoulins, la hermana de la Haye Saint-Hilaire habría dicho llena de confusión a sor Catalina: *Hermana, me dijeron en el seminario que era la hermana del gallinero de Enghien la que había visto a la santísima Virgen...*

¿Leyendo en las almas?

Catalina, que sabía ocultarse tan bien, ¿tuvo el don de leer en los corazones? Tal era la impresión que le dio a sor Darlin en una de sus visitas a su querida calle del Bac, «hacia 1875».
Estaba de guardia en el locutorio del seminario... Algunas hermanas de Enghien vinieron a ver a su postulante y empezaron una conversación animada. Había una de las hermanas un poco retirada, sin tomar parte en la conversación. Me habían dicho que era la hermana que había tenido las apariciones de la santísima Virgen... Me hubiera gustado hablar con la Venerable, pero no me atrevía. Entonces ella dejó su banco, vino a mi encuentro a la portería y me dijo mirándome con bondad: -*Hermana, venga conmigo a la clase de Santa María, a rezar un Avemaría a la Virgen.*
Aquella clase era precisamente de la que yo estaba encargada. Me levanté sin responder y muy contenta. Quedé asombrada de sus palabras, puesto que nunca me había visto.
Pero sor Darlin cometió el error de demostrar demasiado su fervor por la vidente que había sido tan amable con ella. Catalina se despidió enseguida.

3. LA GRAN CONFIDENCIA (PRIMAVERA DE 1876)

Tensión con sor *Dufés*

A comienzos de 1876 las notas anuales de sor Dufés sobre Catalina indican lacónicamente: Muy *mala salud. No se levanta* (sobreentendido: a las 4 de la mañana, la hora de las reglas).
Las dos indicaciones siguientes señalan la tensión de las relaciones entre la superiora y Catalina: *«Carácter muy vivo, juicio pasable».*
En otras palabras, sor Dufés no siempre está de acuerdo con ella, lo cual constituye una sombra, a pesar de su docilidad. Pero todo acaba con un homenaje sin restricciones: *...«piedad sólida, cumple muy bien con su deber».* El elogio adquiere aún más peso si nos fijamos en que las notas de sor Dufes son implacables. Si «cumple muy bien con sus deber», es superando los achaques que cada día se van haciendo mayores.
Empieza a decir que *«no pasará este año»*.
Ahora se levanta algo más tarde, pero está allí, siempre al lado de los ancianos o en la portería: acogedora y discreta, en aquella pequeña «garita» en donde ha mantenido un despojo total de celda monástica.
Lo más admirable es la humildad con que soporta la severidad especial de sor Dufés. No solamente acoge sus reproches y domina su vivacidad que con frecuencia tiñe de rojo sus mejillas, sino que cuando la reprimenda propiciaría levantar una barrera entre las dos, ella misma acude a renovar el contacto, como si no hubiera pasado nada. Siempre encuentra en su cabeza un permiso que pedir (de los que la superiora nunca niega), llama a su puerta y le dice: *Hermana, ¿haría usted el favor de concederme tal permiso?*
El contacto se ha reanudado, el permiso concedido. La superiora está satisfecha de poder haber sido generosa: esto calma su inquietud de conciencia sobre lo que le «impulsa» a probar así a Catalina. Se

admira de que «el orgullo Labouré» se haya rebajado hasta ese punto. Bernadette no supo encontrar este recurso ante la madre María Teresa Vauzou.

Catalina pierde a su confesor

Aquella primavera de 1876 no es un «pequeño permiso» lo que viene a pedir Catalina al llamar a la habitación de sor Dufés: -*¿Me daría usted permiso para ir a ver al padre Boré?*
Se trata del superior general. -*¿Nada menos que eso?*
Catalina prosigue tranquilamente: *Nos ha retirado a nuestro confesor, el padre Chinchon, y tengo necesidad en conciencia de dirigirme a él. Me gustaría pedirle permiso.*
Sí, a finales del año anterior el superior general descargó al padre Chinchon de todas sus actividades exteriores -incluido Reuilly- para que se ocupase *exclusivamente* de la formación de los estudiantes y novicios. Pero Catalina siente que su fin está próximo. Conoce bien su naturaleza y los caminos de la muerte que tantas veces ha recorrido con sus ancianos. Está deseosa de arreglar los últimos deberes de su misión, rechazados durante 40 años, pero que la siguen atormentando.
El padre Chinchon es más accesible que el padre Aladel, pero tampoco accede a unas peticiones que desbordan su competencia. A veces incluso se muestra severo, indica sor Cosnard: *Entre los años 1864 y 1873 (no podría concretar más), el padre Chinchon humilló públicamente en una reunión de las hermanas a sor Catalina. Le reprochó que quería hacer pasar sus sueños por realidades, y dejar en ridículo a la comunidad.*
Sor Catalina permaneció humilde, tranquila, en su lugar, sin responder nada ni manifestar ningún disgusto. Era impresionante...
¿Quería hablar de las apariciones?... Probablemente, pero él ponía las cosas de tal manera que resultaba ambiguo. Salí de aquella reunión casi escandalizada por aquella forma de actuar del padre Chinchon. Luego pensé que querría probar la virtud de sor Catalina, ya que nunca hablaba de esa manera, pues era muy discreto.
A pesar de esta severidad, se había llegado a establecer una especie de diálogo y de confianza a medias palabras entre el confesor y la dirigida. Cuando estaba preocupado por algún asunto, el padre Chinchon le pedía: *¡Ofrezca una comunión por nuestros estudiantes y novicios!* Ella iba preparando el terreno ante él para obtener lo que todavía estaba en suspenso: el altar y la estatua de la Virgen con el globo terráqueo, que había que erigir en el sitio de la primera aparición.
El padre Chinchon la escuchaba más que el padre Aladel. Las hermanas que conocían su laconismo se admiraban de sus confesiones, más bien largas, que contribuían a prolongar la espera de las siguientes.
-*Sor Catalina, usted que es tan expeditiva en todo, ¿por qué necesita tanto tiempo en sus confesiones? ¿Es usted escrupulosa?,* le decía una de ellas en cierta ocasión.
- *Querida, cada una tiene sus problemas. ¡Y eso es todo!*
Aquel foso que de pronto se había abierto entre los dos era una catástrofe.

Negativa en la cumbre

Este es el motivo de que aquel mes de mayo Catalina quisiera ir a ver al padre Boré, para que le diera permiso de dirigirse a su confesor, Sor Dufes, poco favorable al principio, acabó condescendiendo.
Pero la entrevista fue un fracaso. ¡No había excepciones! ¡No había que sentar precedente!

Mañana a las 10

Catalina vuelve a Reuilly, con los ojos llenos de lágrimas. Sor Tanguy se extraña, pues nunca se la había visto llorar, ni siquiera en las grandes penas familiares.
-*Sin embargo, necesitaría dirigirme a ese confesor....* le dice a sor Dufés. Y añade: *Ya no viviré mucho tiempo. Creo que ha llegado la hora de hablar... ¿Sabe usted de qué ...?*
Conmovida, sor Dufés responde: *Mi buena sor Catalina, yo sé muy bien que recibió usted la Medalla milagrosa, pero por discreción no le he hablado nunca de ello...*

Bien, hermana. Mañana consultaré a la santísima Virgen en mi oración. Si ella me dice que lo cuente todo, lo haré. Si no, guardaré silencio. Si la santísima Virgen me permite hablar, le enviaré aviso a las 10. Venga usted a Enghien, al locutorio; allí estaremos más tranquilas.
Sor Dufés confía este golpe de escena a sor Tanguy. Y añade: -*¡Imagínese lo preocupada que voy a estar hasta mañana!* Al día siguiente, Catalina le avisa. Acude corriendo. «La conversación empezó a las 10 y acabó al mediodía». Lo que maravilla a sor Dufés es ver a Catalina, de ordinario tan poco elocuente, expresarse con «precisión y facilidad».
Le cuenta las primeras apariciones: el corazón de san Vicente, Cristo en la eucaristía y la Virgen en el sillón el 18 de julio de 1830: estas últimas eran totalmente desconocidas; habían permanecido en el secreto de las confidencias y en el autógrafo de 1856, ignoradas por todos.
Sor Dufés, cuya dureza con Catalina no era más que un reflejo de defensa, se siente movida varias veces a echarse a sus pies, para pedirle perdón por haberla conocido tan poco. Cree este gesto excesivo, pero no puede impedir que sus labios murmuren: -¡Dios la *ha favorecido mucho!*
-*¡Oh!,* responde Catalina, yo sólo *he sido un instrumento. No ha sido por mí por lo que se ha aparecido la Virgen. Si me ha escogido a mí, que no sé nada, es para que no se pueda dudar de ella*.
Aquí, como tantas otras veces, Catalina es un eco interior de san Vicente, que decía: *He sido escogido porque no era nada; así nadie podrá dudar de que unas cosas tan grandes son la obra de Dios.*

La Virgen con el globo

Catalina llega al punto tan difícil que le atormentaba «desde hacía mucho tiempo»: la santísima Virgen tenía un globo en las manos. Ninguna imagen la representa así. El padre Aladel se negó siempre a ello.
Sor Dufes está perpleja. ¿Qué novedad es ésta? ¿Y cómo compaginar esa imagen con la de la Medalla: la Virgen con las manos abiertas? Verdaderamente Catalina se pasa de raya: *¡Dirán que está usted loca!*
-¡Bah...! ¡No será la primera vez! ¡El padre Aladel me trató de «mala avispa» cuando insistía en ello!
Sor Dufés comprende el sentido: es un gesto de Madre y Reina del universo. Nuestra Señora protege y ofrece a Dios ese globo de la tierra. Pero está desconcertada: *¿Pero qué ha pasado con esa bola?,* pregunta, por no poder ajustar las dos imágenes.
-Yo no vi más que los rayos que caían de sus manos, responde evasivamente sor Catalina.
Sor Dufés está cada vez más perpleja: *¿Pero qué pasará con la Medalla, sí se publica esto? ¡0h! ¡No hay que tocar la Medalla milagrosa!*
Sor Dufés insiste: *Pero si el padre Aladel se opuso, es que tendría sus razones... -Ese ha sido el martirio de mi vida,* confía Catalina, que no puede resignarse a esa omisión.
- ¿Y *conoce usted a alguien que pudiera confirmar su relato? -Conozco a sor Grand. Entonces estaba en la Secretaría. Ahora está de superiora en Riom. Trabajó con el padre Aladel.*
Aquella misma tarde sor Dufes, impresionada por la confidencia, se la confía a sor Tanguy. Se siente seducida, pero también perpleja por aquella diferencia, por la aparición misma, e incluso por la Medalla. ¿No estará perdiendo facultades Catalina en los años de su vejez?
La superiora recuerda algunos detalles que mantuvieron su perplejidad y su agresividad frente a la vidente. En tiempos del padre Etienne, poco después de la Comuna, Catalina tuvo la idea de que «a metro y medio de profundidad» se encontraría «una piedra lisa como una lápida», indicó sin comprender sor Dufés, «con la que poder construir una capilla» o mejor dicho «una iglesia». Ella pensó en un tesoro y el extraño complimiento de las predicciones de Catalina durante la Comuna le movió a concederle cierto crédito y a hablar de ello con el padre Etienne. Decidieron excavar. ¿Dónde? Catalina en esta ocasión se sintió más embarazada. Las excavaciones fueron inútiles. Volvieron a comenzar con el padre Boré. No encontraron más que un pozo tapado, que habría obligado a ahondar hasta 18 metros bajo tierra.
-Hermana, usted está equivocada, le dijo secamente sor Du*fés.*
Catalina no discutió. Respondió humildemente: *Bien, hermana; me he equivocado. Creía que estaba en lo cierto. Me alegra mucho saber que ahora se ha descubierto la verdad*.
¡Pero qué preocupación y cuánto esfuerzo baldío en aquellas excavaciones inútiles!

¿Se engañaría también ahora Catalina? Para verificarlo, sor Dufés escribió a sor Grand. La respuesta se hizo esperar. Sólo saldrá el 24 de junio. Confirma la extraña versión de Catalina: *Sí, mi buena sor Dufés, nuestra dulce Reina se apareció llevando la bola del mundo en sus manos virginales y benditas, calentándola con su amor, teniéndola sobre su corazón misericordioso y mirándola con inefable cariño. Tengo incluso un boceto, proyectado hace mucho tiempo, que la representa de ese modo.*
Sor Grand añade una defensa calurosa, pero poco clara, para armonizar las dos visiones *con y sin* el globo.

La vidente y el escultor

Ante esta confirmación sor Dufés lleva a Catalina a la calle del Bac, después de un «almuerzo anticipado». Y «durante la comida» de la comunidad, la condujo a la capilla. Allí hizo que le indicara el lugar exacto en donde erigir la estatua y el altar: al lado derecho según se mira al altar, en donde está el cuadro de san José. Sor Dufés somete esta petición a los superiores. Imposible. Aquello supondría dos estatuas de la Virgen y suscitaría dificultades en los de arriba. Pero no hay nada que impida realizar un modelo para la casa de Reuilly, a título privado.
Sor Dufes se cuida de ello. Sólo Chevalier (desde 1878) ha señalado, según indicaciones de sor Dufés, algunos rasgos concretos de su descripción*: Ni demasiado joven ni demasiado sonriente, sino con una gravedad mezclada de tristeza, que desaparecían durante la visión, cuando el rostro se iluminaba con destellos de amor, sobre todo en el momento de su oración.*
Sor Dufés ordena hacer la estatua a Froc-Robert y envía a Catalina al taller para examinar el boceto. Su seguridad y sus críticas ponen alerta al escultor: ¿Es *ésta la hermana de las apariciones?*
Esto basta para acortar el diálogo... Catalina se eclipsa con el aspecto aturdido que adopta en estas ocasiones. Esta intervención de la campesina ante el artista suscita la sonrisa de su compañera: *¿Pero en qué se mete esta mujer? ¿Habrá perdido la cabeza?* Catalina no puede ocultar su decepción. No, no es eso. Sor Dufés le hace recorrer los almacenes de San Sulpicio para intentar descubrir al modelo imposible. Sin éxito alguno.
Unas semanas más tarde llevan la estatua a Reuilly. Sor Dufés no la pone en la capilla, sino que discretamente la manda llevar a su despacho. Invita a venir a Catalina. Ella la mira atentamente. Se han ejecutado escrupulosamente muchos de los detalles de su descripción: el globo dorado coronado por una cruz, «la serpiente verdosa» bajo los pies de la Aparición. Pero no demuestra ningún entusiasmo. Se muestra más bien desdeñosa. Un tanto decepcionada, sor Dufés le dice: *No hay que ser demasiado exigente. ¡Los artistas de la tierra no pueden realizar lo que no han visto!*

El final del martirio

La confidencia y la realización de la estatua son para Catalina un gran alivio y le traen una gran paz. Las heridas se cicatrizan. Aquel signo inesperado le da esperanzas de que algún día el modelo ocupará un sitio en la capilla.

¿Qué importancia?

Responsable ante Nuestra Señora de lo que se había omitido, Catalina se siente ahora descargada, dispuesta a la partida que siente ya próxima. Cuando su cuerpo la abandona, la serenidad de las profundidades aflora en la superficie. Su ancianidad se convierte en un bello otoño. Pero la campesina sabe muy bien que estos últimos gozos anuncian el invierno y la muerte. No le asusta ver cómo se acerca. Se abandona a aquel encuentro desconocido como si fuera un viaje hacia la persona amada.
Lo que venga ya no le importa. El cielo y los superiores velarán por ello.
¿Qué importancia tenía la realización complementaria de esta Virgen con el globo? Es difícil medirla. Esta estatua no ejerció ni mucho menos una influencia comparable a la de la Medalla milagrosa, que llegó a su hora para despertar en la Iglesia una nueva primavera de carismas y de conversiones. Si el padre Aladel no había sido escrupuloso en los detalles, había respetado ciertamente lo esencial: la invocación, la representación más clásica de la Inmaculada Concepción y los rayos de las manos, símbolo nuevo de la luz de Dios a través de Aquella que engendró al Verbo.

Pero era legítimo que Catalina desease ver representado este elemento complementario, que procede también de una tradición.
Tocamos aquí la relatividad de las visiones. La Iglesia ha insistido siempre en ello, subrayando el contraste entre estas revelaciones privadas y la revelación evangélica. Aquellas no son más que un carisma particular, destinado a despertar la esperanza.

«Es la última vez»

Sin ninguna ansiedad Catalina repite cada fiesta litúrgica lo que se convierte ya en un estribillo: *Es la última vez que celebro esta fiesta*
Se diría que chochea, porque aparentemente no decae su salud. Pero ella persevera en su idea. Insiste el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, cuando recibe a María Antonieta Duhamel, con sus dos pequeñas:
Le da unas estampas como recuerdo de la primera comunión a la mayor (cuenta María Antonieta). Le dije que no urgía, porque hasta el año siguiente no tendría que hacer la primera comunión. Ella me respondió: *¡Mi querida hija!, el año que viene ya no estaré yo aquí.*
-Pero la haré pronto, insiste Marta: *el mes de mayo que viene haré la primera comunión.*
-Lo sé. Pero ya no estaré yo. Prefiero dártelas enseguida.
Y le regala una estampa que representaba a una primera comulgante y otros varios recuerdos.
María Antonieta Duhamel insiste: *-¡Pero si está usted tan bien como siempre!*
-¡No queréis creerme!, dice tranquilamente sor Catalina sin abandonar su convicción... *¡Ya veréis!*
El 8 de septiembre la visita Felipe Meugniot. No sabe que es la última vez. Sor Dufés le revela el secreto de Catalina. El lo ignoraba. No se atreve a hablar de ello con su tía, extrañado de verla siempre tan discreta.
Le molestan el corazón y la respiración. Permanece sentada en la cama. Impresiona su calma y su tranquilidad, «dispuesta a presentarse ante Dios». Evoca jocosamente su descanso forzoso (que tanto le cuesta): *Aquí estoy como una reina...*
Bernadette usará esta misma comparación en una carta de 1876 a la madre Sofía Cresseil.
A finales de septiembre sigue todavía acostada.
Sor Henriot viene a verla y la atiende cuando está ausente la enfermera habitual: *Rece por mí,* le suplica.
-Piense en mí, y yo rezaré por usted, le responde Catalina. El siguiente mes de marzo sor Henriot se acordará de esta promesa. Acudirá a la tumba de Catalina, para pedirle por una hermana muy enferma. Y aquella hermana se curará.

4. UN OTOÑO RADIANTE

Ocaso

En octubre Catalina se levanta. El ocaso es lento: «debilidad, flojera, ancianidad, desgaste, agotamiento», dicen los testigos. *Ya no rige su cabeza, dicen quienes la ven bajar. Cosas peores dijeron de Nuestro Señor*, confía Catalina, que conserva bien el oído y unos grandes ojos azules detrás de sus gafas de hierro.
Su corazón está débil, su respiración es fatigosa. Le ponen sanguijuelas en los riñones para aliviarla. Su paciencia aumenta con sus dolores de piernas.
Sor Combes se admira de verla «todo el tiempo, como si no sufriera». Cuando se le nota el sufrimiento y alguien le expresa su pena, dice: *Dios se merece que suframos un poco por él.*

Últimas actividades

Ya dejó de encerar el suelo con la pesada «galera». Luego la dispensan de los cargos regulares. Pero, cuando puede levantarse, acude a la portería. Hace pequeñas coladas. Repasa la ropa de los ancianos y vela por su alimentación, cuyos problemas conoce muy bien después de *46* años. ¡Que se le dé a cada uno lo que necesita!

Pone a las jóvenes al corriente de las tareas que va dejando. «En los últimos meses de 1876», sor Cabanes, encargada de la cocina, «la ve venir todos los días, antes de la comida, a ver si todo está bien» y la pone al corriente de los pequeños detalles «con mucha bondad».
-Así es como yo lo hacía, dice Catalina, y *como lo hacía la que trabajaba antes que usted. Si tiene algún problema, continúa, no se asuste. ¡Yo también los he tenido!*
El 30 de octubre de 1876 toma la pluma para escribir la confidencia que le había hecho Nuestra Señora, sentada en su misterioso sillón, en la calle del Bac: *Hija mía, Dios quiere encargarte de una misión…*. Por aquellos mismos días dice a sor Millon: *Moriré antes del año próximo y no tendrán necesidad de ningún carro fúnebre para llevarme al cementerio.*
-Usted bromea, sor Catalina.
-¡Ya lo verá usted, querida!

Retiro de noviembre

El 5 de noviembre de 1876 Catalina se encuentra bastante fuerte para ir a hacer los ejercicios a la casa madre. La llevan en un coche. En medio de una decoración dorada de hojas de otoño, se muestra valiente. Sigue todos los actos. Se queda de rodillas como las hermanas más jóvenes, a pesar de su artritis tan dolorosa y de sus rodillas hinchadas. Rehusa incluso un cojín que le ofrecen para aliviarle.
También en esto llama la atención su obstinación: *Son mis últimos ejercicios espirituales, le* dice a sor Pineau.
Nadie la cree. Coquetería de vieja, que intenta llamar la atención de los demás... Pero ella dice eso con toda sencillez. Al llegar, visita a su hermana mayor, María Luisa. No le gusta verla en la cama, a pesar de sus ochenta años: *Te escuchas demasiado. Creo que, si quisieras, podrías levantarte.*
No es ella precisamente la que carece de compasión con los enfermos. Poco tiempo antes, al ir a visitar a un hermano enfermo en el hospital Lariboisiére, se había apresurado a bajar ella antes del coche para ayudar a bajar a su hermana mayor. Pero con las prisas se había dislocado la muñeca. Aquello no la había impedido mostrarse alegre en la visita, con su mano vendada... Pero Catalina, que conoce ahora la vejez, sabe muy bien lo que cuesta cada mañana levantar los huesos viejos... No es lo mismo que en Fain, cuando eran jóvenes...
Esta vez habla sobre todo con sor Cosnard, su antigua compañera de Reuilly de *1864* a *1873,* que ocupa ahora un puesto en el seminario. Hay un verdadero sentimiento de comprensión entre ella y sor Catalina, que espera hacer que pase por medio de ella el mensaje de Nuestra Señora, todavía poco conocido...
Sor Cosnard es de las que «saben». Interior y discreta, aunque ardiente, sabe compartir en profundidad. Llega de este modo a hacer que Catalina hable de las apariciones, a medias palabras, sin que se descubra ella misma. Puede entonces confiarle el mensaje que lleva dentro del corazón: *Cuando se le apareció a UNA DE NUESTRAS HERMANAS, la santísima Virgen llevaba el globo del mundo en las manos... Se lo ofrecía a Dios. Ninguno de los grabados de las apariciones la muestra de este modo. Pero ella lo quiere. Y quiere un altar en el sitio en donde se apareció.*
Todo esto a propósito del seminario y a propósito de la formación de las hermanas. Catalina lamenta que algunas de ellas ni siquiera lleven la Medalla y que la capilla de la calle del Bac siga sin abrirse a las peregrinaciones...
El último día *(14* de noviembre) Catalina le Cosnard: *Lléveme al seminario.*
En aquella hora de recreo, cuando no hay nadie allí, quiere volver a ver por última vez los dos cuadros de las apariciones pintados por Lecerf en *1835, los* primeros y los pintados con más esmero para conmemorar el mensaje en la casa de las hijas de la Caridad. Catalina se arrodilla y reza. Luego se levanta (no sin esfuerzos) y contempla largo tiempo aquellas pinturas que Aladel le había enseñado hacia *31* años. Se retrasa. La campana señala el final del recreo. Las jóvenes hermanas regresan al seminario. Espían a la visitante de ojos azules. Una de ellas lo adivina: ¡Oh! *¡Es la hermana que vio a la santísima Virgen!* Catalina se le vuelve: *Está bien, hermana, está bien,* dice secamente.

¿Sería acaso todo ello una trampa para «mostrarla»? ¿Habría manifestado sor Cosnard su secreto? Parte bruscamente y vuelve a Reuilly sin despedirse de ella. Sor Cosnard se preocupa. ¿La creerá culpable Catalina? ¿Estará molesta? ¡Qué triste final para un encuentro tan hermoso!

¡Estas son nuestras perlas!

A pesar de este incidente, la estancia en la calle del Bac le ha venido bien a Catalina. Ha reanudado sus tareas valientemente. El 24 de noviembre, víspera de la fiesta de santa Catalina, sor Tranchemer que procura tenerla contenta le lleva a los niños para que la feliciten. Catalina está de rodillas ante la fuente del patio. Está lavando, ella sola, las sillas de los ancianos, las sillas horadadas que utilizaban para sus necesidades nocturnas en una época en que no había retretes en los pisos. No era aquello precisamente un bonito espectáculo. Los niños se tapan la nariz. Ella se sonríe ante su sorpresa: *Hijos* míos, para las hijas de la Caridad ¡éstas son nuestras perlas!

Se lava las manos, se quita el delantal, y toda limpita: -¡Ahora, venid a que os abrace!

Era algo raro, ya que -nos cuenta en otra ocasión sor Tranchemer- Catalina «no solía abrazar a los niños, sino que se inclinaba y les hacía una ligera caricia». Pero los días de fiesta la tradición campesina dice que hay que abrazarse.

Sed buenos y obedientes y la santísima Virgen os querrá mucho. Le rezaré por vosotros, les dijo antes de reanudar su tarea. El 30 de noviembre muere Augusto, el «hermanito» enfermo de Catalina, al que había cuidado durante su juventud. Toda su vida había estado lisiado, a cargo de unos o de otros. El 7 de septiembre de 1867, uno de sus hermanos lo había ingresado en la Cartuja de Dijon, el asilo de la provincia, en la carretera de Plombiéres. Después de 9 años de internado se lo llevo una pneumonía. Hacía mucho que no lo había visto Catalina. El benjamín de la familia tenía 67 años.

Última fiesta de la Inmaculada

El 5 de diciembre, sor Dufes la da la alegría de llevarla a la casa-madre para celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción. Sor Cosnard se aprovecha de la ocasión después de la despedida brusca de los ejercicios...

Estaba un poco enfadada conmigo, convencida de que era yo misma la que había provocado la exclamación de las novicias nos cuenta-. Nos abrazamos en señal de reconciliación, sin darnos ninguna explicación.

El secreto de Catalina es aireado cada vez más. Pero evitan provocarla. El fervor alrededor de ella sabe guardar las distancias.

¿Habrá que ayudarle a subir al coche? Cuando deja la casamadre, se cae y se disloca la muñeca. No dice ni palabra. Nadie se da cuenta. Mal que bien, rodea al brazo dolorido con su pañuelo: *¿Qué le pasa, sor Catalina?,* le pregunta sor Dufes.

Ella le muestra su muñeca enfundada, sosteniéndola con la otra mano, y responde jocosamente: *¡Ay, hermana! ¡Ya tengo mi ramillete! Todos los años la Virgen me obsequia de esta manera.*

Catalina recibe como un regalo las dichas y las desdichas. La confidencia le impresiona a sor Charvier. Y exclama: -¡Pues sí que 1e cuida bien a usted la Virgen! ¡No vale la pena que se moleste usted en ir a visitarla a la casa-madre! Catalina le responde con mucha calma: *Cuando la santísima Virgen nos manda un sufrimiento, es un regalo que nos hace*.

Sí, ¡para Catalina todo es gracia!

5. CUANDO LLEGA EL INVIERNO

Para Catalina el ocaso se acentúa. La muñeca le impide sus actividades. Tiene que guardar lecho con frecuencia, pero se levanta siempre que puede; cansada, pero sin rendirse; animosa sin desfallecer. Su desgaste sólo necesita pequeños cuidados.

«Lo que usted quiera»

No resulta difícil atenderla en la comida. Come cada vez menos. Por la mañana no puede tomar nada. Por la noche, cuando se le pregunta qué es lo que quiere, responde: *Lo* que usted quiera. *Si* insisten, *concluye invariablemente:* Unos huevos revueltos.

¿Golosa?

Pero un día cambia de estribillo; se siente débil, no ha comido nada hace unos días y el deseo de recobrar las fuerzas le da la idea de pedir... *¡Una manzana cocida!*
Ella, que parece de ordinario indiferente, espera con ansia una manzana que tarda en venir. ¿Tiene hambre? Sí, un hambre repentina de moribunda, el sobresalto de un organismo agotado.
-*Cómo una hermana que se dice que ha visto a 1a Virgen se pone ahora a desear estas golosinas?,* exclamó sor Tanguy.
Dice esto delante del padre Chinchon, el antiguo confesor, que sale enseguida en su defensa: *Hermana, podría citarle a un santo canonizado* (el testigo se ha olvidado del nombre) *que pidió fresas en su lecho de muerte*.
Como todos los enfermos debilitados, Catalina siente a veces la necesidad de alimentos más reconfortantes. En estos últimos tiempos no podía tolerar nada por la mañana; se mantenía tomando por la noche un poco de «caldo, de leche, de tisana, o con algunas uvas pasas»
No pensaría seguramente en que aquellos menudos detalles serían pronto explotados de forma sospechosa en el proceso de canonización. El abogado del diablo, extrañado de aquellas inclinaciones naturales en una candidata a la santidad, se preguntará si no había sido la glotonería el demonio de sus últimos días. Así pensaba el padre Hamard, lazarista, cuyo espíritu crítico y bromista se divertía en deshacer algunos entusiasmos que le parecían excesivos: *Sor Catalina era una buena mujer,* decía a las hermanas de Reuilly, *pero se dejaba llevar en su enfermedad de cierta sensualidad.* Sor Lenormand se creerá obligada a referir estas palabras en conciencia, porque ha jurado decirlo todo bajo juramento. El necesitará largas disertaciones para disipar aquellas críticas tan superficiales. Esto logrará situar exactamente la modestia de los deseos de Catalina, siempre conformes con las reglas de san Vicente y comparables con las apetencias, a veces más refinadas, de algunos santos en su última enfermedad. Veinte años más tarde, en el verano de 1896, Teresa de Lisieux expresará en su lecho de muerte deseos de alimentos más costosos: asado o pastelillos de crema y chocolate.
La santidad no excluye inocentes deseos naturales ni la sencillez del corazón.

Una enfermera negligente

Catalina ha debido runrunear alguna vez porque su negligente enfermedad, sor María, se olvidaba de llevarle la comida cuando la «decana» enferma no podía bajar al comedor. Pero Catalina no se habría quejado por un imperio. Entonces ella buscaba lo que podía. De ahí sus comidas frugales y fuera de orden, que han sido consideradas como superfluas.
La asistente, sor Tanguy, tuvo que reconocerlo, lo mismo que sor Olalde: *Catalina no se quejaba y lo soportaba todo... Cuando me di cuenta de lo que pasaba, quise saber qué es lo que la Venerable pensaba de ello. Ella me respondió con calma y con sencillez: -Sor María no es muy trabajadora.*
Un tanto abandonada, sin quejarse, Catalina tendrá que oír reproches muy vivos, incluso de sor Tanguy. Sor Cabanes nos cuenta: *Yo misma vi a la asistente de la comunidad hacer a sor Catalina reproches bastante vivos por haber dejado de tomar las medicinas que le llevaba la hermana de la farmacia, cuando estaba enferma y acostada... Ella no se excusó y guardó silencio... Al salir la hermana asistente, sor Catalina se volvió hacia mí y me dijo con mucha dulzura: No la he visto en todo el día, ¡y ya ve cómo me* trata *cuando llega!...* ¡Había tomado las medicinas!
Un día sor Tranchemer vio que estaba sin fuego, en pleno diciembre: *Seguramente tendrá frío, sor Catalina. Voy a encender... -No, déjelo. ¡Eso no es nada!*
Todo es gracia para Catalina en aquellas largas noches sin electricidad.
A mediados de diciembre, dice sor Maurel, no podía tomar nada, tan estropeado tenía el estómago... Apenas podíamos hacerle tomar un poco de caldo a eso de las nueve de la mañana.

El 18 de diciembre sor Cessac, postulante que se marchaba al seminario, fue a despedirse de ella:
Estaba muy tranquila y me dijo: *Yo me voy al cielo.*

Iré a Reuilly

El 20 de diciembre sor María Thomas la encontró de buen humor: ¡Oh! ¡*Qué buena es la superiora!,* exclama Catalina.
Sor María se extraña al oír aquello, después de su estribillo tan conocido sobre su muerte, «antes del año próximo»: *No se necesitará coche fúnebre.*
Sor María exclama: ¿Y *qué vamos a hacer con mi corpachón tan grande?* Ella contesta: *Será de este modo: iré a estar con vosotras, en Reuilly.* Y añade: *No se necesitarán cintas.*
Se refería a lo que entonces llamaban «cordones mortuorios», las cintas que los amigos llevaban ceremoniosamente en los cuatro ángulos del coche fúnebre.
Sor Thomas se apresura a contarle a sor Dufés todas estas extrañas ideas: *Guárdese eso para sus adentros,* le responde ella.

La mariscala y otras visitantes

Catalina está en cama de ordinario. Esto atrae una pequeña corriente de visitantes, los que «saben», y especialmente la mariscala de Mac Mahon. Catalina le entrega algunos rosarios y medallas. Pero Leonia Labouré, que ha venido a visitar a su tía unas semanas antes de su muerte, no tiene permiso para subir al dormitorio. Catalina tampoco está en condiciones de bajar.
Entre las visitantes de cada día, además de sor Tranchemer, está sor Charvier que atestigua: *Yo iba a verla todos los días y a veces incluso varias veces al día. Le llevaban la comunión de vez en cuando... Un día le pregunté por qué no solicitaba ese favor con mayor frecuencia. Y* ella me contestó: C*uando me traen al buen Dios, estoy contenta. Pero prefiero hacer lo que hace todo el mundo. No quiero distinguirme en nada de las demás.*
También la veía muchas veces sor Cabanes. Iba a visitarle cada día, desde que empezó a guardar cama. Le decía: *¡Mí buena hermana!, ¡está usted muy sola!* Ella me respondía:
Vaya usted adonde tenga que ir; no puedo quejarme do nada. Tengo todo lo que necesito.

Finalmente, el confesor

Superadas todas las impaciencias, Catalina ha expresado sin embargo un deseo: volver a hablar con el padre Chinchon, el confesor que le han negado desde el año pasado, después de haber tratado con él durante un cuarto de siglo muchas cosas... Es una petición serena. Ahora que se ha confiado a otras personas, Catalina se siente más allá de todas las heridas. Se trata de una última conversación, de un encuentro, de una despedida.
El 29 de diciembre sor Tranchemer le hace también la última visita, mientras sor Dufes estaba velándola. Le impresiona la serenidad de su rostro.

Unción de los enfermos

En los últimos días de diciembre Catalina pide la unción de los enfermos. Parece prematuro. Pero como empieza a debilitarse, le proponen ir a buscar a un sacerdote cercano, de entre los padres de Picpus.
-Puedo esperar a que llegue el lazarista que viene a confesar... ¡Toda una paradoja! Aquel lazarista es el padre Hamard. ¡Catalina recibe los últimos sacramentos por el ministerio de aquel que habría de ser el más peligroso abogado del diablo cuando empiece el proceso de canonización, no por hostilidad desde luego, sino por su tendencia a la paradoja!...
La rodean varias compañeras: *Les pido perdón por todas mis faltas con ustedes,* les dice Catalina según la costumbre.
Recibe con plena lucidez la unción en cada uno de los cinco sentidos, empezando por sus azules ojos: *Que el Señor te perdone todos los pecados que has cometido por la vista...*

Las fórmulas encierran algo paradójico ante aquella mirada transparente. Catalina renueva con aquella ocasión sus votos con un fervor sereno.

Ultima confidencia

El 30 de diciembre la visita sor Cosnard. Están allí otras varias hermanas. Después de la reconciliación del 8 de diciembre, a la visitante le gustaría una conversación más íntima. ¿Pero cómo lograrlo? Se acerca al lecho y murmura: *Sor Catalina, ¿va usted a dejarme sin decirme una palabra sobre la santísima Virgen?*
Catalina le pide que se acerque, muy a su lado, indica sor Pineau. Ella se inclina. Le habla al oído. Las demás no pueden escuchar nada.
Sí, Catalina tiene algo que decirle a sor Cosnard, porque ella es hermana «de oficio», encargada de la formación en el seminario. Alberga en su corazón unos deseos inmensos, y también algunas quejas, por las dos familias de san Vicente: *Procure que recen mucho. Que Dios inspire a los superiores honrara María Inmaculada. Ella es el tesoro de la comunidad. ¡Que se rece bien el rosario! Si se aprovechan de ello..., las vocaciones serán numerosas.*
Ante la disminución que se observó entre 1860 y 1870, habría añadido: *Seguirán disminuyendo si no son fieles a la regla, a la Inmaculada Concepción, al rosario... ¡Ya no somos bastante servidoras de los pobres!*
Se acuerda de las hermanas jóvenes a las que ha ayudado a vencer las repugnancias; muy recientemente, de la que la ha sustituido, sor Maurel: *Convendría que las postulantas fueran a los hospitales, para aprender a SUPERARSE.*
Y se interrumpe, por miedo a excederse de su misión: *Pero no me toca a mí hablar. ¡Es el padre Chevalier* (el director de las Hijas de la Caridad) *el que tiene misión para esto!* ¿Se acuerda de la hermana que la había tratado de ingenua y que buscaba obras de mayor relieve? Añade: Se ha *elevado* demasiado a las hermanas jóvenes, en vez de seguir manteniéndolas en la humildad. ¡Que escuchen a las hermanas antiguas! ¡Que aprendan el espíritu de san Vicente!... La santísima Virgen ha prometido sus gracias siempre que se rece en la capilla; sobre todo la pureza de espíritu, de corazón, de voluntad... El puro amor.

Oración de los agonizantes

Aquel día se rezó alrededor del lecho de Catalina, que iba empeorando, la oración de los agonizantes. Lo había pedido ella misma: *¿No siente usted miedo de morir;,* le pregunta sor Dufés. Los ojos azules de Catalina parecen extrañarse como un firmamento sin nubes: *¿Por qué he de tener miedo de ir a ver a Nuestro Señor, a su Madre y a san Vicente?*

CAPÍTULO 8
MUERTE DE CATALINA (31 diciembre 1876)

1.- LÚCIDA Y EN PAZ

31 de diciembre de 1876: el año se acaba y Catalina sigue aún con vida. No parece que la muerte sea inminente. Sor Dufes bromea con aquella obstinada. Catalina le dice tranquilamente: *No veré el día de mañana*.
Sor Dufes replica: *¡Pero mañana es año nuevo! ¡No es éste el momento para dejarnos!*
Catalina repite imperturbablemente: *No. No veré el día de mañana.*

Visita del biógrafo

Después de comer viene a bendecirla el padre Chevalier, subdirector de las hijas de la Caridad. Ella ha hablado con él varias veces aquel año, porque está acabando una nueva edición -corregida y aumentada- del libro sobre la Medalla, del que el padre Aladel había publicado la octava edición en 1842. Se había preocupado por la Virgen con el globo: ¿No estaría usted soñando? -No; vi muy bien aquel globo. -¿Y por qué lo suprimió el padre Aladel?.
Catalina no tiene respuesta. El la estará buscando mucho tiempo; pensaba publicar el libro aquel año. Pero Catalina le dice jocosamente: ¡Yo habré muerto cuando aparezca esa edición!
-Ya está preparada, le había dicho en su visita anterior. ¡Ya verá cómo se engaña!
-Ya le dije también en 1842 al padre Aladel que no veríamos su próxima edición, ni él ni yo.
Catalina sigue preocupada por la calle del Bac: fuente desconocida, fuente sellada.
-Las peregrinaciones que las hermanas hacen a otros sitios no favorecen su piedad -le dice-. La santísima Virgen no dijo nunca que había que ir a rezar tan lejos. Es en la capilla de la comunidad donde quiere que la invoquen las hermanas. Allí es su peregrinación.
El futuro biógrafo la bendice antes de despedirse. Parece sentirse feliz.

2.- PRIMEROS AVISOS

Hacia las 3 de la tarde, una buena visita: María Antonieta Duhamel, la hija de Tonina, con sus dos pequeñas, Marta y Juana, y además otra sobrina. Más afortunadas que Leonia Labouré, despedida a mediados de diciembre, tienen el privilegio de subir al «dormitorio» de Catalina. Su respiración es difícil, «el sudor empapa su frente», pero su corazón se despierta para acogerlas. Se sienta, «con las piernas colgando», en su lecho de hierro, con la toca mal ajustada por la enfermera negligente. Ha preparado los regalos de primero de año para las niñas. Envía a una hermana a buscarlos en el armario: unos bombones, chocolate... y un puñado de medallas para mamá. La visita no puede prolongarse, para no cansar a la enferma: -Volveré mañana, para felicitarle el año nuevo, le dice María Antonieta levantándose.
-Sí vuelves, me verás; pero yo no te veré, porque habré partido, responde sentenciosamente Catalina.
Parece aletargarse. Su mirada azul se hace vaga.
Apenas habían llegado María Antonieta y las pequeñas al fondo del huerto, se desploma sobre la almohada. Estaba preparando sus regalos para las hermanas: unos paquetitos de medallas. Se le caen de las manos y se desparraman sobre el lecho. La enfermera avisa a sor Dufés. La comunidad corre al dormitorio y se pone a rezar. Pero Catalina vuelve a abrir los ojos. ¡Falsa alarma!
-¡Pero sor Catalina! -bromea sor Dufés-, ¿no sabe usted que hoy es el 31 de diciembre? ¿Es éste un día para asustarnos tanto?
-Hermana, no quería que las molestaran. Todavía no ha terminado.
Sin embargo, se decide llevarle el viático. Las hermanas bajan para escoltar al Santísimo. Llega entonces sor D'Aragon, la compañera de sor Dufés durante el éxodo de la Comuna. Se aprovecha de que están solas para acercarse a la cama.
-Sor Catalina, rece por mí..., por mis nuevas tareas.

La acaban de nombrar superiora en Blancs-Manteaux. Catalina se lo promete. Y añade: *He visto al padre Chevalier, ¡soy feliz!* Recibe el viático.
Una hermana le pregunta: ¿Cumplirá mis encargos en el cielo? Catalina responde con realismo: -No sé cómo se hace eso allí arriba.
En la muerte lo mismo que en la vida no hay que prometer nunca lo que no se puede cumplir. ¿Verá acaso el cielo como una corte majestuosa?, se pregunta sor Dufés: *Veamos, sor Catalina. ¡En el cielo no hay que pronunciar frases! ¡Le confía usted sus intenciones a Dios sólo con mirarla! -¡Oh! Entonces le rezaré..., responde sor Catalina que se reconoce en esta perspectiva.*
Llaman a sor Dufés al locutorio.
-Son unas jóvenes que vienen a felicitarle el año nuevo. Vacila. Pero Catalina le dice:
-Tiene usted tiempo. Puede ir usted. Ya le avisaré. Hacia las 5, sor Dufés envía a sor Clavel a su cabecera: *No creo que esté todavía cerca del fin. Pero si ve que se pone peor, venga a avisarme.*
Hacia las cinco y media, sor Combes se une a sor Clavel. A las 6 tiene la impresión de que Catalina se va.
Baja a buscar a sor Dufés; cuando ve a su superiora, Catalina se moviliza una vez más y repite tranquilamente su estribillo: *Moriré hoy mismo.*

3.- LA PARTIDA

Sor Dufés baja a cenar. Llega una hermana con medallas. Catalina había seguido preparando paquetitos, para la comunidad, para sor Cosnard... No tenía bastantes. Había pedido más.
-*Sor Catalina, aquí están sus medallas.* No responde ni da señales de vida. Sor Tranchemer le pone algunas en las manos. Se caen sobre la sábana.
Son las 6 y media. Esta vez sí que se va. Sor Dufés deja su cena. Y sube corriendo. Tocan la campana. No es habitual para la agonía. Pero se trata de Catalina. La comunidad acude. Tampoco es habitual. Pero se trata de Catalina.
Ella misma había previsto la liturgia de su muerte: 63 niños diciendo cada uno una invocación de las letanías. Sor Dufes había gesticulado ante aquel programa insólito: *¡No hay 63 invocaciones en las letanías de la santísima Virgen!*
-¡Pero sí en el oficio de la Inmaculada Concepción.... en nuestro libro de oraciones!
Van a ver las Letanías de la inmaculada, en el Formulario de oraciones para uso de las hijas de la Caridad. ¡No traen más que 37 invocaciones! Pero Catalina no ha dicho letanías, sino oficio. Y de hecho, el oficio publicado en aquel mismo Formulario contiene hasta 63 títulos litánicos, desde Reina del mundo (Domina mundi) hasta Salud de los pobres enfermos; van encadenados por series, sin alternar con el «rogad por nosotros», y por eso mismo no se prestan muy bien para que los niños los recen.
Pero las devotas de Catalina no se preocupan por ello. Preparan las 63 invocaciones en otros tantos papelitos. ¡Catalina contaba esas letanías con la misma contabilidad con que llevaba la granja!
¿Habría pensado en el simbolismo intencional de esas 63 invocaciones? No sabemos. Pero el autor del Oficio seguramente lo tuvo en cuenta en función de la tradición que atribuía 63 años de vida a la Virgen: 15 antes y 15 después de los 33 años de Jesucristo.
Estaban ya preparados los papelitos. ¡Pero el 31 de diciembre no hay ningún niño! Los huérfanos están dispersos por sus familias con ocasión del año nuevo. Sólo quedarán 2 ó 3, que no estaban en situación de poder hacer aquel rezo. Pero de todas formas Catalina no morirá lejos de sus niños: aquella misma tarde ha visto a sus tres sobrinitas, que guardarán como una reliquia los bombones que les había dado; las tres pequeñas acuden de buena gana a esta última ceremonia.
Las hermanas recitan la letanía. Catalina había insistido en que repitiesen la invocación «Terror de los demonios»; la repiten por tres veces.
Ella parece asociarse a esta oración, pero no se oye su voz..
-¿Quiere dejarnos usted ya?, le dice tierna y cariñosamente sor Dufes.
No responde: «tan silenciosa en la hora de su muerte como lo había estado durante su vida».
Las hermanas prosiguen con las oraciones de los agonizantes, repitiendo la invocación de la Medalla: ¡Oh María, sin pecado concebida!

Catalina se queda dormida, sin agonía. Sor Cantel se asombra de no ver aparecer «en su figura ninguna de las señales que se observan en el rostro de las personas que mueren». Ella «nunca había visto cosa igual».
Catalina asume tranquila y doblemente su muerte, como campesina acostumbrada a acomodarse a los ritmos de la vida y como cristiana dichosa de salir al encuentro -según una de sus últimas palabras- de «Nuestro Señor, de su Madre y de san Vicente».
Una sonrisa..., dos grandes lágrimas.
Se acabó. Le cierran los ojos. Son las 7 de la tarde. Catalina había vislumbrado aquella muerte hacía 33 años, durante los ejercicios de mayo de 1843, a la luz de los pobres y de la santísima Virgen. Escribía: *María amó a los pobres y una Hija de la Caridad que ama a los pobres no tendrá miedo a la muerte. Jamás se ha oído decir que una hija de la Caridad que haya amado mucho a los pobres haya sentido miedo ante la muerte. Al contrario..., se le ha visto tener la más dulce de las muertes.*
Y ésa es ciertamente la hija de la Caridad que todos vieron vivir y morir la tarde del 31 de diciembre de 1876.
-¡Sí! ¡Es ella la que vio a la santísima Virgen!
La conspiración del silencio había perdido su razón de ser con la vida terrena de la que tan valientemente había sabido defender su secreto.

Recibiréis la gracia
Aquella misma noche, en el comedor, sor Dufés declara:
-Puesto que sor Catalina ha muerto, no hay por qué ocultar ya nada. Voy a leeros lo que escribió.
Va a buscar a su despacho el relato autógrafo de la primera aparición de la Virgen que Catalina había escrito para ella el 30 de octubre después de la confidencia.
Esa fue aquella tarde la lectura espiritual de la comunidad.

Velatorio
Se disputan el honor de preparar y luego de velar el cuerpo aquella noche. Incluso las que temían estar solas con un cadáver, lo hacen con alegría y llenas de ánimo. Catalina quedó expuesta «en la habitación de los muertos» que el arquitecto había construido en aquel hospicio, al lado de la capilla, a la izquierda según se entra. En sus manos llevaba un rosario con la medalla. Por encima de su cabeza una estatua de Nuestra Señora. Sobre ella un lirio y unas rosas silvestres, llegados nadie sabe de dónde en aquella estación.
-Qué hermosa ha quedado al morir! exclama sor Magdalena. Por lo visto, no la encontraba muy hermosa durante su vida.
Desean recoger la imagen de aquel rostro que ya no volverán a ver. Citan a un fotógrafo para el día siguiente, 1 de enero.
-Hay que tomar la foto de como iba vestida en tiempo de las apariciones, sugiere una hermana.
Le ponen la cofia del seminario, que rejuvenece de forma curiosa su cara de anciana. Luego le ponen la toca con alas para una segunda fotografía.

El rumor y la afluencia de la gente
Desde aquella mañana del 1 de enero el rumor suscita un desfile de público. Vienen de todo el barrio, de la casa madre, de San Lázaro, de todas partes.
-La gente parece salir de debajo de la tierra, señala María Antonieta Duhamel. Hay que canalizar aquella ola, proteger a la que ha entregado las armas.
Se instalan dos hermanas, una a la cabecera y otra a los pies de Catalina. Se interponen para que la gente no la toque y recogen los objetos que todos desean acercar a su cuerpo: rosarios, medallas. La devoción se contagia a los señores. Como ellos no tienen ninguna otra cosa, presentan sus relojes a las hermanas y los recogen con fervor.
Allí están las pequeñas Duhamel. Ayudan a organizar el desfile ante aquel cuerpo, templo de Dios. Catalina atraía «como una santa», dice la pequeña Marta.

Cuando muere una de nuestras hermanas, la tristeza nos invade; es natural -atestigua sor Angélica-. Pues bien, cuando murió Catalina no lloró ninguna y no nos sentíamos tristes.
Catalina, siempre alegre, tuvo que sacar fuera su alegría en muchos momentos amargos. No quiso entonces que nadie se pusiera triste.
Tenía la apariencia de una persona dormida. Sus miembros siguen flexibles.
-*¿Está muerta de verdad?,* llega a preguntar María Antonieta Duhamel.

Calle del Bac

A la comunidad le parece insoportable dejar a Catalina abandonada en el cementerio. Pero parece imposible conservarla en casa.
Aquella mañana sor Clavel y sor Charvier van a la casa madre a anunciar el fallecimiento... ¡Extraño primero de año! Leonia Labouré, que ha venido a ver a María Luisa para felicitarle el año nuevo, se entera de la noticia: ¡*Es una santa*!, dice la hermana mayor, sabiendo todo lo que ella le debe. Voy a rezarle para que me lleve también a mí este año a la presencia de Dios. A mis años, no soy más que una carga para la comunidad.
Morirá aquel mismo año, el 25 de julio, a los 82 años. Las dos hermanas acuden a la secretaría. Lanzan -¡alocadas y tímidas a la vez!- la idea de sepultarla en Reuilly. ¡Sorpresa! Sor de Geoffre aplaude la idea. Se encargará ella misma de obtener el permiso de los superiores.
Al volver a casa las dos hermanas no se atreven a comunicar su iniciativa (¿indiscreta?) a sor Dufes. Así pues, es para ella una sorpresa cuando aquella misma tarde vienen dos superiores de la casa madre a rezar junto al cuerpo de la difunta y le anuncian: *Bien, le autorizamos para que haga las gestiones necesarias a fin de que puedan guardar el cuerpo de sor Catalina.*
Sor Dufés se vuelve a las dos emisarias de aquella mañana: *¡Está bien! Puesto que hicieron ustedes el pecado, carguen también con la penitencia. Les encargo que hagan ustedes mismas las gestiones oportunas.*
Tienen alas para acudir enseguida al comisario de policía*: Lo que me piden ustedes es muy difícil y va más allá de mis atribuciones, les dice... Pero creo que tienen ustedes amigos en el Elíseo.*
Las hermanas comprenden. Al día siguiente de mañana, 2 de enero, acuden las dos hermanas al palacio presidencial. La mariscala de Mac Mahon telegrafía al prefecto de policía para obtener la autorización. Ella misma acude personalmente a traerla aquella tarde y a rezar ante el cuerpo de la sierva de Dios.
Se trata de una autorización «temporal», pero con la garantía de una próxima transformación en autorización definitiva, cuando se hayan determinado el lugar y la modalidad de la sepultura.
Ese es el problema: *¿Dónde colocarla?*

La cueva debajo de la capilla

En estas estamos la noche del 1 de enero. Dufes desbordada por aquella dificultad.
-Recemos, dije a las hermanas.
Pasaron toda la noche suplicando a María Inmaculada que no permitiera que nos quitaran a nuestra compañera. Durante toda aquella noche estuve buscando en vano un lugar conveniente donde depositarla...
De pronto, al tocar la campana de las 4 de la mañana, creí que resonaban a mis oídos estas palabras: LA CUEVA DEBAJO DE LA CAPILLA DE REUILLY
Estas palabras surgieron de sí mismas. Aquella excavación inútil, en medio de la casa, había querido llenarla el arquitecto. Pero la superiora anterior, la madre Mazin, se había negado a ello, nadie sabe por qué. Aquella cueva parecía un buen lugar para la sepultura.
La mariscala quiso pagar ella misma un triple ataúd: abeto (en el interior), plomo y roble (en el exterior): protección necesaria contra la putrefacción y los riesgos previstos por el reglamento de higiene después de las epidemias. Este ataúd hermético permite aguardar la autorización definitiva y las obras que se prolongarán todavía durante tres meses. Se llama enseguida a los obreros, que cimentan el suelo de aquella cueva y preparan una abertura suficiente para bajar el ataúd.

Ni féretro ni cintas

Es el miércoles 3 de enero, fiesta de santa Genoveva --de la que era muy devoto san Vicente-, cuando tienen lugar los funerales.

La ceremonia empieza a las 10. Canta la misa el padre Chinchon en la capilla de Enghien, muy pequeña y abarrotada. Catalina había dicho a las hermanas: *El padre Chinchon volverá.*

Al año siguiente reanudará sus funciones de confesor en Reuilly.

Los pobres han ofrecido un ramo de flores. Los ancianos, otro. Desean estar en la cabecera del cortejo para acompañar a su última morada a la que tan bien los había tratado. Sí, «ninguna hermana era tan querida como ella». Pero aquel don y aquella presencia parecían tan naturales que solamente ahora se daban cuenta de ello.

Detrás de ellos «la bandera de los jóvenes abre el cortejo». Siguen las hijas de María también con su bandera. A continuación, los «externos», que han «dejado su trabajo» para estar allí y las huérfanas con el velo blanco. Finalmente, el cuerpo llevado a hombros. Así se realizaba la predicción de Catalina: *No habrá necesidad de féretro. ¡Iré a Reuilly!*

Sor María Thomas, la enfermera negligente, comprende enseguida esta frase que le había desconcertado. Y se acuerda de que también Catalina había dicho: *No habrá necesidad de cintas.*

Era lo que correspondía a nuestras cintas fúnebres, que sostenían las personas que acompañaban a los difuntos, explica sor Cosnard.

¿Qué locura se le ocurre ahora a sor María?

-Como no había cintas -nos dice- fui a cortar 4 trozos de un paño mortuorio con el propósito secreto de hacer mentir a sor Catalina, entonces uno de los que llevaban el ataúd me dijo: *Retírese, hermana, que nos está molestando...*

Se aparta.

Otras tres hermanas (entre ellas sor Cosnard) a las que había hecho con su autoridad de sacristana una señal para que ocuparan los otros tres lados, se vuelven a la fila. A pesar «de la solemnidad» del momento, sor María, desconcertada, murmura lo suficientemente alto para que la oiga sor Cosnard: *Sor Catalina, usted es siempre la misma.*

Su intento ha fracasado. La predicción se ha cumplido.

Mi hermana y yo íbamos inmediatamente detrás del ataúd, cuenta Marta Duhamel, la sobrina de Catalina, sin llorar a pesar de nuestra pena por haberla perdido, porque no la veíamos más que como a una bienaventurada, cuya felicidad no es posible lamentar.

Procesión

Siguen las hijas de la Caridad, en número de 250, y el clero con numerosos lazaristas; finalmente, un inmenso gentío popular, llegado de todo el barrio.

Han venido unos jóvenes obreros del barrio de San Antonio, con la medalla en el pecho colgada de una cinta azul y la mariscala de Mac Mahon, discreta amiga de la casa. Junto al ataúd llevan la magnífica corona que ha regalado con estas palabras escritas por ella misma: En respetuoso homenaje a sor Catalina.

Desde Enghien a Reuilly el cortejo atraviesa por la avenida principal el huerto que Catalina ha ido haciendo a su imagen durante 46 años. Los árboles frutales que ha plantado, las tierras que ha roturado adaptando su experiencia borgoñona al suelo de Ile-de-Francia, siguen siendo una prolongación viva de su cuerpo de campesina y seguirán todavía muchos años dando los frutos que ella ha preparado. El vuelo de las palomas que planeaba sobre su infancia planea ahora sobre su muerte.

El cortejo avanza lentamente, debido al número, a la estrechez de la avenida, pero también al fervor de la gente.

Las invocaciones y los cantos resuenan como en un día de fiesta [5']. No hay cantos mortuorios, sino el Benedietus, el Magnifieat, las letanías de la Virgen y sobre todo aquella invocación inscrita en la medalla: *¡Oh María, sin pecado concebida!*

La cantan con un fervor cada vez más intenso. Al llegar a Reuilly, las primeras filas se abren y se van reuniendo para dejar paso al ataúd. El canto se reanuda con nuevo fervor en el momento en que los 4 portadores bajan el ataúd por la estrecha apertura, que prepararon ayer los albañiles sobre el suelo recién cimentado de la cueva.
La gente se ha subido a los tejados de las casas vecinas. No, no es un cortejo fúnebre, sino una procesión alegre improvisada por la multitud.
Sin embargo, no faltan las lágrimas: los ancianos, que saben todo lo que han perdido; y luego la sobrina. Leonia Labouré: la comprenden, la consuelan: *No debe llorar usted. ¡Es una santa! ¡Ha visto a la Virgen!*

Peregrinación a Reuilly

Los días siguientes continúa la afluencia a la cueva en donde el ataúd ha quedado situado sobre dos caballetes: la mariscala de Mac Mahon, la condesa de Eu hija del ex-emperador del Brasil, la esposa del senador Buffet, pero sobre todo la gente sencilla del barrio. Los primeros días una pobre mujer trae en un cajón montado sobre ruedas a un niño de 12 años, «que nació con las piernas trabadas», según dice. Llorando, se empeña en bajarlo a la cueva. La cosa no resulta nada fácil. No hay más que una escalera de molinero muy empinada. Una hermana tranquiliza al niño inquieto con algunas golosinas. La familia lo baja por medio de unas cuerdas. Y entonces se levanta por su propio pie. Sus piernas se han puesto firmes. Es sin duda el primer milagro de Catalina en favor de los pobres. Pero el niño curado ha desaparecido antes de las investigaciones, como otros muchos pobres y anónimos. Entre los que acuden hay muchos niños.
Solamente al cabo de tres meses, en abril de 1877, tras la inspección crítica de un arquitecto y de un comisario de policía, se obtiene la autorización definitiva de sepultura. Extraña coincidencia. Catalina había dicho antes de morir: excavando en el suelo de Reuilly «a un metro y medio se verá una lápida..., y se encontrará con qué hacer edificar una iglesia». Sor Dufes había creído que se trataba de un tesoro oculto. Con el permiso de dos superiores generales sucesivos había hecho una excavación inútil. Entonces ¡Catalina se había engañado! Ella estaba plenamente convencida de su error. Y ahora he aquí que el comisario de policía ordena que la sepulten precisamente «a metro y medio» bajo tierra". En consecuencia, tienen que excavar a esa profundidad, y poner allí una lápida. Por el año 1896 un sacerdote español, el padre Dadorda, llegado a Francia para visitar la tumba de Catalina, obtuvo después de muchos esfuerzos el permiso para transformar la cueva en capilla; se gastó en la obra 3.000 francos. Se instaló en ella un altar, ofrecido por la señora Gil Moreno de Mora.
Semejantes festejos y semejantes peregrinaciones a su tumba, ¿no significaban adelantarse al juicio de la Iglesia? Más tarde se inquietaron por estos hechos en el proceso de canonización. Pero lo imposible se convierte entonces en posible. Catalina había sufrido como un «martirio» las negativas con que habían chocado durante 40 años los deseos de la Virgen de la que ella había sido la impotente mensajera. Había definido el año 1870 como un año sombrío, pero vislumbraba para 1880 una esperanza colmada. En uno de sus autógrafos había señalado también el año de su propia muerte: «10 años después, ¡la paz!».
Lo que se le había negado hasta entonces se le concede aquel año: el altar conmemorativo y la estatua de la Virgen con el globo en la capilla de las apariciones son erigidos por el padre Fiat. Aquella capilla se abrió finalmente a las peregrinaciones y se celebró en ella el cincuentenario. Las dos comuniones pedidas por Catalina para el día aniversario de las apariciones del corazón de san Vicente y de la Medalla son igualmente concedidas. Catalina había dicho y dejado por escrito: *Pedid a Roma y se os concederá más de lo que pedís.*
Esta esperanza, vislumbrada en 1880, pareció rápidamente de desmentida por una dificultad. En 1881 la sagrada Congregación de Ritos ordenó que se retirase la Virgen del globo, que llevaba menos de un año instalada. Pero 4 años más tarde el papa León XIII la hizo restablecer. En 1894 el padre Fiat, animado por este incidente, se atrevió a hacer una tímida solicitud para celebrar «misas votivas», sin hablar siquiera de la Medalla; y resultó que la Congregación de Ritos concede además el Oficio de la Medalla con lecturas que narran la aparición y la vida de Catalina. De este modo empieza a celebrarse el 27 de noviembre de 1894 la fiesta litúrgica de la manifestación de la Medalla milagrosa. Y no basta esto todavía para el cardenal Aloisi

Masella que había ido más allá de la solicitud. Se muestra «escandalizado de la modestia» excesiva de los lazaristas: *Tuve que reprenderles en alta voz, escribe.*
El año siguiente, incita a la superiora general de las Hijas de la Caridad llegada a Roma: *¿Cuándo van a introducir ustedes la causa de canonización?* Ante su respuesta un tanto evasiva, responde con energía: *¡Pero cómo! ¡Si es una religiosa de una santidad eminente! ¡Si ustedes no lo hacen, lo haré yo!*
Las objeciones suscitadas por aquellas peregrinaciones de Reuilly que podían dar la impresión de haber anticipado el culto permitido, quedan barridas. Igualmente las constituidas por la vida demasiado ordinaria de Catalina. El escándalo de aquella vidente vulgar, que la gloria humana no logró herir con la punta de su ala salvaje, obliga a remontarse a la fuente misma del evangelio. De esa fuente es de donde mana la santidad desconcertante de Catalina. Ella obliga a situar en su debido lugar al evangelio mismo. Y es lo que hizo su primer biógrafo, sor de Geoffre, para intentar reducir una oposición aparentemente irreconciliable: *¿No se escandalizaban acaso los contemporáneos de Nuestro Señor al ver que sus parientes eran pobres, que él procedía de la aldea de Nazaret, que comía y bebía como todo el mundo, que trataba con los pecadores?*
Las críticas quedan sumergidas. Y lo que destaca entonces es la santidad de los pobres, frecuente y desconocida. Es el punto de partida de Cristo: ¡Bienaventurados los pobres!
El 27 de julio de 1947 Pío XII declara santa a Catalina ante la Iglesia universal, en la basílica de san Pedro de Roma.
Sor Dufes había adivinado ya el juicio de Dios 70 años antes, cuando después de haber tardado tanto tiempo en comprender a Catalina, al día siguiente al entierro, el 4 de enero de 1877 escribía a Felipe Meugniot, que no había podido asistir a este momento luminoso: *Yo la miraba como la bendición de la casa y ahora me gusta considerarla en el cielo como una protectora...*
Dichosa de haber podido conservar sus preciosos restos, me gustaría seguir recordando las inestimables gracias que ella había recibido... Aprenderemos también allí cómo mueren los santos, con qué sentimientos de confianza y de gozo se ve llegar ese último momento cuando se ha sabido vivir para Dios y solamente para Dios.

COMO SE PUEDE VER A CRISTO AQUI ABAJO

Esta vida sencilla y transparente habla por sí misma. Desafía todo comentario. ¿Hemos de concluir?

Quizás se diga que lo admirable de Catalina son las apariciones, con todo su prestigio y con sus frutos. ¿Pero acaso no es más admirable su servicio a los pobres, «nuestros amos», como decía sor Catalina siguiendo a san Vicente? Allí es donde aprendió a encontrarse con Jesucristo en profundidad y quizás sea ésta entonces la conclusión más indispensable de este libro.

El secreto de santa Catalina no consiste tanto en haber ocultado su identidad de vidente sino más bien en la admirable articulación que supo establecer entre el esplendor de las apariciones y la humildad de su servicio: los ancianos del hospicio, los pobres del barrio para quienes sintió una especial predilección, y todos los afligidos, los apenados, los marginados, los de temperamento difícil (la «Negra», su antigua compañera de noviciado). Fue para todos ellos un verdadero refugio. Todos ellos fueron sus predilectos.

Supo salir a su encuentro en la misma pobreza. Procuró que sus vestidos fueran semejantes a los suyos: remendados con esmero, pero dentro de una impecable limpieza, según dicen los testigos. Entregó generosamente su trabajo, sus vigilias, su afecto, todo lo que tenía, no dejando casi nada en la hora de su muerte, de forma que resultó difícil poder «regalar recuerdos», a no ser sus gafas y sus vestidos... No tenía ningún complejo. Se atrevía a hablar de Dios con todas las personas a las que socorría. Darles el pan y darles a Dios, dar a Nuestro Señor y dar su propio afecto a los que sufrían: todo ello iba a la par, todo brotaba del mismo corazón. ¿Cómo no dar todo lo que ella consideraba como lo mejor que tenía?

En ella, al amanecer del siglo XIX, el Espíritu Santo empezó a formar para los nuevos tiempos un nuevo tipo de santidad, reencontrado en las fuentes mismas del evangelio: una santidad sin esplendor y sin ningún tipo de triunfos humanos. La gloria «no rozó a Catalina ni con la más leve pluma de sus salvajes alas». La trataron de ignorante, de necia y de ingenua. En ella no había otra cosa más que amor presente y eficaz. Toda y sólo de Dios y por él toda para todos los hombres. Tal es la alianza de ese doble amor en un solo amor, de las visiones y del servicio, que es el secreto de Catalina.

La oración brotó en ella de buena fuente, ya desde la infancia, en una iglesia con un sagrario vacío. De esta forma arraigó en ella un hambre profunda. De esta forma alumbraron en ella los deseos mismos de Dios. Descubrió también el ayuno como una fuerza y una lucidez. Aprendió de Dios solo a visitar a los pobres enfermos, en cuya casa san Vicente vino a visitarla en sueños.

Y vivió todos estos dones celestiales en medio de la prueba. Aunque se mostraba siempre valiente, ya desde muy joven sufrió una artritis (reumatismo articular) que la obligó a ser hospitalizada a los 35 años y que causó su muerte por fallos del corazón. Su misión, recibida de Nuestra Señora, tropezó con una oposición constante que ella llamaba sin exageración alguna su «martirio», ya que se sentía desgarrada entre la autoridad de su confesor y la luz de Dios que le impulsaba. Y superó este «tormento», no ya por su voluntarismo, sino recurriendo a las fuentes profundas de su naturaleza y de la gracia, que había sido invitada a buscar al pie del altar en la capilla de la calle del Bac.

Su secreto no reside en el fondo en las apariciones, cuyo relato auténtico ha podido finalmente establecer este libro sin vanas añadiduras, sin sustracciones y sin confusiones. Tampoco reside en haber conseguido ocultar su identidad, que se adivinaba desde hacía tiempo y que por fin se desveló en su muerte. Su secreto es su transparencia misma. En esa sencillez que desconcertó a una parte de su entorno. Así se explica que algunas de sus compañeras no sintieran aprecio por aquella rústica. Era otra santidad, más mística, más brillante y más elocuente la que les habría gustado encontrar en ella a sor Dufes o a sor de Tréverret, dicen los testigos. El siglo XIX era el siglo de la elocuencia, tanto en arte como en religión. La vida de Catalina, sin énfasis ni romanticismos estaba marcada ante todo por la sencillez misma, esa virtud que san Vicente colocaba en primer plano del espíritu evangélico y que definía como mirada en Dios. Sí, Catalina supo verlo todo en Dios, asumirlo todo en él, Dios en todo y todo en Dios: tales son las fórmulas que van jalonando toda su vida.

Y también: Todo para Dios.

Cuando la compadecían al verla tratada de ingenua, solía decir: *De todas formas es por Dios.*

Catalina sabía ver a Dios en la alegría y en la prueba, en sus superiores y en los pobres. Se extrañaban las demás de que con su influencia y su autoridad natural no se impusiera más a los enfermos alcohólicos con los que se mostraba más bien benévola: *¡Qué quieren ustedes! -les decía-; veo a Nuestro Señor en ellos.*
La verdadera visión de Catalina, más allá de las visiones excepcionales que se limitaron a unos cuantos meses de su vida de Seminario (abril-diciembre 1830), consistió en ver a Cristo en lo cotidiano, sobre todo en los pobres y en los pecadores, según la identificación que él mismo nos ha enseñado.
-Tuve hambre y me disteis de comer... Estuve en la cárcel y me visitasteis... Lo que hicisteis con los más pequeños de los míos, lo hicisteis conmigo mismo...
Catalina sentía horror al pecado, pero amaba a todos los pecadores por igual. Esperaba de Dios la conversión que los identificase plenamente con Cristo, a través de su camino de la Cruz. Esa fue su santidad y ésa fue su mirada, compartible y llena de sentido: una hermosa imagen del mismo evangelio.